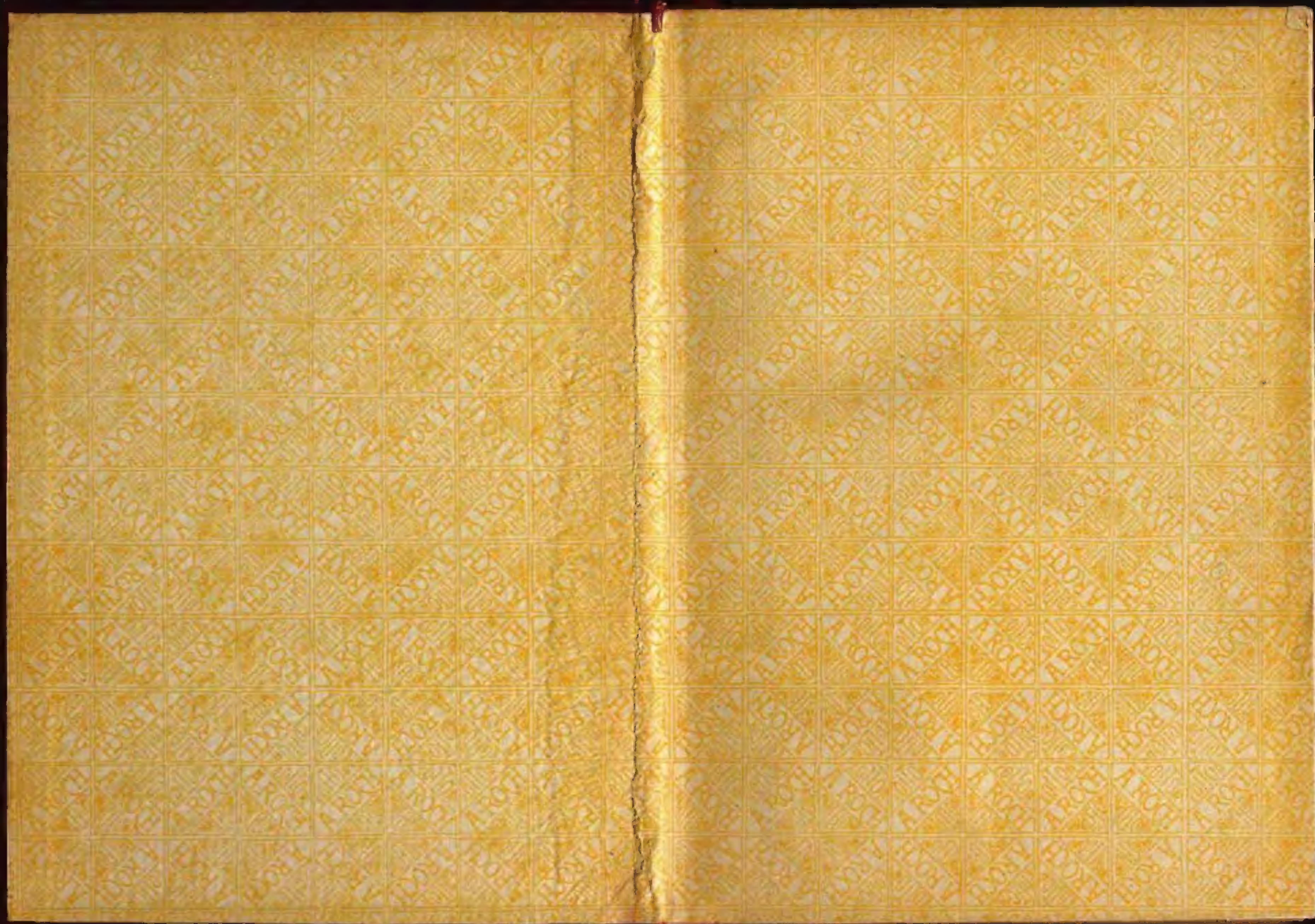
AYÚDATE A TI MISMO

por O. S. MARDEN



AYÚDATE A TI MISMO
POR ORISON SWETT MARDEN



Orison Swett Marden

AYÚDATE A TI MISMO

[illegible]

ORIGINAL

DE

ORISON SWETT MARDEN

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

ANTONIO ROCH. — Editor

[illegible] Talleres: Aragón, 153. — Barcelona

España.



AYÚDATE A TI MISMO

A EVITAR LA POSTERGACIÓN DE QUE SUELE SER VÍCTIMA EL VERDADERO MÉRITO, PROPENDE ESTA OBRA, EN CUYAS PÁGINAS ENCONTRARÁ EL JOVEN NUEVO ESTÍMULO PARA CONFIAR EN SÍ MISMO

ORIGINAL

DE

ORISON SWETT MARDEN

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

ANTONIO ROCH.--EDITOR

OFICINAS Y TALLERES: ARAGÓN, 118.—BARCELONA

(ESPAÑA)

Sobs. de López Robert y C.ª : Asalto, 63, Barcelona : Tel. 460 A.

FAMOSAS OBRAS

DEL SABIO PSICÓLOGO Y EDUCADOR

DOCTOR MARDEN

I. — ¡SIEMPRE ADELANTE!
II. — ABRIRSE PASO
III. — EL PODER DEL PENSAMIENTO
IV. — LA INICIACIÓN EN LOS NEGOCIOS
V. — EL ÉXITO COMERCIAL
VI. — ACTITUD VICTORIOSA
VII. — PAZ, PODER Y ABUNDANCIA
VIII. — PSICOLOGÍA DEL COMERCIANTE
IX. — LA OBRA MAESTRA DE LA VIDA
X. — IDEALES DE DICHA
XI. — DEFIENDE TUS ENERGÍAS
XII. — LA MUJER Y EL HOGAR
XIII. — EL CRIMEN DEL SILENCIO
XIV. — QUERER ES PODER
XV. — LOS CAMINOS DEL AMOR
XVI. — LA VIDA OPTIMISTA
XVII. — EL SECRETO DEL ÉXITO
XVIII. — SOBRE LA MARCHA
XIX. — AYÚDATE A TI MISMO
XX. — LA ALEGRÍA DEL VIVIR
XXI. — EFICACIA PERSONAL
XXII. — DELANTEROS Y ZAGUEROS
XXIII. — SED BUENOS CON VOSOTROS MISMOS
XXIV. — PERFECCIONAMIENTO INDIVIDUAL

Cada tomo en rústica: **5'50** pesetas.

Encuadernado en tela con estampaciones en *oro*: **7** pesetas.

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Entre los muchos inconvenientes de que para el mejoramiento de la organización social adolece el régimen individualista, tiene la ventaja de que dejando al individuo más solo de lo que le parece por vivir en sociedad, le fuerza a ayudarse a sí mismo al ver que únicamente por interés egoísta puede recibir ayuda de los demás.

El prevalecimiento del más apto es un principio excelente para expuesto en los tratados de psicología, pero en la práctica de la vida y en las realidades de la lucha por la existencia se modifica siniestramente en el prevalecimiento del más osado, del más astuto, porque a no ser que la aptitud alcance las alturas del talento extraordinario o del genio excelso, suele quedar pospuesta a las artimañas del interesado favoritismo.

Quienes aspiran a fundar el régimen de la sociedad humana en el confraternal principio de la

cooperación en que a cada individuo se le exija según sus fuerzas y se le remunere según la cantidad y calidad de su trabajo en la obra colectiva, no echan de ver que la ley de evolución, como una de tantas de las de la naturaleza, no procede a salto de tigre ni deja eslabones sueltos o perdidos en la cadena de su incesante actuación, sino que con la lenta seguridad de las fuerzas geológicas va transmutando, con la aparente invisibilidad del crecimiento de la hierba, instituciones, leyes, costumbres, creencias y regímenes.

En esta nueva obra de Marden expone su autor con el título de AYÚDATE A TI MISMO, *diversas consideraciones que abarcan trece capítulos acerca de la índole psicofísica o psiquicofísica, como quiera denominarse la relación entre espíritu y cuerpo, de esa ayuda, auxilio o favor que cada cual puede prestarse a sí mismo.*

Algunos dirán que ya otros pensadores, filósofos y moralistas trataron el mismo tema con amplitud e intensidad suficientes para agotarlo; pero valga responder que no hay tema del que ya se haya dicho cuanto hay que decir, porque cada mentalidad individual es como un prisma distinto

que refringe en nueva dirección los rayos del sol de la verdad, y aunque nada hay nuevo alrededor del sol, puede ser nuevo el aspecto en que el autor lo presenta al estudio y criterio de sus lectores.

Dijo un famoso crítico que Marden es un Emerson al alcance de todos, y si bien es cierto que cada una de sus obras puede considerarse como una nueva variación del mismo tema o motivo capital, están expuestas las enseñanzas con tanta sencillez y claridad, que aun los entendimientos menos familiarizados con las áridas cuestiones filosóficas son capaces de comprenderlas y asimilárselas sin grave dificultad.

A mi entender es preferible esta llaneza sin asomo de vulgaridad a la pedantesca afectación de otros autores que esparcen a voleo por las páginas de sus libros, palabras enrevesadísimas para la generalidad de los lectores y de ambiguo significado para los eruditos, pues la ciencia Psicofísica está todavía en mantillas o en estado de sementera y sus cultivadores tropiezan con la natural dificultad que todos los idiomas oponen a la precisa y exacta expresión verbal del pensamiento.

Aunque abunde la bibliografía calificada de esti-

mulante y que como, si mal no recuerdo, ya dije en otra ocasión, mejor fuera llamar alentadora, conviene en este punto la insistencia de la gota de agua que al fin horada la peña, porque aún son más los ignorantes que los conocedores de los medios prácticos y eficaces de ayudarse a sí mismos, como lo demuestra el que la mayoría de las gentes fían más en la ayuda ajena que en la propia y todo lo esperan del favor, la recomendación, la amistad y la connivencia, creyendo que nada podrán conseguir por sus propias fuerzas.

A esto se añade la casi unánime preocupación de que el individuo sólo necesita auxilio para el logro de la prosperidad material, sin advertir que esta prosperidad es corolario de la conducta que a su vez no depende de agentes exteriores ni de nada le vale la ayuda extraña si antes no empieza la actuación de la ayuda propia.

Desde luego que de algo sirven los consejos y exhortaciones, los preceptos y las enseñanzas cuando están corroborados por el ejemplo; pero el capital factor de la conducta y de su antecedente el carácter es la voluntad identificada con el conocimiento.

Muchos puntos hay en la línea de actuación de la voluntad humana que requieren indispensablemente la ayuda de uno mismo y no admiten la extraña, como también hay actos fisiológicos que ha de cumplir personalmente el individuo sin posibles substituciones.

Esos puntos de la línea de actuación moral señala Marden en esta nueva obra, compañera más bien que sucesora de las precedentes en una serie que sin duda ha de contribuir con soberana eficacia al enaltecimiento de la juventud y al progreso de la humanidad.

FEDERICO CLIMENT TERRER.

Barcelona 29 de Julio de 1922.

I. EL ESPEJO MÁGICO

I. EL ESPEJO MÁGICO.

Aunque se acusa a los hombres de que no conocen sus propias flaquezas, es tal vez todavía mayor el número de los que no conocen sus propias fuerzas. Sucede en los hombres, lo que en aquellos terrenos en cuyo subsuelo hay un filón de oro desconocido del propietario.—SWIFT.



UENTA la leyenda que en un apartadísimo paraje había un espejo mágico cuya virtud atraía multitudes de peregrinos llegados a verlo desde todos los ámbitos del mundo. Quien se miraba en el espejo se veía tal cual era en realidad y no como él se figuraba ser ni como sus amigos o enemigos le decían que era. Daba el espejo en un instante práctica realidad al tan repetido aforismo del templo de Delfos: *Conócete,* que tan difícil es de cumplir mientras las experiencias de la vida no nos ponen sus espejos por delante.

Entre la multitud de peregrinos que acudían a mirarse en aquel mágico espejo, hubo uno tan sumamente modesto e inclinado a menospreciarse, que ni por asomo se consideraba capaz de hacer nada digno de nota en el mundo; pero mucha fué su sorpresa al ver que el espejo reproducía fielmente un hasta entonces insospechado aspecto de su persona.

Claramente bosquejada en el interior de su figura corporal, reflejaba el espejo la de otro ser radiante, gozoso, viril, enérgico, confiado y sereno, sin ninguno de los vicios, defectos, bajezas y debilidades de que el peregrino se creyera revestido.

En el interior de la imagen de su rostro, que siempre le había parecido vulgar, vió en el espejo otro rostro de varonil hermosura, sin la más leve incorrección fisonómica, y que no obstante era su propio retrato.

Mientras contemplaba admirado el peregrino aquella doble imagen, se fué destacando la del fondo, hasta colocarse en primer término, dejando atrás a la grosera y deficiente imagen de la ordinaria personalidad.

Entonces comprendió el peregrino que en el mágico espejo había encontrado el *conocimiento de sí mismo*, y que su verdadero Yo no era la corporal personalidad de carne, sangre, nervios y huesos, que durante tanto tiempo había tomado engañosamente por su propio ser, ni tampoco eran sus pensamientos y emociones, mudables como los vientos de un día para otro, sino *algo* que permanecía inmutable en su *unidad* entre la cambiante *variedad* de las vicisitudes de la vida mundanal.

La imagen destacada del fondo del espejo era la semejanza de Dios, la del hombre perfecto con la perfección del Padre, del hombre *posible*, aunque en aquel momento estuviera todavía muy lejana la divina posibilidad.

Tan conmovido quedó el peregrino por la imagen vista en el mágico espejo, que ya nunca jamás se le borró de la memoria, y tomándola por ideal esforzábase en transladarla del simbólico cuadro del espejo a las vívidas realidades de la acción.

Comprendió que el imperativo *¡Conócete!* de nada sirve cuando el *conocimiento* no está confirmado por la acción.

Dice un apóstol de la verdad:

> Sed hacedores de la palabra de Dios y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno oye la palabra de Dios y no la pone en obra es semejante a quien ve en un espejo su rostro natural y luego se olvida de que tal era.
>
> Mas el que hubiere mirado atentamente la perfecta ley de libertad y perseverare en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, será feliz en sus hechos.

De esta hermosa advertencia se infiere que el espejo mágico simboliza la íntima conciencia del hombre, quien para *conocerse a sí mismo* se ha de mirar en ella por medio del examen o análisis que, cotejando las dos imágenes allí reflejadas, lo mueva a transmutar la vil en noble, la débil en fuerte, la inferior en superior.

El análisis, examen y cotejo de lo que es, con lo que podría ser si quisiera, sin más que someterse

volutariamente a la perfecta ley de libertad, le dará el *conocimiento de sí mismo,* de sus internas fuerzas mentales y anímicas, que cual cuerdas de célica arpa *esperan la mano de nieve que sepa pulsarlas.* Entonces descubrirá el filón de oro que yacía en el subsuelo de su carácter sin sospechar su existencia.

Pero ¿es posible que haya en nosotros dos naturalezas? En realidad no hay más que una, la naturaleza divina, por ser imagen y semejanza de Dios, pero oculta bajo el velo de la personalidad que la desfigura con manchas e imperfecciones, como empañada pantalla que amortigua la brillantez de una luz.

Dice San Pablo:

> Porque según el *hombre interior,* me deleito en la ley de Dios; mas veo *otra ley en mis miembros,* que se rebela contra *la ley de mi espíritu,* y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está *en mis miembros.*

Bien claro se echa de ver que el hombre interior es el hombre espiritual, el verdadero Yo, la individualidad o naturaleza superior, es decir, el aspecto superior o divino, el aspecto permanente e inmortal de la naturaleza de nuestro verdadero ser, al paso que por *mis miembros* debe entenderse el hombre externo, el aspecto transitorio, mortal y perecedero de la naturaleza humana o sean sus variables pensamientos y emociones, cautivos de

la ley del pecado que está en el *cuerpo* o naturaleza inferior.

Por lo tanto, para *ayudarse a sí mismo,* necesita el hombre medir sus fuerzas, computar sus posibilidades y no ir nunca más allá de lo que estas fuerzas y posibilidades juiciosamente le prometan, porque si yerra en la medida o se equivoca en el cálculo, tanto por defecto como por exceso, dejará de cumplir su obra detenido por la timidez o se estrellará en los escollos del fracaso empujado violentamente por la temeridad.

Lo primero que ha de hacer en cuanto a sí mismo se conozca es fortalecer los puntos débiles, mediante la eliminación de los vicios, la enmienda de las faltas, el enaltecimiento del carácter, la práctica de las virtudes, y conforme vaya mejorando de conducta irá reflejando la personal apariencia con mayor brillantez la luz espiritual del hombre interior, como refulge más intensamente el lumínico foco a medida que se va desempañando la pantalla.

Finalmente, la imagen del hombre perfecto que con tanta constancia se esforzó en plasmar, substituirá ya plasmada con el buril de las buenas obras al tímido, débil y vicioso hombre viejo, de suerte que será el nuevo hombre revelado por el mágico espejo de la conciencia.

Así dice San Pablo:

Desechad el hombre viejo que está viciado conforme a los deseos del error, y renovaos por el espíritu de vuestra mente, vistiendo el nuevo hombre criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad. No mintáis los unos a los otros si os habéis despojado del viejo hombre con sus malas acciones, y revestíoos del hombre nuevo, renovado por el *conocimiento,* conforme a la imagen del que lo crió.

Este pasaje corrobora que el conocimiento de sí mismo no es un fin, sino el medio de transmutar el hombre viejo o naturaleza inferior en el hombre nuevo o naturaleza superior de índole divina, por ser imagen del Criador.

Si alguno os asegurara que podríais miraros en un mágico espejo, el cual os revelaría vuestro verdadero ser, el hombre *posible,* en vez del flaco, vicioso y débil que hasta ahora os habéis considerado, ¿no haríais todo cuanto en vuestra mano estuviese para obtener semejante privilegio?

Pues precisamente esto es lo que hará por vosotros la moderna filosofía de la vida, la esencia de las grandes religiones del mundo despojadas de las costras de superstición acumuladas por la seca mano del fanatismo, el nuevo concepto de la más íntima relación del hombre con Dios.

Todo esto os dará un vislumbre de vuestro verdadero Yo, del hombre interior que no conocíais porque lo velaban las preocupaciones de raza, los prejuicios de secta, los intereses egoístas, la pesadumbre de la herencia, la esclavitud de las costumbres y las desfavorables condiciones del ambiente en que nacisteis y os educasteis.

No sólo os revelará el hombre interior oculto bajo la desmedrada personalidad que creisteis vuestro verdadero ser, cuando tan sólo es vuestra envoltura o pantalla empañada por las telarañas del error, sino que también os revelará lo mucho y bueno que podéis realizar en cuanto os conozcáis cumplidamente. En el espejo de vuestra conciencia no se reflejarán las mezquinas obras pasadas, sino las levantadas acciones que estáis llamados a realizar.

La nueva filosofía de la vida, restauración y renacimiento de la eterna verdad, oculta durante siglos bajo las escorias de la ignorancia y la incomprensión, aventaja en valía al mágico espejo de la leyenda, porque no reflejará al hombre de cuya personalidad os sentís desilusionados, ni al que no ha correspondido a sus primitivas promesas ni al que ha truncado vuestras esperanzas. No reflejará al hombre débil, inepto, mezquino, ruín, desconfiado y perezoso.

Es la nueva filosofía de la vida a manera de un haz de rayos equis mentales, que os capacitarán para penetrar en las profundidades de vuestro ser y descubrir la inexplotada riqueza de potencias y posibilidades todavía inactualizadas.

Os demostrará lo que sois capaces de hacer sin otro auxilio que el de Dios y el de vuestro esfuerzo, afirmará vuestra confianza en vosotros mismos y *os ayudará á ayudaros*, educiendo lo que de mejor hay en vosotros para haceros el hombre ideal que por tanto tiempo anhelasteis ser.

Mas para esto se necesita, en primer término, movilizar todas las fuerzas de nuestra voluntad y todas las energías de nuestra mente, porque la nueva filosofía de la vida no es una ciencia abstracta, metafísica, inasequible a los entendimientos vulgares, sino que es en suma la aplicación a la conducta diaria, en cualquiera vicisitud de la vida, de los principios constituyentes de la psicología humana.

Por esto mismo, cuando el hombre se identifica con su cuerpo, con sus deseos y pasiones, *desconoce* su verdadero ser, aunque, por muy degradado que esté y por mucho que le domine el egoísmo, sentirá en las graves crisis de la vida, en la pérdida de un ser querido, en los quebrantos de fortuna, en las traiciones de parientes y amigos, en la infidelidad de la esposa o la ingratitud de los hijos, un anhelo, un ansia de que no fuera este mundo como es, sino como él quisiera que fuese en aquellos momentos en que estremecido el Yo por la violencia del infortunio, reconoce siquier pasajeramente su diferenciación del yo personal.

La nueva filosofía de la vida le enseñará, si además de estudiarla y comprenderla ajusta a ella su conducta, a convertir en permanente y en toda circunstancia, esa pasajera conciencia o conocimiento de la distinción entre su ser invariable y su ser variable, entre el Yo superior o individualidad y el yo inferior o personalidad, entre el hombre interno y el externo de que con innegable ortodoxia nos habla el apóstol de los gentiles.

Desde luego que los errores mantenidos durante largos siglos con disfraz de verdad respecto de la genuina naturaleza del hombre por la psicología escolástica, dificultan la meritoria labor de convencer a las gentes de su grandeza espiritual y de sus congénitas posibilidades.

Si tuviéramos un más amplio concepto de nuestras fuerzas internas, acompañado de una profunda fe en nosotros mismos, no necesitaríamos mendigar auxilio de nadie, porque en nosotros mismos encontraríamos el más poderoso y eficaz auxilio. Aun aquellos a quienes el mundo llama hombres de suerte, al ver que todo les sale a medida de su deseo y en proporción mayor a su esfuerzo, podrían acrecentar la intensidad y magnitud de sus éxitos.

Acaso pregunte alguien: ¿Es la nueva filosofía de la vida una especie de panacea mental, con sobrada eficacia para convertir de repente al analfa-

beto en erudito, al cretino en genio y al malvado en santo? ¿Qué fuerzas interiores podrá alumbrar la zafia aldeana cuya vida colinda con la brutalidad? ¿Quién será capaz de convencer a un selvático hotentote de que está destinado por Dios a realizar grandes cosas?

A esto sólo cabe responder aludiendo concretamente a la ley de evolución que con el mismo imperio rige en la vida y en la forma, en el espíritu y en la materia. Según el grado de evolución de la individualidad, estará más o menos empañada por la personalidad, y en el caso de las razas incultas, salvajes e inferiores, será necesario mayor y más persistente esfuerzo para llegar a lo hondo, pero si continuamos bajando la sonda tocará por fin en las profundidades donde dormita el verdadero ser.

La prueba está en el abundante fruto espiritual que obtienen en los países salvajes los misioneros de todas las denominaciones cristianas, y en especial las que no cometen la torpeza de substituir un fetiche por otro, sino que representándoles las ventajas materiales resultantes del abandono de sus prácticas inhumanas y supersticiosas, realzan a superior nivel su estado de conciencia, que equivale a proporcionarles el conocimiento de sus fuerzas interiores.

Además, la posibilidad de actualización de estas

fuerzas interiores, no es la misma en todos los hombres, pues si lo fuese, semejarían unitónicos instrumentos incapaces de vibrar en concertada sinfonía.

Según el grado de evolución, así es la posibilidad de educir las fuerzas interiores, de suerte que todo ser humano por muy atrasado que esté en su evolución, es susceptible de mejora y adelanto mediante la movilización de sus fuerzas de reserva.

Claro está que los muy atrasados siempre necesitarán de ayuda ajena para adelantar en el camino de su perfeccionamiento; pero quienes se hallen en estado intermedio, que no alcancen las alturas del genio ni tampoco se arrastren por las hondonadas de la incultura rasa, podrán reduplicar su individual valía si se aplican autodidacticamente al conocimiento de sí mismos y concretan este conocimiento en acción.

Quienes nunca se han mirado en el mágico espejo de su mundo interior, se figurarán que todo esto son metafísicas sin utilidad práctica, incapaces de añadir un garbanzo al puchero ni un céntimo al bolsillo. Pero se engañan de medio a medio, porque tanto en las profesiones liberales como en los oficios serviles y en los empleos mercantiles e industriales, de donde el hombre obtiene los materiales recursos para el sustento de la vida corporal, el agente de actividad es el Yo, el espíritu, el alma,

como quiera llamársele, y el cerebro, los brazos, las manos y la misma mente no son ni más ni menos que los instrumentos de la actividad del Yo individual.

Durante todo el siglo XIX, muchedumbre de médicos y anatómicos que seguían por moda científica las huellas de Gall, Broca y Charcot, propagaron la teoría de las localizaciones cerebrales, consistente en admitir para los procesos psíquicos y en especial para el lenguaje articulado, centros cerebrales análogos a los ganglios nerviosos que regulan las funciones motrices.

Los materialistas compararon el cerebro humano con un fonógrafo, diciendo que la tercera circunvolución frontal izquierda producía el lenguaje articulado tan mecanicamente como el hígado segrega la bilis.

Con esto se figuraban asestar un golpe mortal a la creencia en el espíritu humano, sin caer en la cuenta de que aun en el caso de que verdaderamente produjera dicha circunvolución el lenguaje articulado, sería como instrumento de la mente que a su vez lo es del espíritu.

No vayan a creer los timoratos que esto son novedades demoledoras de la antigua psicología. Por el contrario, es la ampliación de verdades incompletamente enunciadas por los pensadores de otras épocas, y que ahora pueden demostrarse con

hechos y fenómenos de la más rigurosa experimentación.

Un escritor tan escrupulosamente ortodoxo como León Daudet, campeón del catolicismo militante en Francia, dice a este propósito:

No es verdad que el organismo esclavice al espíritu. Al revés, el espíritu domina al organismo y puede a veces transformarlo. No hay razón para que el cerebro sea, como viene repitiéndose, el sitio exclusivo del pensamiento. Por el contrario, hay razones para creer que *el pensamiento hállase difundido a través de todo el organismo*, dominándolo con absoluta soberanía.

El cerebro es la "central" de comunicación que transmite y recibe corrientes diversas; un ganglio más voluminoso y complicado.

Es inadmisible que tal parte del cerebro sea el sitio de ésta o la otra facultad intelectual. No nos engañemos. Asistimos en nuestros días a un quebrantamiento de todos los dogmas políticos, literarios y científicos del siglo precedente. *Un nuevo orden de cosas está naciendo*, o, más exactamente, es el *orden eterno* que *vuelve a verse* honrado en todos los dominios del pensamiento humano.

A esta declaración cabe añadir que también está naciendo un nuevo orden de cosas en la esfera de las creencias, no precisamente en lo que de esencial tienen las religiones, sino en sus accidentes dogmáticos interpolados por obra de falibles hombres.

También está ya quebrantada la antigua idea ortodoxa de la inferioridad del hombre, conside-

rado por la filosofía medieval como miserable gusano de la tierra.

No hay ni puede haber inferioridad en el hombre por Dios creado, so pena de creer que de las manos de Dios puede salir algo imperfecto, lo cual fuera negar su infinita sabiduría. La única inferioridad es la que nosotros mismos nos suponemos, por no conocernos tal como verdaderamente somos, por tomar por real el hombre externo y por ilusorio o quimérico el hombre interno, cuando sólo lo contrario es la genuina realidad.

Por no conocer nuestras posibilidades desconfiamos de nosotros mismos y somos ridícula caricatura del hombre creado por Dios. Toda inferioridad, todo fracaso proviene del desconocimiento de nuestro verdadero ser.

Mas para que la nueva filosofía de la vida aproveche al mayor número posible de cuantos anhelen aplicarla a su conducta, es preciso exponerla en términos claros y sencillos, con argumentos que persuadan a la par que convenzan sin dejar la más leve duda en el ánimo del deseoso de mejorar su conducta y saber cómo le será posible ayudarse a sí mismo.

La generalidad de las gentes no están familiarizadas con el tecnicismo fraseológico de la psicología académica, y para ellas resulta incomprensible logomaquia esa profusión de términos enrevesados que como "conscientividad", "subconsciente", "superconsciente", "subliminal", "mentación", etc., sólo tienen significado para el psicólogo que los emplea, no siempre con el acierto exigido por la relación entre la idea y la palabra.

En cambio, la psicología resulta una ciencia clara y sencilla cuando se exponen sus principios de modo que todo individuo pueda experimentarlos en sí mismo y convencerse por esta propia experiencia de su verdad.

Si, por ejemplo, tratamos de definir la conciencia, cada psicólogo dará una definición distinta en cuanto a las palabras, aunque todas coincidan en el fondo; pero como las palabras son el vestido de las ideas, y por lo general se fijan las gentes más en el vestido que en la persona, sucede que la mayoría se quedan sin saber lo que es la conciencia a pesar de la multitud de sus definiciones.

Pero digámosle a cualquiera por inculto que sea, con tal que no esté indotado de buen sentido:

"Desde que apuntó la razón en ti, *conoces* que eres tú y no eres ninguna de las demás personas con quienes convives y te relacionas. *Sabes* que tú eres tú y que no eres ni tu padre ni tu madre ni tus hermanos ni tus amigos. *Te ves siempre distinto* de los demás, y este *conocimiento* que tienes de que *tú eres tú* es siempre *el mismo*, tanto si estás alegre, como triste, en casa o en la calle, en

la ciudad o en el campo, y *sabes* que al decir *yo,* te distingues de todos los otros que también dicen *yo* cuando hablan de ellos mismos. Esta distinción la hiciste lo mismo ayer cuando tenías diez años que ahora que tienes cuarenta, y seguirás haciéndola y sabiendo que *tú eres tú* mientras te dure la vida y aun después de la muerte.

A este *conocimiento* de que *tú eres tú* y no eres otro, se le llama en psicología *conciencia personal,* porque es el conocimiento de la *propia persona,* distinta de las demás personas del mundo."

La conciencia personal está corroborada por las características inconfundibles de cada personalidad, que la distinguen *externamente* de cuantas otras personalidades han sido, son y serán en este mundo.

Las más notables características de cada persona son: la fisonomía, el timbre de voz, el modo de andar y la configuración corporal. Cada uno tiene su propio rostro, su voz, aire y ademanes que lo distinguen de sus semejantes y dan prueba de la *conciencia personal* de cada quién, de suerte que por muy bien que se disfrace siempre es posible *identificar* su personalidad. Y llega la distinción hasta el sutilísimo extremo de que ni aun las rayas de las manos ni el contorno de las yemas de los dedos son idénticos en todas las personas, sino que difieren lo bastante para haber fundado Bertillón en su diferencia el útil método de identificación de la personalidad de los criminales por medio de las huellas que deja la impresión de los dedos.

Pero esta personalidad ¿es el verdadero ser, el inmutable Yo, el auténtico hombre? Veámoslo.

Si la conciencia del yo soy yo y del tú eres tú persiste invariable durante toda la vida, resulta evidente que ese Yo no puede ser nada variable.

El cuerpo físico varía periódicamente, según han demostrado los fisiólogos, y aunque parezca siempre el mismo en conjunto, se renuevan por completo de tiempo en tiempo sus células componentes. Por lo tanto, el cuerpo físico no puede ser nuestro verdadero Yo, pues la asimilación y desasimilación va *mudando* sus partículas componentes. Además, si el cuerpo físico fuese nuestro verdadero Yo, resultaría de ello la rotunda negación de la existencia del espíritu, porque el cuerpo muere, se desintegra y la materia que lo compuso vuelve al común receptáculo del mundo material.

¿Serán las emociones, sentimientos, afectos y deseos nuestro verdadero ser? Tampoco pueden serlo porque también varían, y esta variación no necesita que se la demuestre con argumentos, porque cada cual la experimenta por sí mismo.

En efecto, lo que en la niñez constituía nuestro mayor deleite, como eran los juguetes y juegos infantiles, en la juventud lo despreciamos por frívo-

las puerilidades. Análogamente, lo que en la juventud embargaba nuestro ánimo y era el punto de aplicación de nuestras emociones y sentimientos, deja de atraernos en la virilidad; y al llegar la vejez miramos las cosas de este mundo desde un punto de vista enteramente distinto de como las mirábamos y veíamos en las pasadas épocas de la vida.

Según las circunstancias, vicisitudes y condiciones de nuestro ambiente familiar y social, cambian las emociones, sentimientos, afectos y deseos. Hoy nos repugna lo que ayer nos halagaba y es muy posible que mañana no hagamos caso de lo que hoy nos parece indispensable para la realidad de nuestra existencia.

Sin embargo, en medio de esta sucesiva variación emocional, persiste inalterable la conciencia del yo soy yo y del tú eres tú, lo cual prueba que tampoco son las emociones, sentimientos, afectos y deseos nuestro verdadero ser, pues no cabe persistencia en lo variable.

¿Serán nuestro verdadero Yo los pensamientos? Aunque no tanto como las emociones, también son mudables. Dícese que de sabios es mudar de pensamiento; y la experiencia enseña que nuestras ideas, creencias y opiniones se van modificando con los años, llegando a veces a cambiar radicalmente las de la juventud en la virilidad y las de la

virilidad en la vejez. Luego tampoco son los pensamientos nuestro verdadero ser.

¿Cuál es entonces? Antes de responder definitivamente, oigamos al insigne filósofo español Balmes, quien sienta la premisa de la respuesta en el siguiente pasaje:

El ser con conciencia experimenta las mudanzas que en él se efectúan; y cuando la sensibilidad se eleva a la representación del objeto percibido, el ser sale en cierto modo de sí mismo, y no se limita entonces a un orden de fenómenos puramente experimentales, sino que es una especie de espejo en que se ve a sí propio y percibe el admirable fenómeno que en él se efectúa.

Salirse de sí mismo significa prescindir de su variable personalidad, abstraerse de todo cuanto en él es adyecticio y accidental por lo mudable y transitorio, para que tan sólo quede su Yo permanente, su *conciencia individual* como mágico espejo en que a sí mismo se contemple y se conozca en su admirable realidad.

Esta *conciencia individual* es el hombre interno de San Pablo, el Yo superior o Ego de los teósofos, la superconciencia de los psicólogos, la subconciencia de los mentalistas, el Ego subliminal de los espiritualistas, y en resumen, la individualidad inmortal y permanente, en oposición a la personalidad mortal y transitoria.

Esta personalidad, el Ego o Yo superior, es la

imagen y semejanza de Dios, la que heredadas de su Hacedor posee potencias divinas cuya actualización dificultan los obstáculos opuestos por la personalidad.

Así es que cuando el hombre llega a conocerse a sí mismo, comprende que el menosprecio propio es un crimen tan funesto como el orgulloso engreimiento, pues el destino señalado por la finalidad de la vida es el del vencimiento y no de la esclavitud, el del éxito y no del fracaso, la afirmación de las divinas facultades recibidas por herencia, para alzarse al nivel de sus posibilidades y no hundirse por debajo de ellas como hacen los que aún no han llegado a conocerse a sí mismos.

Pero ¿a qué y por qué esa oposición entre la individualidad y la personalidad, entre el espíritu y la materia, entre lo permanente y perecedero? ¿Por qué la vida ha de ser una continua lucha entre el bien y el mal, el amor y el odio, la virtud y el vicio, la razón y la pasión?

Sencillamente porque para evolucionar hacia su perfeccionamiento ha de educir el espíritu las potencias latentes que como simiente divina entraña en sí. Estas potencias son energías espirituales para cuya actualización y crecimiento en magnitud e intensidad es necesaria una *resistencia* que vencer, de la propia suerte que para la eficacia de la fuerza elástica del vapor de agua se

necesita como punto de aplicación una resistencia sobre la cual actúe.

¿Se robustecería la voluntad si no tropezara con obstáculos e impedimentos? ¿Podrían ejercitarse la paciencia, la templanza, la castidad, la fortaleza, la prudencia y demás virtudes si no encontraran como obstáculo vencible la ira, la gula, la lujuria, la flaqueza, la bellaquería y demás vicios que les oponen resistencia por ser sus pares opuestos?

De aquí la importancia de la personalidad para el progresivo incremento y evolución de la individualidad, de donde se sigue que la primera ayuda que el hombre ha de prestarse a sí mismo es la purificación de su personalidad, el expurgo de las debilidades, vicios y pasiones de su carácter, pues cuanto más limpia esté la personalidad con mayor refulgencia brillará la individualidad, más clara aparecerá la imagen del hombre interno, por cuanto ya no estará obscurecida por las sombras del vicio y del error la imagen del hombre externo.

Entonces sentirá el hombre con mayor delicadeza y pensará más altamente, poniéndose en contacto con un mundo cuya visión le velaba la sucia pantalla de la personalidad.

Por esto dice con mucho acierto Sir Oliver Lodge:

Cabe suponer que el Ego o Yo superior se relaciona

con otro orden de existencia y es capaz a veces de transmitir a la personalidad las percepciones que de ese otro orden de existencia recibe. De este modo podrían explicarse los innegables fenómenos de la clarividencia.

Añadamos por nuestra parte que también se explican la inspiración del artista, los pensamientos del sabio, el numen del poeta, por la relación en que el Ego o verdadero hombre está con ese otro orden de existencia a que alude el insigne rector de la universidad de Oxford, y que no es más sino el mundo propio de la actuación del Ego, el plano, esfera o nivel henchido de la sutilísima materia mental de que se plasman los pensamientos cuyas vibraciones recogen los cerebros delicadamente sensitivos como las antenas radiotelegráficas recogen las ondas hertzianas.

Así lo corrobora la experiencia de los sabios y artistas geniales cuya rectitud de conducta y elevación de carácter es incompatible con el empañamiento vicioso de la personalidad.

Dice Mozart a este propósito:

No acierto a explicar cómo compongo mi música, ni sé de dónde ni cómo me acuden a la mente los pensamientos musicales, con la particularidad de que no he de esforzarme en armonizar las notas ni pensar en qué resultado darán, sino que *oigo en mi interior* la frase completa y no he de hacer más que trasladar al pentágrama lo que acabo de oir con los oídos del alma.

Por su parte declara Thompson:

Cuando estaba escribiendo mi libro: *Sistema de Psicología*, parecíame a veces que era yo un instrumento pasivo en manos de otra persona, y otras veces resultaban vanos mis esfuerzos en dar con el pensamiento adecuado al punto de que trataba. En vista de estas dificultades mentales, dejé de escribir durante algún tiempo, aunque seguí acopiando datos y consultando autores cuyas notas me habían de servir de material subalterno para mi obra. Pero una noche, mientras leía un periódico sin pensar para nada en el libro, brotó de mi mente la idea que me faltaba para terminarlo.

Y el eminente químico de las síntesis, el ilustre Berthelot, hombre de sentimientos tan puros, que murió de pena al recibir la noticia de la muerte de su amada esposa, confiesa lo siguiente:

Nunca me esforcé en pensar con normas de puro raciocinio y deliberado esfuerzo mental, qué experimento sería el más a propósito para obtener la síntesis orgánica que me había propuesto descubrir. Las ideas acudieron espontáneamente, como estrellas desprendidas del claro firmamento.

Purificar la personalidad y enaltecer la individualidad fué desde un principio el objeto de todas las religiones. Pero con el tiempo todas se han ido desviando más o menos torcidamente del sendero trazado por su fundador, hasta caer en la supersticiosa creencia de que para purificar la personalidad es preciso afligirla y mortificarla, sin tener en cuenta que si bien la mortificación disminuye la resistencia, substrae en cambio las ocasiones de fortalecer la voluntad.

Por el contrario, la nueva filosofía restaura el primitivo objeto de la verdadera religión, que consiste en domar el potro de la personalidad por medio de la firme y enérgica voluntad del domador.

Ante todo y sobre todo es preciso desechar la funesta creencia de que vuestra personalidad es el verdadero ser, porque mientras así lo consideréis, os seguirán por doquiera el desaliento y el hastío.

Si anheláis sobreponeros al nivel de inferioridad en que hasta ahora vegetasteis, expulsad de vuestra mente la imagen del hombre viejo que nunca se colocó a la altura de sus posibilidades, y substituidla por la imagen del hombre interior, para entonces esforzaros en convertirla en viva realidad.

Miraos en el mágico espejo de vuestra alma, donde está escrito el propósito que tuvo Dios al poneros en existencia, y veréis allí reflejado vuestro verdadero ser.

Pensad, hablad, obrad y vivid en armonía con la ley de Dios y entonces seréis colaboradores del plan de la evolución humana, y al ayudar a la humanidad, empezaréis a ayudaros a vosotros mismos.

II. NUEVO CONCEPTO DE LA VIDA.

II. NUEVO CONCEPTO DE LA VIDA.

Nunca teme ni se desalienta quien está convencido de que lo mantiene el divino poder, que acudirá en su auxilio en toda vicisitud y turbación.

Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta.—SANTA TERESA.

Todo cuanto me muestra a Dios en mi interior, me fortalece. Todo cuanto me lo muestra fuera de mí, me debilita.—EMERSON.



L mayor servicio que el nuevo concepto de la vida está prestando a la humanidad es su insistencia en afirmar la *esencial* divinidad del hombre y representar el poder de que dispone por medio de Dios en su interior.

En vez de empequeñecer y degradar al hombre como si hubiese sido concebido en pecado y fuera nacido en iniquidad cual mísero gusano del polvo, que en un principio perdió su divina herencia por haber caído en desgracia de Dios, el nuevo concepto de la vida, fundado en la evolución de la conciencia, eleva al hombre a divinos niveles y le hace un ser semejante a Dios.

Inspira el nuevo concepto de la vida mayor respeto al hombre, porque ve el hombre *divino* en vez del hombre caído. A la idea del hombre débil, pe-

cador y degradado que la teología describe, substituye el nuevo concepto de la vida la imagen del hombre excelso, sublime y divino. En vez de denigrarlo, mirándolo como alejado de Dios, ve por el contrario a Dios en el interior de todo hombre.

Pero aquí cabe preguntar: ¿Cómo puede ser ese hombre divino ni residir Dios en el interior del criminal empedernido, del malvado sin entrañas, del caribe salvaje, del soez tabernario, de tantas gentes que viven brutalmente sumidas en la sentina de todos los vicios? ¿No es más lógico y mejor adecuado a la evidencia de los hechos considerar al hombre como miserable pecador, sujeto a las enfermedades, tribulaciones y la muerte, condiciones todas incompatibles con la divinidad? ¿No vemos que la mayoría de los hombres son egoístas, pasionales, inclinados al mal cuando les parece que el mal les ha de allegar provecho e inclinados al bien tan sólo para evitar las consecuencias penales del delito?

La diferencia está en que la teología únicamente toma en cuenta la personalidad u hombre externo, mientras que el nuevo concepto de la vida, apoyándose en la sabiduría de los pocos sabios que en el mundo han sido, considera la personalidad como un medio o instrumento que la ley de la evolución pone en manos del hombre interno para que ayudándose a sí mismo con los resultados de la expe-

riencia, adquiera la perfección cuya posibilidad afirmó el mismo Cristo al decir:

Sed *perfectos* como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Si quieres ser *perfecto*, anda, vende lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás tesoro en el cielo; y ven, y sígueme.

Pero la unidad del hombre con Dios se echa de ver más claramente manifiesta en la sublime oración que después de la última cena hizo Jesús por sus discípulos; oración acaso más hermosa que el tan encomiado sermón de la Montaña, porque en ella expone el Fundador del cristianismo sobre la condición de la vida humana y sus relaciones con Dios, conceptos idénticos a los restaurados hoy por la nueva filosofía.

Quien esté libre de prejuicios sectarios, no tendrá más que fijarse en las frases subrayadas, para convencerse de la identidad del viejo con el nuevo pensamiento.

Dice así:

Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad.

Mas *no ruego tan solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.*

Para que *sean todos una cosa, así* COMO *tú Padre, en mí, y yo en ti,* QUE TAMBIÉN SEAN ELLOS UNA COSA EN NOSOTROS.

Ese adverbio de modo COMO invalida el distingo escolástico de que la unidad del Padre con el Hijo consiste en la consubstancialidad y la de los fieles en la conformidad de las voluntades, porque COMO quiere decir *de la misma manera* y no en sentido figurado, sino en el recto, según corrobora la frase: *que también sean ellos una cosa en nosotros*, esto es, en el Padre y en Cristo.

Pero la nueva filosofía de la vida no dice que el hombre sea ya divino y perfecto en acto, sino que lo es en potencia; que tiene en sí la *posibilidad* de actualizar su naturaleza divina oculta y latente bajo el caparazón material de la naturaleza puramente humana.

Por el contrario, la teología desconoce el origen divino del espíritu humano, lo considera *esencialmente separado* de Dios, y al negar la evolución y confundir la personalidad con el verdadero hombre, se coloca en contradicción con las Escrituras y desmiente las explícitas palabras que el evangelista pone en labios de Cristo, quien afirma la posibilidad de que sus discípulos y quienes por ellos crean en él lleguen a ser una misma cosa entre sí y con el Padre y el Cristo.

En cambio, al reconocer la nueva filosofía la ley de la evolución y la posibilidad del perfeccionamiento, al afirmar la divinidad potencial del hombre, da con ello una explicación clara y senci-

lla, lógica y convincente de la existencia en el mundo del mal en todas sus modalidades de crímenes, vicios, flaquezas, enfermedades, plagas, tribulaciones e infortunios que a primera vista parecen incompatibles con la divina naturaleza del espíritu y que en realidad son *accidentes* transitorios que irán desapareciendo durante el proceso de la evolución.

La dificultad está en que la mayoría de las gentes no *se conocen* bien a sí mismas. No han tenido todavía el vislumbre de su esencial divinidad porque ciega los ojos de su intuición la tupida venda de prejuicios y preocupaciones fabricada por una teología fundamentalmente heterodoxa, que les inculcó la errónea idea de que son miserables gusanos de la tierra sin otro recurso que impetrar la misericordia de Dios a quien buscan fuera de sí ignorando que está en ellos mismos.

La mítica leyenda de Perseo, en que sin duda se inspiró Calderón de la Barca para forjar el argumento de *La Vida es sueño*, dice así en resumen:

Acrisios, rey de Argos, tenía una sola hija llamada Danae, de quien el oráculo de Delfos predijo que nacería un niño que cuando hombre reinaría en todo el país y mataría a su abuelo.

Para desmentir el oráculo, el rey Acrisios encerró a Danae en un subterráneo abovedado con las paredes revestidas de planchas de bronce. Pero Júpiter, enamorado de Danae, se transformó en lluvia de oro que

cayendo de lo alto de la bóveda fecundó a la doncella, quien tuvo un hijo llamado Perseo.

Empeñado Acrisios en invalidar la predicción del oráculo, encerró a su hija y a su nieto en un arca de madera y la echó al mar, cuyas olas la llevaron a la isla de Serifos. El rey de esta isla, llamado Dictys, recogió a los náufragos, y dióles hospitalidad en su corte, donde estuvieron muchos años.

Era ya Perseo todo un hombre, cuando Polidecto, hermano del rey Dictys, se propuso deshacerse de él, porque se oponía a que se casara con su madre, de quien aquél andaba muy enamorado.

Pero como no podía matarlo abiertamente, se valió de la astucia, encargando a Perseo que le trajese la cabeza de Medusa, la única Gorgona mortal de las tres que habitaban en un extremo del mundo, cerca del país de las sombras, hacia la parte de Occidente.

Perseo tenía plena confianza en sí mismo, se creía hijo del padre de los dioses, del tonante Júpiter, y partió resueltamente decidido a realizar su empresa.

La confianza que en sí tenía le allegó el favor celeste, porque en el camino encontró al dios Hermes en figura de apuesto mancebo, quien, conocedor del objeto del viaje y de la índole de la empresa, le dijo lo que había de hacer para matar a la temible Gorgona, y le dió al efecto unas sandalias aladas, un capacete que, como el de Plutón, hacía invisible al que lo llevaba, un hacha de bronce para decapitar a Medusa y un saco para meter la cabeza después de cortada.

Sin embargo, Hermes no le indicó a Perseo el camino que había de seguir para llegar a la morada de las Gorgonas, tan sólo conocida de las Greas, tres viejas que no tenían más que un ojo y un diente para las tres, de los que se servían sucesivamente pasándolos de frente en frente y de boca en boca.

Perseo arrebató el ojo y el diente en el instante en que una de las Greas los transmitía a su inmediata

compañera, y entonces las tres suplicaron llorosas a Perseo que les devolviese aquellos objetos esenciales a su vida.

El joven accedió a las súplicas con la condición, cumplida de antemano, de que le enseñaran el camino por donde ir en busca de las Gorgonas.

Así orientado, se puso Perseo las sandalias que le diera Hermes, y volando sobre el mar, llegó a un espantoso desierto donde las tres Gorgonas estaban durmiendo en una gruta. Medusa era la única mortal, y de veras horrible, porque tenía la cara redonda, nariz chata, brazos de bronce, dientes de jabalí, alas de oro y cabellera en que cada cabello era una serpiente. Quien la miraba se convertía al instante en estatua de piedra.

Perseo se acercó de puntillas al espantable monstruo, volviendo atrás la vista para no mirarla, y de un golpe certero le cortó la cabeza, metiéndola en seguida en el saco y echando a volar con el capacete puesto.

Las compañeras de Medusa se despertaron al rumor del golpe, y viéndola decapitada, volaron en persecución del matador, a quien no pudieron encontrar porque el capacete hermético lo hacía invisible.

Realizada la hazaña, emprendió Perseo la vuelta de Serifos, pero al pasar por los dominios del rey Cefeo, vió a una joven atada con cadenas a una roca de orillas del mar.

El dios Poseidón, enojado contra la reina que se alababa de ser tan hermosa como las hijas del dios, castigó al país enviando un monstruo marino que de cuando en cuando incurría en tierra para devorar hombres y ganados. Cefeo consultó con el oráculo, cuya respuesta fué que el monstruo sólo se daría por satisfecho si para aplacar el enojo del dios se le entregaba por víctima propiciatoria a la joven Andrómeda, hija del rey.

Enterado Perseo del caso y compadecido de la joven, acudió a la roca en el momento en que salía el monstruo dispuesto a devorar a la víctima, y sacando del saco la

cabeza de Medusa, quedó el monstruo convertido en piedra.

Perseo quebrantó después las cadenas de Andrómeda y la devolvió a su padre, quien gustoso se la dió por esposa.

De vuelta en Serifos, encontróse con que Polidecto había usurpado la corona a su hermano Dictys, quien para librarse de las iras del usurpador estaba refugiado en el templo con Danae.

Perseo entró en palacio, y enseñando la cabeza de Medusa, convirtió a Polidecto y sus cómplices en estatuas de piedra.

Repuesto Dictys en el trono, despidióse de él Perseo, marchándose con Andrómeda y Danae a Argos. El rey Acrisios, al enterarse de la vuelta de su hija y de su nieto, huyó a Tesalia temeroso de que se cumpliese la predicción del oráculo; pero al cabo de tiempo, fué Perseo a Tesalia para tomar parte en unos juegos atléticos, y al lanzar el disco dió fortuitamente en la cabeza de Acrisios, que quedó muerto en el acto.

Tomada al pie de la letra esta leyenda, parece un burdo tejido de necedades y despropósitos, como también parecen engendros de febriles fantasías los demás mitos y fábulas en que los antiguos simbolizaron profundas verdades espirituales.

Otra leyenda nos representa la condición en que se halla el vulgo de las gentes educadas en creencias tan absurdas como las mitológicas cuando se toman en sentido literal.

Un poderoso rey, con el intento de salvar a su único hijo y heredero de las tentaciones y peligros de la vida cortesana, resolvió criarlo en la más completa ignorancia de su regia estirpe y futura herencia. A los pocos

días de nacer, derramó la voz de que el niño había muerto, y secretamente lo confió a la mujer de un guardabosque para que lo criase como si fuera hijo de ella.

El niño fué creciendo sin sospechar su verdadero origen, y su vida no se diferenció en nada de la de sus fingidos padres. En contacto con la naturaleza, familiarizóse con las rudas tareas de los bosques, aunque no descuidó el rey de proporcionarle ocultamente la educación intelectual correspondiente a su futuro destino.

Por fin, cuando ya era un joven robusto, de costumbres sencillas, lo llevaron al palacio de su padre, quien le descubrió su verdadero origen.

La mayor parte de los hombre viven como el joven príncipe mientras se creyó hijo de un pobre guardabosque. Ignoramos nuestro origen, nuestra divina filiación y herencia.

Pero la nueva filosofía nos revela nuestro verdadero parentesco, nos da la clave de nuestra herencia y nos mueve a mirar la vida con renovados ánimos y más altos motivos, a pesar de las luchas, odios, crímenes, asesinatos y atrocidades que en las naciones presumidas de cultas parecen negar la divina naturaleza del humano espíritu.

Así como los anticuarios suelen descubrir una maravillosa obra de arte bajo la mugre de un cuadro que nada vale para el profano, así también el psicólogo descubre bajo los mugrientos harapos del mendigo y la repulsiva catadura del facineroso, el verdadero hombre susceptible de mejoramiento por la evolución.

No obstante la frecuencia con que se repite la ya vulgar máxima inscrita en el frontispicio del templo de Delfos, la mayoría de la raza humana no tiene conciencia de su individualidad, está rutinariamente identificada con la personalidad, y de aquí el continuo temor al fracaso, a la miseria, al sufrimiento y al infortunio, cuyas insistentes representaciones mentales acaban por grabarse tan profundamente en su ánimo que provocan los temidos males.

La experiencia enseña que todo cuanto perturba el orden y la armonía, todo cuanto quebranta las leyes de Dios manifestadas en las de la naturaleza afecta aflictivamente a la personalidad, pero el hombre interno obtiene bienes de los males y es para él dicha y contento lo que para el hombre externo es infortunio y tribulación, demostrando con ello su divina naturaleza inaccesible al mal.

Leemos en la biografía de Cellini, el famoso grabador florentino, que después de haber disfrutado de todos los esplendores del Renacimiento junto a los tres monarcas más poderosos de su época, le recluyeron las vicisitudes políticas en una húmeda y nauseabunda mazmorra del castillo de Santángelo, donde abundaban las sabandijas. Tiene Cellini una pierna rota y le crujen los dientes por el escorbuto. Pero en aquella aflictiva tribulación levanta su pensamiento a Dios con mayor

vehemencia que en los días felices, y durante la única hora de las veinticuatro en que penetra un débil rayo de luz en la mazmorra, lee la Biblia, canta salmos y compone himnos.

Llega el 31 de Julio, y pensando en las solemnes fiestas tradicionales que al día siguiente han de celebrarse en Roma, exclama con la voz del hombre interior, de su verdadero ser: "Todos los años pasados celebraba yo esta fiesta entre las vanidades del mundo. De este año en adelante la celebraré a solas con la divinidad de Dios. ¡Oh! y cuán mucho más feliz soy ahora que en la pasada vida de mis recuerdos."

En la obra *Guerra y paz,* el protagonista Pedro es el hombre más rico de Rusia. Durante la invasión francesa de 1812, cae prisionero y en esta condición se lo llevan cuando la desastrosa retirada del gran ejército. Padece hambre, frío, miseria y todo linaje de tribulaciones, que en vez de anonadarlo le revelan el justo valor de la vida, según Tolstoi declara al relatar las experiencias de su héroe como sigue:

Por vez primera pudo estimar, porque de ello estaba privado, el gusto de comer cuando tenía hambre, de beber cuando tenía sed, de dormir cuando tenía sueño, de calentarse cuando tenía frío y de conversar cuando tenía necesidad de cambiar unas palabras.

Años adelante, recordaba siempre con gozo aquellos días pasados en la esclavitud y no cesó de hablar con

entusiasmo de las intensas e inefables sensaciones y sobre todo de la tranquilidad moral de que tan acabadamente había disfrutado en aquel período de su vida.

Cuando al amanecer del día siguiente a su aprisionamiento vió la todavía obscura cúpula del monasterio, la escarcha que centelleaba sobre la polvorienta hierba, las montañas con sus boscosas faldas que se esfumaban a lo lejos en una bruma grisácea; cuando sintió su rostro acariciado por la fresca brisa y de pronto surgió el majestuoso sol tras las nubes y las cúpulas y las cruces, disipando los vapores de la niebla y reflejando sus rayos jocundos y brillantes en el lejano río, se estremeció de gozo el ánimo de Pedro.

Esta emoción no lo abandonó jamás, y a medida que se agravaban las dificultades de su situación, centuplicaba sus fuerzas anímicas...

De todo cuanto experimentaba en su interior, del género de vida a que estaba sujeto, había inferido que *el hombre ha sido creado para la felicidad y que esta felicidad se halla en sí mismo,* en la satisfacción de las cotidianas necesidades de la existencia, y que el infortunio es el fatal resultado, no precisamente de la necesidad, sino de la abundancia.

Se le había revelado a Pedro la nueva y consoladora verdad de que nada hay irremediable en este mundo, y que del mismo modo que el hombre no puede ser nunca completamente feliz e independiente, tampoco puede ser nunca completamente infeliz y esclavo.

Comprendió que el sufrimiento tiene sus límites como la libertad, y que estos límites se tocan; que el hombre acostado en un lecho de hojas de rosa, de las cuales tan sólo una esté arrugada, sufre lo mismo que quien se acuesta en el húmedo suelo y siente frío; y que él mismo había sufrido tanto con zapatos de baile muy estrechos como con los pies descalzos y doloridos.

Reinaba la calma en el vivaque, poco antes tan animado por el rumor de las voces y el chisporroteo de los

leños cuyos tizones se iban lentamente consumiendo. La luna llena brillaba en el zenit y a la claridad de sus rayos se dibujaban los campos y bosques del contorno, hasta entonces invisibles, y la mirada se perdía más allá en la infinita profundidad de un horizonte sin término.

Pedro hundió su mirada en el firmamento donde en aquel instante centelleaban miriadas de estrellas, y pensó: "Todo eso es mío. Todo está en mí y todo soy yo. ¡Y se figuran éstos que me han aprisionado en una choza!"

Pedro sonrió y volvió a acostarse entre sus compañeros.

El héroe de Tolstoi nos ofrece el modelo de la nueva mentalidad, enseñándonos a vislumbrar lo que deseamos obtener para nuestro perfeccionamiento, y no lo contrario.

Pero muchos que por una parte anhelan prosperar, por otra se encastillan en el pensamiento de que para ellos es imposible lo que otros lograron en paridad de circunstancias. Parece como si en soliloquio se dijeran:

No te acerques a mí, ¡oh! hada Prosperidad. No eres para mí. Aunque te anhelo más que a cualquiera otra cosa, estoy convencido de que nunca te poseeré. Soy hombre ruin y no puedo tener esperanza de prosperar. Todos mis parientes han sido pobres y se las compusieron penosamente para ir pasando la vida, por lo que no puedo yo esperar a más. Los goces de este mundo no se hicieron para mí. Mi suerte no va por ese camino. Mientras fuí joven, tuve muchas aspiraciones; pero la suerte se revolvía contra mí a pesar de lo muy duro que tra-

bajaba, y me parece que no vale la pena de porfiar con quienes nacieron con buena estrella.

Esta pesimista actitud no puede por menos de producir efectos de la misma índole, porque quien la asume, desconoce su verdadera naturaleza y no se ha percatado de las posibilidades subyacentes en la intimidad de su ser.

El nuevo concepto de la vida nos enseña que para ir adelante en el mundo sin menoscabo de la honradez, debemos colocarnos en esperanzada y optimista actitud mental. Si queremos prosperar hemos de obedecer la ley de prosperidad, porque la abundancia de bienes naturales que Dios ha dispuesto para nosotros nunca puede fluir por canales embozados por el temor y la duda.

Quien se conozca a sí mismo sabrá que si con fe y confianza se esfuerza en obtener lo que legítimamente desea, lo obtendrá más o menos pronto en proporción a su esperanza en obtenerlo, porque las emociones, pensamientos, anhelos y deseos son semillas que darán frutos de la misma especie que su índole.

La duda nace del desconocimiento de nuestro verdadero ser, y es la gran traidora que invalida la natural capacidad de quienes a ella ceden y provoca más tremendos fracasos que la sin razón llamada mala suerte.

Cada vez que cedemos a la duda, al desaliento y

al pesimismo, polarizamos en sentido negativo nuestra mente, y amontonamos obstáculos en el camino del éxito, de la paz y de la dicha.

Está demostrado hoy día que los malos pensamientos y las emociones siniestras alteran ponzoñosamente los humores del cuerpo, de suerte que la mayoría de las enfermedades no derivan de una causa física, sino de los pensamientos de envidia, odio, lujuria y egoísmo.

Nadie puede dañar al prójimo sin que se dañe igualmente a sí mismo, porque todo mal pensamiento y deseo es como la misteriosa arma arrojadiza que los australianos llaman bumerango, cuya misteriosa propiedad es volver al punto de partida después de recorrida la trayectoria y dado en el blanco contra el cual se arrojó.

Por lo que atañe a su eficacia moral, el nuevo concepto de la vida está de acuerdo con la ética de todas las religiones, porque nos enseña a repudiar todo pensamiento de celos, envidia, odio, venganza y lujuria contra nosotros mismos o contra el prójimo; pero la diferencia entre la moral religiosa y la del nuevo pensamiento consiste en que no se funda éste en la egoísta teoría de los premios y castigos de la vida futura para mover al hombre a la práctica del bien, sino en el desinteresado amor al bien por el bien mismo, independientemente de las sanciones futuras contra el mal.

No quiere decir esto que el nuevo concepto de la vida niegue dichas sanciones, sino que en vez de considerarlas desde el inferior punto de vista de un premio para el bueno y un castigo para el malo, las considera como necesario resultado de la ley de las reacciones naturales, de suerte que cada cual habrá de experimentar la dicha consiguiente a sus buenas obras o la pena correspondiente en calidad, intensidad y grado a sus malas acciones.

Sin embargo, la dicha de los buenos es, según el nuevo concepto de la vida, un *estímulo* para perseverar y proseguir adelante en la perfección, al paso que la pena de los malos es una lección que les enseña a apartarse de las ilusiones de la personalidad y mirar en su interior para descubrir y conocer sus verdadera individualidad.

El consejo que Cristo dió a sus discípulos de amar a los enemigos, se ha tenido durante siglos por imposible, pues ni aun los mismos santos de virtud heroica llegaron a este nivel que parece inaccesible a las fuerzas humanas.

No obstante, hoy sabemos que se funda en un principio absolutamente científico. El amor es el natural antídoto del odio, que no puede subsistir ni un momento en una atmósfera de amor como el fuego no puede seguir ardiendo bajo una oleada de agua.

Antes de Cristo, ya dijo Gautama el Buda que el odio no se extingue con el odio, sino con el amor; y sin embargo, la raza humana se enterca en responder al odio con el odio, a la injuria con la injuria, creyendo que es de estricta justicia pagar en la misma moneda que recibe. Así vemos perpetuarse las guerras y los rencores entre pueblos que debieran reconocerse como partes integrantes de un mismo todo, como notas de una misma sinfonía, como colaboradores del plan divino cuya realización establecería en la tierra el reino de los cielos.

La eficacia del amor con sus modalidades del perdón, el olvido y la compasión, es tan evidente para cuantos la han experimentado, que no necesita otro argumento que la prueba individual.

La eficacia de este mental antídoto contra toda ponzoña interna o externa está siempre a nuestra disposición sin necesidad de embotellarlo ni lacrarlo, porque jamás se disipa su esencia. Unicamente nosotros podemos adulterarlo.

Multitud de gentes mueren moralmente emponzoñadas cada año porque ignoran que el antídoto está en el nuevo concepto de la vida, en comprender cuál es la finalidad de nuestro paso por este mundo, cuáles son las causas del mal y la mejor manera de evitarlas.

Quien se da cuenta del por qué y para qué vive,

aprende en consecuencia que toda enfermedad física y mental es resultado del error, y por lo tanto su natural remedio es la verdad, que neutraliza el error como un álcali neutraliza las corrosivas propiedades de un ácido, como la luz disipa las tinieblas y la armonía prevalece contra la discordia.

Fundamental principio del nuevo concepto de la vida es que nunca debemos pensar ni decir nada respecto de nosotros mismos, referente a nuestra salud, aptitudes, habilidad y carácter que no deseemos que sea verdad, porque nuestros pensamientos, afirmaciones y convencimientos son fuerzas dinámicas que propenden a reproducirse en cada célula del organismo.

Por ejemplo, será contrario al nuevo concepto de la vida menospreciaros continuamente, movidos por la vanidad de una falsa modestia, en espera acaso de la reacción del elogio, diciendo a los demás que no sois buenos para nada, que tenéis el don de errar y no tenéis valor para emular a quienes tal vez con menores aptitudes, pero con mayor audacia, se atreven y triunfan en empresas que os parecen temerarias.

Desde luego que no habéis de caer en el extremo opuesto creyéndoos más sabios y diestros y capaces que nadie. Sería ridículo que presumierais de estrategas de café, de estadistas de casino, de instantáneos solucionadores de los arduos problemas

que en nuestros días agobian a toda la raza humana sin distinción de naciones y latitudes; pero tampoco habéis de empequeñeceros ni sumiros en el pesimismo, porque cada vez que pensáis o decís que sois unos fracasados, que os persigue la desgracia, que tenéis mala sombra, que vais a caer enfermos, atraéis precisamente los males que receláis.

La negativa filosofía del no puedo, no me atrevo y tengo miedo, nunca lleva a cabo nada que valga la pena ni logra nada en parte alguna, porque no hay ninguna ley por la cual pueda hacer un hombre lo que piensa que no puede hacer. Cada cosa engendra su semejante.

Otra de las diferencias entre el antiguo y el nuevo concepto de la vida, entre la torcida filosofía tomista, anémico retoño de la aristotélica, y la filosofía armónica, hija robusta de la antigua academia de Platón, consiste en que para quienes identifican la individualidad con la personalidad, los hombres se dividen en dos grandes grupos: los hijos de Abel y los hijos de Caín, los buenos y los malos; mientras que cuantos distinguen la individualidad de la personalidad saben que en todo ser humano hay cualidades positivas y cualidades negativas. En los que llamamos *buenos*, predominan las positivas, pero también tienen en el fondo de su ánimo, en las entretelas de su corazón, algún

resquicio siniestro, alguna cualidad negativa en espera de transmutación.

Por otra parte, en los que llamamos *malos* predominan las cualidades negativas, pero están latentes y en espera de actualización las positivas.

En consecuencia, lo primero que debe hacer cada cual para ayudarse a sí mismo es educir las cualidades positivas latentes y fortalecer las ya actualizadas, pero que no han adquirido todavía el grado máximo de magnitud e intensidad.

¿Cómo se educe, se *saca afuera*, se desenvuelve una cualidad positiva? El único medio es reprimir, refrenar y eliminar la correspondiente cualidad negativa.

Sin embargo, las palabras reprimir, refrenar y eliminar no expresan exactamente la verdadera idea. Mejor dicho estaría transmutar, invertir la cualidad negativa en positiva, aunque para comprender bien esta transmutación es necesario convencerse de lo que a primera vista parece absurdo, esto es, que toda cualidad negativa es el reverso de la positiva, o sea *la misma fuerza anímica*, pero aplicada a un punto diametralmente opuesto.

Amor y odio, verdad y error, diligencia y pereza, castidad y lujuria, justicia e iniquidad, altruísmo y egoísmo, son los polos opuestos de un mismo imán. No son energías independientes entre sí. Son una misma energía que actúa en sen-

tido contrario. Por esto son incompatibles, es decir, que donde hay amor no puede haber odio, ni el error puede subsistir en presencia de la verdad ni el diligente puede ser al propio tiempo perezoso, como no puede un vehículo que vaya de norte a sur marchar al mismo tiempo en sentido de sur a norte.

La primera manipulación de esta alquimia espiritual ha de tener por instrumento la mente, y de aquí la insistencia en aconsejar que nadie piense en aquello que no quiera que tome realidad en su vida.

Los arcaicos mantenedores de la filosofía escolástica se burlan de la eficacia que el nuevo concepto de la vida atribuye al pensamiento, diciendo que si tal eficacia tuviera le bastaría a una fea *pensar en la belleza* para convertirse mágicamente en hermosa, y no tendría un enfermo crónico que hacer otra cosa que *pensar en la salud* para curarse con la misma rapidez que en la piscina de Lourdes o en las aguas del Ganges. Y siguiendo por este camino, alcanzaría la inmortalidad quien siempre *pensara en la juventud* y nunca en la muerte.

Pero no hay tal cosa. Esa manera de argumentar es tan elástica como escolástica, y como de costumbre en quienes de ella se valen, deja la verdad a medias, que es la peor mentira.

La genuina afirmación del nuevo concepto de la vida es que para invertir una cualidad negativa o vicio en su antitética cualidad positiva o virtud, es necesario primero *pensar* insistentemente en la cualidad positiva y en seguida *obrar* de conformidad con ella.

Porque ¿de qué sirve en el plano físico el pensamiento sin la acción? Si falta la acción, el pensamiento se queda flotando en el plano mental, en su propio plano. Es la fuerza auxiliadora de la voluntad, única determinante de la acción.

Las cualidades negativas son propias de la personalidad, de la bestia humana, de la naturaleza inferior. Las cualidades positivas son propias de la individualidad, del hombre interno, del Ego o naturaleza superior.

El toque está, no en anular ni suprimir la energía de las cualidades negativas, sino en transmutarla en positiva, de suerte que toda energía psíquica se convierta en energía espiritual y el Ego sea *dueño* y no *esclavo* de la personalidad.

Algunos autores han representado este dominio del Ego sobre sus instrumentos personales en el símbolo del cochero que conduce el carruaje arrastrado por un tiro de caballos. Dicen que el carruaje simboliza la personalidad, el cochero es el Ego, las riendas son la voluntad y los caballos las emociones, deseos y sentimientos. Es preciso

que las riendas sean fuertes y el cochero hábil para que los caballos no se desboquen.

Pero este símbolo es muy complicado y no da exacta idea de la verdad que intenta representar. Más claro y sencillo es el símbolo del jinete y del caballo. El jinete es el Ego y el caballo la personalidad. Si el jinete no tiene actualizadas sus cualidades positivas, será impotente para dominar al caballo que siguiendo sus naturales inclinaciones lo llevará a donde el bruto se le antoje ir o se quedará parado en seco si no lo apea por las orejas o se encabrita para echarlo al suelo en mortal caída.

En cambio, si el jinete es hábil y tiene actualizadas sus cualidades positivas (simbolizadas en la ciencia y arte de la equitación) dominará al caballo cuya fuerza muscular quedará en todo y por todo al servicio del jinete, quien llevará al caballo por el camino que le señalen las riendas de la voluntad.

Para poner en práctica esta alquimia espiritual que transmuta en el oro de la virtud el cieno del vicio, es indispensable estar convencidos previamente de que la vida no es un juego de arrebatiña en que el bellaco fornido se alza con la ganancia a costa del prudente débil.

Aunque la mala fe, del brazo de la incomprensión, diga que en las obras optimistas sólo se habla de una categoría de éxitos, del éxito comercial

que allega riquezas materiales, hemos de protestar nuevamente, pues ya es antigua nuestra protesta contra el fetiche del áureo becerro, contra el dios dinero en cuyos altares inmola el egoísmo toda cualidad positiva.

Hemos de protestar contra la desatentada porfía que pisotea a quien estorba en el camino de las concupiscencias; contra el frenético esfuerzo de naciones e individuos para explotar a sus vecinos.

El nuevo concepto de la vida nos manda penetrar en el interno recinto de nuestra alma donde dominan las positivas cualidades del carácter, para invertir nuestros antiguos gustos, deseos e inclinaciones, de suerte que sólo aspiremos a la verdad, la bondad y la belleza.

Así descubriremos aptitudes hasta ahora ocultas e ignoradas, podremos movilizar desconocidas fuerzas de reserva y mantendremos la mente en armonía al desvanecer el temor, la ansiedad y el tedio, los mortales enemigos de nuestra eficiencia individual.

Así nos colocaremos en una actitud mental favorable para el éxito, agudizaremos las facultades del espíritu y volveremos el rostro hacia la certidumbre y el optimismo, en vez de mirar como antes hacia la duda y el pesimismo.

El nuevo concepto de la vida abre las puertas de la verdadera riqueza en el interior del ser humano. Descubre maravillosos tesoros a quienes se figuraban que eran pobres e incapaces de adelantar ni medio paso en la vida. Renueva la esperanza en quienes ya habían cedido a la desesperación, y a todos les enseña el modo de ayudarse a sí mismos.

Si buscáis un remedio que verdaderamente sane, consuele y ayude a quienes penan y sufren, probad de invertir las cualidades negativas causantes de la pena y sufrimiento, en cualidades positivas que allegarán contento y dicha.

Si habéis probado inútilmente todo cuanto os recomendaron vuestros amigos, recurrid al nuevo concepto de la vida, al conocimiento de vuestro verdadero ser, a la unión con Dios.

Como dice el Dr. Guillermo Juan Murray:

> El nuevo concepto de la vida sólo es nuevo en cuanto al nombre, pues en esencia es tan antiguo como el sol, tan viejo como el simbólico Anciano de los Días. Sólo es nuevo en el sentido de que los hombres lo pierden periódicamente de vista. No es una nueva filosofía, sino una nueva revelación de la antigua y eterna que profesaron los varones justos y amantes de Dios.

El moderno concepto de la vida puede compararse a una religión de gozo y alegría, no para después de la muerte en otro mundo lejano, sino de alegría y gozo en este nuestro mundo. Promete darnos la felicidad aquí y en el más allá de la muerte corporal.

III. EL PODER CREADOR.

III. EL PODER CREADOR.

Toda persona fervorosa oye el llamamiento de su alma: la voz que resuena en el silencio de su intimidad.



N domador de fieras probó de criar un cachorro de tigre en la misma jaula que un gozquecillo.

Los dos animales crecieron juntos, comiendo en el mismo plato, retozando placenteramente y durmiendo uno sobre otro como si pertenecieran a la misma especie.

El gozquejo se hizo adulto antes que el tigre, y prevalido de su mayor corpulencia, asumió la actitud de dueño, no sólo en los juegos, sino en todas ocasiones. Pero llegó día en que ya adulto el tigre aventajó en tamaño y en fuerzas al perro, y sin embargo no pudo vencer el hábito de dejarse dominar por su compañero.

Finalmente hubo necesidad de separarlos, y entonces se añoró el tigre tan profundamente, que perdió el apetito y parecía disgustado de la vida.

Receloso el domador de que se le muriera, volvió a poner el perro en la jaula del tigre, que alegróse sobremanera al recobrar a su antiguo amigo, quien por su parte no se mostró menos alegre, aunque

inmediatamente asumió su acostumbrada actitud de superioridad.

Sin embargo, el tigre era capaz por naturaleza de despedazar en un momento una docena de perros como aquel a quien por costumbre tan sumisamente obedecía.

Como el *tigre somos muchos* de nosotros. Hemos contraído el hábito de acobardarnos ante cosas que no tienen sobre nosotros otro poderío que el que les da nuestra imaginación. Se nos antojan ejércitos los rebaños.

Durante tanto tiempo nos ha mantenido este hábito en la esclavitud, que llegó a formar parte de nuestra personalidad, *sin tener en cuenta* que en nuestro interior algo existe que puede reirse del hado; algo mucho mayor que la fuerza muscular de un tigre; algo que hemos heredado de nuestro divino Padre y que nos hace dueños de las circunstancias y nos da dominio sobre todo cuanto en el universo existe.

Parecerá muy exagerada y hasta *quimérica* esta afirmación, si la tomamos en el momento presente y referida a un solo individuo; pero ampliémosla en el tiempo a los millares de años que existe el hombre en la tierra y apliquémosla a la humanidad *en conjunto*, y veremos cómo poco a poco, siglo tras siglo, va escrutando el hombre los secretos de la naturaleza, conociendo sus leyes y por

obediencia a ellas adueñándose de las fuerzas del universo.

Cierto que sólo unos cuantos hombres geniales descubren las leyes y escrutan los misterios de la naturaleza, pero el fruto de su labor aprovecha a todo el género humano.

Sin embargo, todos podemos seguir el mismo camino, con tal de que no persistamos en el error secular de que sólo tenemos a nuestra disposición para mejorar de carácter el poco tiempo que la vida terrena nos concede y que resulta irrisorio si lo comparamos con la magna obra de llegar a la perfección del Padre.

No imitemos al tigre. Si somos víctimas de los perros del tedio, temor, ignorancia y desestimación propia, que de tan lastimosa manera nos postergan y paralizan, es porque todavía no hemos aprendido a afirmar nuestras divinas cualidades ni hemos creído en nuestra esencial divinidad.

Vamos dando traspiés por no saber que tenemos en nuestro interior una energía capaz de hacernos triunfar de todo obstáculo superable. No tenemos conciencia de nuestra íntima relación con el Poder creador que nos hace dueños y nó esclavos en todas las circunstancias de la vida.

También parece esto una exageración del optimismo de la que, según costumbre, harán chacota los corifeos de Schopenhauer, de Niestzche, Leo-

pardi y demás cornejas en figura humana para quienes la tierra es tan el centro de las almas como del universo lo era para el ciego Tolomeo.

Pero si consideramos que "al reino de los cielos se hace fuerza y los valientes lo arrebatan", veremos cuán necesario le es al Ego, a nuestro verdadero ser, vigorizar su divina energía ejercitándola en la resistencia que adrede le opone la naturaleza inferior con sus concupiscentes inclinaciones.

Alguien dirá que si Dios nos ha creado tal como somos y nos dió los órganos corporales que son instrumentos y a la par estímulos fisiológicos de la concupiscencia, a Dios le cabe la responsabilidad de nuestros vicios y pasiones.

Contra este aparente argumento se opone la consideración de que los que llamamos vicios, pasiones y pecados, no son más que medios de que se vale la ley de evolución para acrecentar por efecto del sufrimiento, el dolor, el desengaño y el hastío, la interna energía que al prevalecer contra la personalidad nos acercará más y más al Poder creador.

Dice Emerson que un hombre es débil cuando necesita y demanda el auxilio ajeno para hacer lo que por sí mismo pudiera si hubiese vigorizado oportunamente sus fuerzas.

Quien aprende a leer y escribir cuando niño, no necesita amanuense ni memorialista que se enteren de sus secretos íntimos cuando hombre. Quien

aprende el cálculo aritmético no necesita tenedor de libros que le lleve las cuentas del negocio. Quien en su juventud aprende idiomas goza en la virilidad del inefable placer de saborear en el texto original las obras maestras del ingenio humano. Quien desde los albores de su razón fué educiendo sus positivas cualidades y vigorizando su carácter, no necesita cuando hombre consejero de su conducta ni director de su conciencia. Es el varón fuerte que se ayudó a sí mismo, y por la violencia hecha contra su personalidad, arrebató el reino de los cielos, es decir, que se puso en íntima relación con el Poder creador.

Nadie será capaz de hacer todo cuanto le permitan sus fuerzas anímicas y corporales, con la personalidad puesta al servicio de la individualidad, como caballo puesto al servicio del jinete, mientras necesite del auxilio ajeno y no tenga fuerzas suficientes para ayudarse a sí mismo. Es preciso que comprenda que todo auxilio externo nada vale en comparación de la potísima fuerza de su creadora mentalidad.

Pero entendámonos. ¿Quiere esto decir que el industrial en su fábrica, el artesano en su taller, el científico en su laboratorio, han de ser operarios y a la par ayudantes de sí mismos sin nadie que con ellos colabore? No por cierto. Lo que significa es que el director de toda obra ha de saber hacer por

sí mismo cuantos pormenores se relacionen con ella, de suerte que aunque nadie le ayudara, pudiera llevarla a cabo con su solo esfuerzo y conocimiento. El auxilio ajeno se necesita para repartir entre varios colaboradores el trabajo, de suerte que se haga en menos tiempo.

Por esta razón sólo es empresario, director o jefe nominal, sin la correspondiente autoridad moral, el que por desconocimiento de la técnica de su negocio no sería capaz de llevarlo adelante si le faltara la asistencia de los que en realidad hacen la obra.

Los inventores, los genios y faros de la humanidad sintieron el estremecedor impulso de la divina energía interna, del misterioso poder que está oculto tras la carne, pero que no es de la carne, y al obedecer el sentido impulso se ayudaron a sí mismos, pues no hubo quien de fuera les ayudara en la creación de su cuadro, libro, sinfonía, epopeya, invento o revelación de nueva verdad.

Respecto a las admirables invenciones con que ha contribuído Edison al progreso del mundo, confiesa él mismo que tiene el convencimiento de haberlas transferido a la civilización mundial de la infinita Fuente de todas las cosas. Afirma Edison que tan sólo se considera como un canal por donde la gran Inteligencia que llena el universo transmite unos cuantos de los infinitos planes destina-

dos a emancipar a la humanidad de la esclavitud de toda penosa tarea, preservarla de todo linaje de peligros, inmunizarla contra todos los enemigos de su vida y convertir la tierra en el soñado y perdido Edén de los simbolismos religiosos.

A veces un escrior no ha sido más que el despierto amanuense de una inteligencia superior que en forma de inspiración le dictaba sin palabras audibles, pero con ideas imaginativamente plasmadas, los sublimes pensamientos que a vuela pluma copiaba.

Algunos psicólogos llaman subconciencia a esta energía interna; pero a mi modo de ver no es palabra que exprese con la debida claridad el verdadero concepto que con ella se intenta significar.

Parece inferirse de la composición de la palabra subconciencia que se trata de una conciencia *inferior* a la ordinariamente vigílica, cuando en realidad es, por el contrario, un estado de conciencia *superior* a la ordinaria, aquel estado en que abstrayéndonos de la personalidad nos elevamos en una especie de éxtasis al plano peculiar del espíritu, desde donde vemos las cosas de este mundo muy diferentemente de como nos parecen cuando en ellas nos envuelven las groseras necesidades de la vida física.

De aquí la división que algunos psicólogos han hecho de la mente en superior e inferior, o en abs-

tracta y concreta. La *mente superior* no es otra cosa que la conciencia propia del hombre interno, del Ego, dotado de facultades cuya actuación debilita o *impide* la personalidad, como un cuerpo opaco intercepta la luz.

Los innegables fenómenos de sonambulismo, clarividencia, vista a distancia, telepatía, hipnotismo, mediumnidad, transmisión del pensamiento, éxtasis, raptos y otros que caen bajo el dominio de la metapsíquica, no pueden explicarse de otra manera que admitiendo la actuación individual del Ego abstraído de la personalidad.

En este superior estado de conciencia, el hombre es capaz de solucionar problemas y vencer dificultades que en el *ordinario* estado de *vigilia*, cuando sólo actúa la mente concreta, parecen irresolubles e insuperables.

Casos hubo en que los arqueólogos y orientalistas recibieron durante el sueño la clave de inscripciones jeroglíficas que en vigilia habían desistido de interpretar por creer que eran enigmas indescifrables.

No puede decirse que recibieran la clave del jeroglífico por inspiración de una entidad ajena, sino que el Ego conocía la clave, pero no era capaz de valerse de ella mientras estaba su conocimiento debilitado por la mente concreta de la personalidad. Así el sol, con toda su tremenda energía lumínica,

es impotente para iluminar un recinto herméticamente tapiado.

Esto no es cosa de *magia* en el absurdo sentido que da el vulgo a esta palabra, ni tampoco es racional atribuirlo a intervención del demonio, ese *imaginario* personaje que durante tantos siglos ha sido el coco de la infantil humanidad. Es un fenómeno psíquico, y aún mejor dicho espiritual, que sólo se manifiesta en los seres humanos cuando han logrado dominar su personalidad o en los momentos en que, aunque sea transitoriamente, la dominan.

Así sucede que, aun sin llegar a las alturas de la santidad, encuentra el hombre *ordinario al* despertar por la mañana la solución del problema, dificultad o negocio que durante todo el día anterior *anduvo inútilmente* buscando a pesar de torturarse el cerebro.

Cuando esto nos ocurre, no sabemos de dónde ha venido la solución ni quién ha resuelto el problema. Sólo sabemos que es claro y sencillo lo que antes de entregarnos al sueño veíamos obscuro y complicado.

Pero quienes a sí mismo se conocen, están seguros de que la ayuda propia proviene de las fuerzas interiores, de la mente superior o conciencia indestructible del Ego, que está siempre pronta a acudir al llamamiento de *sí misma*.

Durante toda su vida recibió Lincoln maravilloso auxilio de esta fe en sus divinas potencias interiores. Estaba convencido de que su verdadero ser era algo superior a su persona, sujeta a necesidades fisiológicas, cuya satisfacción había de ir forzosamente acompañada de la concupiscencia, infundida por la misma naturaleza para no dejar insatisfecha la necesidad.

Tenía Lincoln la convicción de que por su boca hablaban la verdad y la justicia, que era él tan sólo un instrumento de que se valía Dios para realizar parte del plan de la evolución humana.

Este poder creador que sostenía a Lincoln en sus acerbas luchas contra los partidarios de la esclavitud, es el mismo que dió valor a los mártires para arrostrar gozosos horribles tormentos, el que puso en manos de Juana de Arco la palma de la victoria, entrelazada con la del martirio, el que alentó a los creyentes en su fe entre las llamas de la hoguera, el que infundió inquebrantable confianza a Colón en su mitológica empresa, y a Stephenson, Fulton, Field y Edison la seguridad de que se convertirían en realidades sus quimeras.

En las terribles catástrofes, en los espantosos siniestros se evidencia mayormente la actuación de las fuerzas interiores, del poder creador que late en las profundidades del espíritu humano.

Ejemplios hay de que una delicada mujer, incapaz en circunstancias ordinarias de levantar una silla del suelo, al verse entre las llamas del incendio que amenazaba devorar a sus hijos los salvó del peligro con hercúleos esfuerzos que maravillaron a los hombres más robustos.

¿De dónde proviene este extraordinario poder? Seguramente no de fuera ni tampoco de la personalidad, porque entonces se cumpliría la acción heroica en cualesquiera circunstancias. Ha de provenir del interior, del verdadero ser, cuyas fuerzas están siempre presentes, aunque en espera del violento empuje que las ponga en actuación en el momento supremo de la necesidad.

Todos hemos más o menos experimentado la influencia decisiva del poder creador en las críticas circunstancias de la vida, la acción de una fuerza que hasta entonces desconocíamos, y después de realizada la hazaña, nos decimos en admirado soliloquio: "No sé cómo pude hacer lo que hice. Me parece mentira. Si hubiese de volverlo a hacer no fuera capaz de hacerlo."

Pero si siempre dependiéramos de este algo interior que no cesa de estar dispuesto a responder a nuestro llamamiento, seguiríamos realizando acciones que nos parecerían maravilosas.

Por desgracia, sólo en casos extremos, en momentos de apuro nos ponemos en contacto íntimo con nuestro poder creador.

Para dar eficacia a la maxima *Ayúdate a tí mismo,* complemento de la tan repetida *Conócete a tí mismo,* es necesario obedecer a la ley psicológica, según la cual todo cuanto anhelemos realizar lo hemos de imprimir de antemano en la mente superior por medio de la imaginación, que no debe confundirse con la fantasía.

No es la imaginación la loca de la casa como vulgarmente se cree. Por el contrario su mejor auxiliar es el orden.

Oigamos lo que a este propósito dice Balmes:

Visitamos un gran establecimiento fabril. En uno de sus departamentos se preparan las primeras materias. En otro se elaboran los varios objetos. En otro se les da la última mano. En otro, por fin, se los dispone en bultos o cajas para hacer las remesas o se los distribuye del modo conveniente para que los examine el comprador.

Si la visita se hace con desorden, pasando de una a otra pieza, recorriendo ahora una parte de los almacenes, admirando luego la construcción ingeniosa de una máquina, y continuando de este modo sin ninguna regla, se verán muchas cosas, quizás se las examine muy bien aisladamente, pero será difícil recordarlas.

Por el contrario, si se ha procedido con método, formándose primero una idea general del edificio, de sus partes principales y de los objetos a que se destinan, fijándose luego en las divisiones y subdivisiones de cada departamento, siguiendo el orden de la fabricación, comenzando por las primeras materias y acabando por los estantes del despacho, se ligará todo fuertemente en la memoria, el recuerdo de un objeto excitará el de otro, y con poco trabajo se podrá dar cuenta de todo lo que se ha visto, aunque haya transcurrido mucho tiempo.

Esta es la memoria imaginativa, como si dijéramos el punto de apoyo para el ejercicio de la verdadera imaginación que consiste en representarnos mentalmente una *posible realidad con arreglo a las leyes del raciocinio.*

Todo lo que no cumpla esta condición entra de lleno en el campo de la fantasía, la que bien merece el dicterio de loca de la casa.

Por lo tanto, para ayudarnos a nosotros mismos en la difícil obra del perfeccionamiento del carácter y actualización del poder creador, debemos representarnos imaginativamente la obra que nos propongamos hacer, como si ya estuviera realizada.

El arquitecto ve el edificio construído en su imaginación antes de cimentarlo. El ingeniero ve funcionar la proyectada máquina antes de que se forjen o fundan las piezas. El arquitecto e ingeniero de su vida, de su carácter y conducta ha de imaginar los resultados de su proyectada acción antes de realizarla.

Esta representación imaginativa de lo que nos proponemos hacer, considerándolo como si ya estuviese hecho, y acompañada de la firmísima voluntad de hacerlo, es el fundamento, la base y matriz de todas las demás facultades intelectuales. Es una verdadera sugestión mental que cuando per-

severantemente sostenida, acaba por prevalecer contra la personalidad y en especial contra el cuerpo físico, cuyas células responden sumisas a los mandatos de la mente en su modalidad de imaginación.

Todo esto que tan metafísico y especulativo parece, está al alcance de todo entendimiento medianamente despejado, y raro será quien no haya tenido en su vida alguna experiencia que se lo demuestre sin necesidad de insistir en la argumentación.

Por ejemplo, si nos acostamos por la noche con la idea fija, el propósito firme y la imperiosa necesidad de despertarnos al día siguiente a hora oportuna para no perder el tren, no será preciso poner el despertador sobre la mesita de noche ni encargar a nadie que nos llame. Nos despertaremos automáticamente a la debida hora.

Pero si fiados en el reloj o en ajenas voces no fijamos en la mente la idea de levantarnos temprano, perderemos el tren si por cualquiera circunstancia falla el aviso.

Con todo, es necesario fijar muy vigorosamente el pensamiento en lo que deseemos hacer, porque de lo contrario no producirá resultado efectivo la ley mental.

Esta debilidad de pensamiento es la causa de que no obtengamos mayor fruto de la acción de nuestras fuerzas interiores, cuyo despertar necesita un

impulso lo bastante poderoso para vencer la resistencia que les opone la personalidad.

En cambio, si imprimimos en la conciencia del Ego nuestro propósito tan intensamente como en sus respectivos casos hicieron Abraham Lincoln, Marshall Field y Carlos Miguel Schwab, y nos esforzamos tan vigorosamente como ellos para lograr nuestro anhelo, será seguro el resultado.

Dice un adagio vulgar: "Si quieres ser obispo, métetelo en la cabeza". Claro está que, como todos los dichos vulgares, expresa exageradamente la idea, pero en substancia significa lo mismo que enseña la psicología experimental, esto es, que toda acción tiene por obligado antecedente la persistencia del pensamiento.

Sin embargo, no vayamos a creer que basta *pensar* firme y sostenidamente en una cosa para lograrla. Esto sería absurdo, porque a cada paso nos está demostrando la experiencia lo contrario. Lo que con ello damos a entender es que el pensamiento firmemente sostenido sirve de palanca a la voluntad y de factor esencial a la acción; pero además se necesitan las condiciones y facultades requeridas por el logro del propósito.

Si, pongamos por caso, a un zafio analfabeto *se le metiera en la cabeza* llegar a ministro, no lo lograría por más que estuviera toda su vida *pensando firmemente* en serlo. Dispone de los factores

pensamiento y *voluntad*, pero le falta el complejo e igualmente indispensable factor de la *aptitud*.

En cambio, hay quienes poseen aptitudes y reunen condiciones sobradas para ocupar en la vida social un puesto muy superior al en que se hallan, y no obstante les sorprende la muerte sin haber prosperado lo más mínimo, porque no se estudiaron ni conocieron ni ayudaron a sí mismos. La timidez, el recelo y la desconfianza, bajo el triple antifaz de modestia, apatía e indiferencia los retuvieron vitaliciamente en una posición inferior a su valía, por no haber sabido ponerse en contacto con su interno poder creador.

Lo mismo cabe decir respecto de la salud. Si con *pensar* en la salud bastara para estar sanos, habrían de cerrarse desde luego por inútiles las Escuelas de Medicina. Además de poner nuestro pensamiento en la salud, hemos de evitar todo cuanto arriesgue quebrantarla; pero vano será cuanto hagamos en este sentido si al propio tiempo nos domina de continuo la aprensión de caer enfermos, que equivale a *pensar* en la enfermedad y provocarla.

La correlación entre nuestro íntimo enlace con el poder creador y los esfuerzos para lograr el propósito está gráficamente simbolizada en el adagio popular: *A Dios rogando y con el mazo dando.*

El poder creador y el esfuerzo operante son un

par de fuerzas que tienen el mismo punto de aplicación. Si falta una de estas dos componentes, fallará la resultante. Ambas son las invisibles piernas de la individualidad, las muletas morales de la personalidad, la única ayuda eficaz que podemos prestarnos a nosotros mismos.

IV. AYÚDATE Y DIOS TE AYUDARÁ.

IV. AYÚDATE Y DIOS TE AYUDARÁ.

No puedes verme con los ojos de la carne. Vista interna te di para que contemplaras mi poder.



oco antes de terminar la guerra mundial, escribió un soldado norteamericano desde la línea de batalla una carta en que decía:

Hay aquí muchos soldados que pelean heroicamente y sin embargo nunca hasta ahora supieron lo que es ser hombre.

La pasada guerra, cuyos horrores han descrito ya tantas plumas en anticipo de la fiel descripción de la historia imparcial todavía en blanco, tuvo entre sus tremendos males la beneficiosa compensación de haber transformado en hombres a muchos que hasta entonces sólo tuvieron de tal la figura, y en dioses a otros tantos que ya eran hombres.

Por supuesto que no damos a la palabra *dioses* el pagano e idolátrico significado en que vulgarmente suele tomarse, sino el que entraña la misma palabra en aquel pasaje bíblico que dice:

Vosotros sois *dioses* e hijos todos vosotros del Altísimo.

Si, como la misma religión afirma, todos somos hijos de Dios, y el hijo ha de tener igual naturaleza que el padre, porque cada ser engendra su semejante, no cabe dudar de la esencial naturaleza divina del espíritu del hombre.

Multitud de pruebas experimentales de esta verdad nos dió la pasada guerra, donde a causa del continuo roce con el peligro y la incesante vecindad de la muerte, aprendió el soldado a estimar como nunca hasta entonces las realidades de la vida y la omnipresencia de Dios.

Quienes en la línea de batalla estaban día y noche en perpetuo riesgo mortal, sintieron espontáneamente acrecentada su fe en la vida futura, y con la vista interna vieron a Dios presente en todos los átomos de su ser, sin separación posible del eterno principio y fin de todas las cosas.

No había entre los millones de combatientes ni un solo ateo. Todos creían que las bombas, los gases deletéreos, las balas, las bayonetas, lanzas y cañones, únicamente podían herir el cuerpo, envoltura y habitación del alma. Sabía el soldado que ninguna arma ofensiva era lo bastante eficaz para vulnerar la parte inmortal de su ser, que ni la espada lo hiere, ni el agua lo moja ni el aire lo orea ni el fuego lo abrasa.

Estaba convencido por intuición, sin necesidad de misioneras exhortaciones, de que nada podía

ocurrir en daño de su verdadero ser, partícula inseparable del eterno Espíritu del universo.

La conciencia de esta verdad, de su unidad esencial con Dios, le daba al soldado en toda circunstancia maravillosa seguridad, admirable consuelo y denodado valor. Arrostraba la presencia del enemigo con la misma confianza con que el pastor David, sin otra arma que su honda, retó al espantable gigante armado de punta en blanco.

Los jóvenes que combatían en los ejércitos de las naciones beligerantes, miraban cara a cara a la muerte con infinitamente mayor esperanza en el futuro, con infinitamente menos temor de lo que pudiera ser el arcano del más allá, que cuantos soldados pelearon en las pasadas guerras de la historia humana.

Dimanaba esta confianza del radical y rápido cambio del concepto de Dios y del auxilio que de su poder nos cabe recibir.

Ya no adoramos al iracundo, vengativo, parcial y enigmático Dios de nuestros padres. Tenemos un nuevo concepto de Dios que de las nubes lo trae a nuestra vida cotidiana. Ya no está sentado en trono de marfil, lejos de la tierra, en los extremos límites del cielo. Sabemos que está en cada átomo, en cada electrón del universo.

No concebimos una molécula de materia sin que la anime la energía divina, porque Dios es la rea-

lidad, el alma, la vida de todas las cosas y de todos los seres.

Toda belleza, toda bondad y verdad, toda manifestación de amor, compasión, benevolencia, auxilio, del bien en cualquiera de sus modalidades es una expresión de Dios.

Los antropomorfistas exclamarán de seguro: Esto es la centésima repetición del panteísmo, de esa funesta filosofía cuya insensata afirmación de que todo es Dios, es la más rotunda negación de Dios.

Pero no hay tal. Nuestro concepto de Dios coincide exactamente con el que expone Balmes en este pasaje:

Dios está en todo el universo y *todo* en cualquiera de sus partes. Dios estaría del mismo modo en todos los universos posibles si llegasen a criarse. Dios, por razón de su inmensidad, está en *todo* lo existente.

De conformidad con el filósofo español, que de mucho se adelantó a su época, aunque no pudo por menos de resentirse de las ligaduras dogmáticas que estuvo a punto de quebrantar, es hoy para nosotros tan evidente la existencia del Poder infinito, que como hace dos mil años decía San Pablo, nos sentimos vivir y movernos y estar en él. Lo adivinamos en todo ser viviente, en todas las cosas creadas. Conocemos que es la vital energía creadora del universo.

Este verdadero concepto de Dios que reconcilia la religión con la ciencia, está derrumbando las barreras de separatividad levantadas por el fanático sectarismo entre los hijos de un mismo Padre.

Poco a poco han de ir desvaneciéndose los repugnantes odios teológicos, marchitándose los prejuicios y desapareciendo las supersticiones a medida que vaya elevándose el nivel de la conciencia universal, hasta alcanzar la plena comprensión del concepto de la fraternidad humana como forzosa consecuencia de la paternidad divina.

Pero quedaría este nuevo concepto de Dios sin dar resultados prácticos en la conducta de la vida diaria, si al propio tiempo no abriera los ojos hasta ahora ciegos y los oídos hasta ahora sordos de multitud de gentes hambrientas de luz y de verdad.

Así, el primer paso que hemos de dar en el camino de perfección ha de ser el convencimiento de nuestra esencial unidad con Dios, porque sólo así seremos merecedores de que Dios nos ayude si nos ayudamos, puesto que al ayudarnos por medio de nuestra recta conducta, nobles aspiraciones, laboriosos esfuerzos y la perseverante práctica del bien en todas las circunstancias de la vida material, no haremos otra cosa que poner en intensa acción nuestras espirituales energías, de Dios irradiadas como rayos del céntrico sol espiritual.

Según adelantan los siglos, se nota en las nue-

vas generaciones mayor agudeza de facultades, en prueba de que no son almas recién criadas por Dios sin experiencia alguna, sino que tienen su pasado, durante el cual se esforzaron en vigorizar las facultades inherentes a su Ego inmortal.

Sobre este punto viene de propósito lo que dice el periódico inglés *Daily Mail* (El Correo diario):

Los educadores ingleses notan en la presente generación juvenil un más rápido desenvolvimiento físico y mental. Advierten un profundo cambio en los escolares desde estos últimos cinco años. El ingenio de los adolescentes no es más ágil ni más brillante, pero sí más maduro. Se ven muchachos de quince años que por su capacidad de raciocinio, buen sentido y concepto general de la vida parecen ya hombres completos. Son reflexivos, leen libros serios y se interesan por cuestiones que dejaban indiferentes a los escolares de la precedente generación.

Los educadores ingleses atribuyen esta mejora de la raza a la guerra mundial, que no sólo ha herido con sus horribles escenas las imaginaciones juveniles, sino que en muchos casos ha puesto a los jóvenes en directo contacto con las necesidades y problemas de la vida.

También entre las jovencitas inglesas se observa el mismo fenómeno de rápido progreso, no tanto en lo que se refiere a la capacidad intelectual como en las manifestaciones de honrada independencia y seguridad en el vivir sin ayuda ajena. Muchachas de diez y seis años, que en pasadas épocas todavía se hubieran complacido en jugar a las muñecas, tienen hoy día todo el aspecto, modales, formalidad y discernimiento de mujeres aleccionadas por la experiencia de la vida.

No sólo en Inglaterra, sino en todos los países

civilizados se observa esa mayor vivacidad de comprensión, ese reflexivo criterio y ese acrecentamiento de buen sentido en la nueva generación que crece con evidentes aptitudes mentales para desechar los tradicionales errores que aún se empeñan en inculcarles los arcaicos maestros nacidos y educados en un ambiente de superstición.

Hemos de tener en cuenta que la idea de Dios como auxiliador del hombre es la síntesis de las ideas de bondad, verdad y belleza, de suerte que el mal, el error y la fealdad son incompatibles con la presencia y potencia de la energía divina y por lo tanto incompatibles también con la ayuda de Dios, porque mientras nos inclinemos al mal y perseveremos en el error, en vez de ayudarnos nos pondremos obstáculos en el camino de la vida.

El hombre ordinario, de mediana cultura y flaca voluntad, sin la suficiente experiencia todavía para haber fortalecido sus facultades mentales y morales, queda sometido por sugestión a las ideas, costumbres y creencias dominantes en su ambiente. Habla el idioma, profesa la religión y sigue las costumbres del país de su nacimiento y crianza, de la familia en cuyo seno transcurrió la infancia, y queda modelado su carácter por la influencia del ambiente.

Pero el hombre que acierta a comprender su verdadera naturaleza y tiene la voluntad lo sufi-

cientemente robustecida, no repara en hacer los necesarios esfuerzos para pensar con su cerebro y no con los ajenos, para discernir entre lo ilusorio y lo real, lo permanente y lo transitorio, lo verdadero y lo falso, aunque la mayoría de las gentes con quienes conviva tomen lo ilusorio, transitorio y falso por real, permanente y verdadero.

La rectitud de pensamiento, clave de la rectitud de conducta, es la más valiosa ayuda que cada cual puede prestarse a sí mismo, con la seguridad de recibir la ayuda de Dios tan a menudo confundida con la suerte.

Los escépticos y pesimistas, los enamorados platónicamente del dolor, que gozan con el graznido de las cornejas, dirán que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos, o que todos los pillos tienen suerte.

Para hacer reir a los tontos no está mal la observación; pero apenas se analiza echamos de ver su poco fundamento, porque en primer lugar no siempre son los buenos aquellos que nos lo parecen, y en segundo lugar abundan en la historia ejemplos en que los menos vencieron a los más, porque con la fortaleza de su ánimo y la magnitud de su propósito suplían con exceso la exigüidad de su número.

Cuando los sarracenos invadieron a España y en poco menos de tres años derrocaron la monarquía goda, eran los más, pero también los *buenos* con relación a los godos, que eran los *malos*, al revés de lo supuesto por el prejuicio de quienes tildan neciamente a Mahoma de falso profeta y se figuran que todo mahometano ha de ser *malo* de necesidad, y que cualquier desalmado bellaco ha de ser por fuerza *bueno* con sólo llamarse cristiano.

La conquista de España por los árabes nos da una prueba de que tanto en los individuos como en las naciones, Dios ayuda a quien se ayuda. Los árabes, recién convertidos por Mahoma del más grosero y cruel fetichismo al conocimiento y adoración en espíritu y en verdad del único Dios, estaban henchidos del entusiasmo que les infundía la nueva fe que de tal modo había educido sus hasta entonces dormidas energías y elevado el nivel de su conciencia, y anhelan comunicar su entusiasmo y su fe a todos los pueblos de la tierra, creyendo firmemente que con ello les harían incalculable beneficio.

No discrepaba la conducta del pueblo musulmán en la época de las conquistas, de la que más tarde siguieron los españoles en América con los indios y siguen hoy los cristianos de toda denominación con los pueblos inciviles.

Dice a este propósito el arabista español Asín Palacios:

El pueblo árabe, antes de la predicación del Islam, vivía entregado a la vida nómada del pastoreo y del comercio, incompatible con las preocupaciones metafísicas. Sus creencias religiosas eran o ateas o idolátricas, salvo contadas tribus que por el contacto de los pueblos vecinos profesaban el judaísmo, el mazdeísmo o alguna de las herejías cristianas.

Por otra parte, leamos cómo describe Annie Besant la situación social de Arabia en el momento de nacer Mahoma:

Por doquiera las luchas religiosas destruyen los hogares y dividen a los ciudadanos. Brutales y sangrientas querellas y odios transmitidos de generación en generación aislan a los hombres, a las familias y a las tribus. Domina una feroz y cruel idolatría que llega al extremo de sacrificar seres humanos a los ídolos y se celebran festines con los cadáveres. La lujuria ha usurpado el lugar del amor humano y los horrores de la vida repugnan toda descripción. En este encendido infierno de pasiones, muertes, crueldad y lujuria nace Mahoma el 29 de Agosto de 570 en la Meca, de la familia de Quraish, de la ilustre tribu de los coreishitas.

A pesar de la escasa originalidad del símbolo alcoránico, tomado de las varias religiones de los pueblos vecinos, no es posible negar su beneficiosa influencia en el progreso espiritual de la humanidad, y así se explica la evidente ayuda que Dios prestó a un pueblo que al realzar su colectiva conciencia se ayudaba a sí mismo, aparte de que en el plan de la evolución humana estaba destinado a servir de nexo entre la cultura clásica de Oriente

y los pueblos bárbaros recién convertidos al cristianismo en Occidente.

Pero también ayuda Dios a los *buenos,* aunque sean pocos, si saben ayudarse a sí mismos. Ejemplo de ello nos ofrece la historia del pueblo ateniense, que celoso de su independencia, henchido de amor a la patria, tuvo sobrado denuedo para atacar y vencer con un ejército de diez mil hombres a los cinco millones del orgulloso Jerjes.

Lo mismo les sucede a los individuos. Cuando obran de conformidad con las leyes de la naturaleza, se ayudan a sí mismos, porque toda ley de la naturaleza es ley de Dios. El error que durante siglos ha extraviado a la humanidad y aún extravía al mayor número, es considerar independiente a Dios de la naturaleza, creer que la ley divina se contrae al orden moral y nada tiene que ver con el orden físico, como si no hubiese otra ley de Dios que los mandamientos del Decálogo.

Este error no deja comprender a la mayoría de las gentes, por qué a veces parece ayudado y favorecido por Dios un hombre a quien todas las apariencias condenan por indigno de los favores de la suerte.

En tales casos sólo nos fijamos en el aspecto siniestro o cualidades negativas del carácter de la persona cuyos éxitos en los negocios nos parecen incompatibles con su conducta privada. No vemos

el aspecto luminoso o conjunto de cualidades positivas, que también las tiene, porque de lo contrario fuera negar la esencial divinidad de su verdadero ser.

Si analizáramos los factores del éxito de aquel hombre que tan indigno nos parece, descubriríamos que a pesar de su mala conducta en otras modalidades de su actividad, obedeció a las leyes de orden, armonía, bondad y verdad en la concreta acción que le condujo al éxito.

Supongamos que un químico de extraordinario talento y sagacidad es en la vida privada lo que se llama un mal hombre comido de vicios. Si cuando se entrega a sus experimentos deja los vicios a la puerta del laboratorio y concentra todas sus energías en la investigación de los secretos de la materia, obedeciendo a las conocidas leyes de la físicoquímica, tendrá asegurado el éxito porque al obedecer a la ley de la naturaleza obedece a la ley física de Dios, aunque por otra parte y fuera del laboratorio desobedezca la ley moral de Dios. Se ayuda a sí mismo en lo que hace, poniéndose en armonía con las leyes dictadas a la materia por el Criador, y por natural consecuencia recibe en aquel punto concreto de su actividad la ayuda de Dios.

No obstante, como las leyes físicas y morales no son del todo independientes, sino que están recíprocamente relacionadas en mayor o menor grado, puede ocurrir que si tan abyecta es la conducta privada del sagaz químico, resulten sus facultades intelectuales debilitadas por los excesos y sean sus éxitos científicos no tan completos y brillantes como hubieran podido ser si conjuntamente obedeciera a las leyes físicas y morales.

Cuando vemos la virtud vencida y el vicio triunfante, la inepcia en altos asientos y el mérito postergado, somos víctimas de lo que pudiéramos llamar una *ilusión óptica mental,* porque seguramente la virtud vencida va acompañada de alguna flaqueza de carácter que fué causa del vencimiento, al paso que el vicio triunfante estuvo compensado por alguna virtud oculta que fué la determinante del triunfo.

Lo mismo cabe decir de la antinómica situación en que las apariencias presentan a la vista vulgar a la nulidad en alto asiento y al mérito postergado.

Así, por ejemplo, hay casos de encumbramiento personal en que nos parece mentira que un jornalero inculto y analfabeto, de vulgarísima extracción social, llegue a ser en pocos años industrial acaudalado y ejerza cargos políticos de muy alta representación, mientras que muchos hombres de cultura y educación incomparablemente superior quedan obscurecidos en los rincones del hogar sin

que nadie reconozca sus aptitudes para ocupar cargos de responsabilidad social.

La explicación de semejante anomalía está en que el inculto y analfabeto jornalero supo ayudarse a sí *mismo poniendo* en acción las cualidades positivas de su carácter, que ofuscaron con su brillo las negativas de inerudición e incultura, mientras que el titular académico invalidó sus positivas cualidades con el incremento que por no ayudarse a sí msimo dejó tomar a las negativas.

Seguramente que el inculto jornalero, estimulado por la bajeza social de su condición, sentía en su interior un impulso acompañado del convencimiento de que podía ser en el mundo algo y aun mucho más que un triste jornalero.

En cambio, el hombre de refinada cultura, capaz de leer a Homero, Virgilio, Dante y Shakespeare en el texto original, de comentar a Ovidio y Cervantes y seguir al día los progresos de todas las ciencias, se sentía incapaz de entremeterse en las intrigas, habilidades, travesuras, astucias y artimañas que conducen a los altos puestos de representación social, donde una vez entronizado el vencedor recibe los elogios de la prensa, el aplauso de las greyes populares y la pleitesía de los mismos que en su fuero interno guardan la memoria del plebeyo origen.

La más eficaz ayuda de sí mismo es indudablemente la autosugestión, que reúne todas las ventajas sin ninguno de los inconvenientes del hipnotismo.

La autosugestión consiste precisamente en guiar la conducta por las sendas mentales que conducen a la armonía de la acción con las leyes físicas y morales establecidas por Dios.

En este concepto, ya no es la ayuda de Dios un favor ni un privilegio ni una gracia ni nada con el más leve asomo de parcialidad e injusticia que niegue caprichosamente a unos lo que sin más ni más conceda a otros, sino que es la lógica y natural consecuencia de la ayuda que uno se prestó a sí mismo al colocarse en armonía con el Infinito.

Ya dijimos antes que de nada sirve el pensamiento si no se concreta en acción; pero la eficacia del pensamiento consiste precisamente en que por su insistencia mueve a la acción.

Dice Nyssem a este propósito:

A nuestro entender, el mayor y más útil descubrimiento del siglo XIX, tan fecundo en todo género de invenciones, es el de haber evidenciado que *podemos* dominar las actividades durante tanto tiempo tenidas por involuntarias e inconscientes, como si fuesen fuerzas automáticas de nuestro organismo, obligándolas a obedecer los mandatos de la mente.

Millares de personas han experimentado en *sí mismas* la verdad de esta afirmación, sugestionándose por medio del pensamiento y logrando transmutar en positivas sus cualidades negativas, esto es, eliminar los há-

bitos viciosos y substituirlos por los virtuosos, aumentando sin cesar el caudal de las divinas energías.

Por otra parte, dice Víctor Rosine:

El sistema nervioso, propulsor de todo el funcionalismo corporal, está a su vez gobernado por el pensamiento vigorosamente sostenido. Cuando el espíritu concentra sus energías como un general las fuerzas de su ejército para en seguida distribuirlas por los puntos estratégicos del campo de batalla, que en este caso es el organismo corporal, todas las células reciben la ayuda vital que el espíritu les envía y entonces hay éxito, influencia, salud y vitalidad.

Hemos de tener en cuenta que la personalidad es una resultante de diversos estados psicológicos, los cuales son automáticos e inconscientes cuando el Ego todavía no es dueño de sus instrumentos, vehículos o envolturas corporales.

Le sucede entonces lo que al jinete que por no dominar al caballo participa a su pesar de todos los movimientos instintivos y voluntarios del bruto; pero en cuanto domina al caballo queda éste sujeto en sus movimientos a los que le ordenan las riendas dirigidas por la voluntad del jinete.

V. PODER SIN QUERER.

V. PODER SIN QUERER.

Tornéme y vi debajo del sol que no es de los ligeros la carrera ni la guerra de los fuertes ni el pan de los sabios ni las riquezas de los doctos ni la gracia de los artífices, sino que tiempo y ocasión acontece a todos.—*Eclesiastés.*

En las batallas de la vida no siempre alcanza la victoria el más fuerte o el más activo, sino que tarde o temprano vence quien *piensa* y *quiere* vencer.



EL segundo lema de este capítulo es, a mi juicio, la más clara interpretación que cabe dar al primero.

Tarde o temprano indica la idea de *tiempo,* y en cuanto a la *ocasión,* únicamente será capaz de aprovecharla quien en ella piense o la provoque y quiera aprovecharla.

Pero nos parece sofístico el razonamiento del en otros aspectos discretísimo San Pablo, cuando dice hablando de Dios:

Del que quiere tiene misericordia y al que quiere endurece. Me dirás, pues: ¿Por qué se enoja? Pero ¿quién eres tú, ¡oh! hombre, para que alterques con Dios? Dirá el vaso de barro al que le labró: ¿por qué me has hecho tal? ¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para vergüenza?

La respuesta ha de ser rotundamente negativa, porque la comparación se establece entre términos incomparables. El alfarero puede obrar a su capricho y dar a sus vasos la forma que se le antoje o mejor convenga a su propósito; pero Dios dejaría de serlo si al formar a los hombres procediese arbitrariamente, destinando a unos a honra y a otros vergüenza.

El vaso de barro no tiene espíritu y el cuerpo del hombre, aunque metafóricamente sea un vaso de barro, es el templo del Espíritu Santo, según dice el mismo San Pablo, y por lo tanto ¿cómo puede fabricar el divino alfarero para vergüenza un vaso que ha de contener su propio espíritu?

Fatalistas son realmente quienes siguiendo las erróneas tradiciones de una absurda filosofía dicen que misericordiosamente y como gusta, esto es, a su capricho, distribuye Dios los sucesos de todas las cosas. ¿En dónde queda con esto la libertad, el libre albedrío, la voluntad y la responsabilidad del hombre si es juguete del arbitrio de un Dios, que no por justicia, sino a su gusto, distribuye los sucesos de todas las cosas?

Si todo bien desciende de Dios y el buen suceso lo da su providencia a quien quiere y no a quien lo merece; si los bienes espirituales se nos conceden por *gracia especial* de Dios ¿qué culpa tiene aquel a quien *no quiere* concedérselos?

Contra este disparatado concepto de las relaciones entre el hombre y la Causa suprema de todo cuanto existe, que por ser el Bien infinito ha de ser también la Justicia absoluta, se opone el racional concepto de la evolución del humano espíritu, del fortalecimiento de la voluntad al choque de las pruebas y experiencias a que con el alto fin de fortalecerla le somete su incesante contacto con el mundo exterior.

Si un hombre dice puedo y quiero, y se esfuerza en hacer todo cuanto lo de que es capaz, la fe, mejor dicho, la confianza que este insistente pensamiento y continuado esfuerzo le infunda le llevará a través de increíbles dificultades al logro de su ideal, a la realización de su propósito.

Ejemplo de ello nos da, entre otros hombres de acerada voluntad, Guillermo Upshaw, miembro del Congreso de Atlanta, en Georgia.

A los diez y ocho años, mientras trabajaba en la granja de su padre, quedó impedido por un accidente que le retuvo en cama durante siete años, presa de terribles dolores.

Cuando al cabo de tan prolongado sufrimiento experimentó la suficiente mejoría para que de la cama lo transportaran a un cochecito de mano, el animoso joven reanudó sus interrumpidos estudios. Escribía artículos para los diarios de la localidad, daba conferencias públicas sentado en un si-

llón de balancín cuya construcción él mismo había diseñado, y recorriendo en su cochecito automedonte todas las ciudades, villas y aldeas del Estado, fué vendiendo uno por uno los ejemplares de un libro en que había coleccionado sus artículos periodísticos, y al cabo de seis años reunió bastante dinero para costearse los estudios en la universidad Mercer, de Macon, en el mismo Estado de Georgia.

El claustro universitario le confirió el empleo de recaudador de los fondos dotales del establecimiento y el de gestor de nuevos donativos, logrando recaudar la suma de 50,000 $.

En vista de tan lisonjero éxito, la dirección del Colegio Tift para señoritas le nombró para cargo análogo, en cuyo desempeño todavía tuvo mayor éxito, pues llegó a recaudar hasta 100,000 $.

Entonces presentó su candidatura para el Parlamento del Estado, y tan excelente reputación tenía ya en todo el país, que venció en las elecciones a sus seis contrarios.

Comparemos este joven lisiado, pobre, abatido físicamente por los acerbos sufrimientos de siete años de inmovilidad corporal, que en vez de desesperarse y rendirse a la adversidad, marcha derecho a la victoria sin otra ayuda que la de sí mismo, con la muchedumbre de jóvenes sanos, fuertes y robustos que vuelven la vista en derredor esperando la ocasión o la mano que los empuje con extraña ayuda.

No ha mucho recibí la siguiente carta de un joven a cuyo juicio está extramuros de la realidad la idea de que no le han de faltar ocasiones de vencer a quienes sean de la madera de los vencedores. Dice así:

Los empleos pingüemente retribuídos son muy raros. Se han metodizado los negocios de tal suerte con esos nuevos planes de organización comercial, que hombres cuyas aptitudes les hacen merecedores de un sueldo de cinco mil dólares, sólo reciben veinticinco semanales.

El sistema de ficha, las máquinas de escribir y calcular, la facilidad de los informes, la rapidez de las operaciones bancarias y demás novedades han desterrado de las oficinas el antiguo cálculo mercantil y la clásica teneduría de libros.

Las nuevas ideas han dado por resultado la sistemática entrefusión de todos los órganos de la grandiosa máquina de los negocios.

Un joven henchido de energía, celoso de sus deberes, física e intelectualmente dotado para salir airoso de cualquier tarea que se le confíe, dispuesto a cumplir con su deber, entra en una casa comercial. Se le señala su campo de acción. No puede intervenir en las demás secciones del establecimiento. Por mucho talento que tenga, lo más probable es que sus iniciativas, si a ellas se atreve, tropiecen con el amor propio del gerente, quien no consentirá que un subalterno le aventaje en la dirección. Se le estiman los servicios por la edad y no por el mérito, de suerte que el sueldo es poco, y los aumentos llegan en la mísera proporción de un dólar semanal cada medio año a lo sumo.

Esperanzado de mejora, se marcha de aquella casa

y entra en otra. El resultado es el mismo. ¿A do irá el buey que no are? No niego que haya grandes ocasiones, pero hay más grandes hombres que ocasiones. Para mí, la suerte lo es todo.

En la mental actitud del autor de esta carta se colocan millares de gentes respecto del éxito que podrían lograr si de veras se empeñaran. En vez de decir puedo y quiero, dicen no puedo y por lo tanto no quiero. Así les sucede que no hacen lo que podrían hacer, porque sin la voluntad de vencer fracasa aun el más extraordinario genio.

El mariscal Foch, generalísimo de los ejércitos aliados, después de la aplastante victoria que salvó a Francia y al mundo entero de la embestida alemana, dijo:

Sólo he tenido el mérito de no dejarme arrastrar por la desesperación. Verdad es que las victorias se logran por la ciencia, pero también por la fe. Cuando uno tiene fe, no retrocede, sino que detiene al enemigo allí donde lo encuentra.

La ciencia estratégica puede adquirirse, pero no es una madeja de fórmulas ni un ramillete de principios. Es un conocimiento que el general en jefe debe asimilarse hasta que forme parte de sí mismo, de suerte que le guíe en todas sus decisiones.

Esta mental disciplina puede adquirirse por el estudio de la historia y de ejemplos concretos. Debe dejar la mente del que manda tan abierta, que obre por exacta información y no por hipótesis e ideas preconcebidas. Pero las más brillantes cualidades de la inteligencia, el talento más soberano, de nada valen sin la voluntad de vencer.

"Puedo y quiero" es la divisa que ha inspirado a los individuos y las colectividades desde los albores del tiempo para triunfar tras repetidos fracasos y ganar el camino de la victoria frente a abrumadores abstáculos.

La voluntad de vencer, la divisa de "puedo y quiero" capacitó a un humilde campesino tras repetidos y descorazonadores fracasos para dotar a la ciudad de Nueva York de su más alto y hermoso edificio: los almacenes Woolworth. Los arquitectos extranjeros han calificado este edificio, que se alza en el corazón del barrio comercial de Nueva York, de "palacio de hadas" y "sueño de piedra".

El "soñador" que le dió realidad fué Francisco W. Woolworth. Nacido de pobre familia labriega en una granja de Rodman (Estado de Nueva York) no tuvo otra herencia que un cuerpo sano y el emprendedor y tenaz espíritu que a tantos jóvenes estadiunenses condujo a la meta de su vida.

Empezó su carrera en la cantina de la estación ferroviaria de Great Bent, donde sirvió de aprendiz sin sueldo hasta colocarse en la tienda de Augsburg y Moore en Watertown, con el sueldo de 3'50 $ semanales.

A pesar de su infatigable laboriosidad, sólo le resultaban fracasos y desengaños de sus continuos esfuerzos, y sin embargo, siguió adelante hasta

establecer una nutrida red de tiendas a cinco y diez centavos pieza, con un capital de sesenta y cinco millones de dólares, que dan ocupación a millares de personas, y el edificio más alto del mundo.

Pero aún excede a todo esto el viril y amable carácter del un tiempo rudo campesino que ofrece inspirador ejemplo de honrado éxito a todo joven anheloso de vencer. Porque Woolworth, como también otros, no recibió ayuda de nadie. Se ayudó a sí mismo (1).

El adagio de que no hay hombre sin hombre, como dando a entender que para prosperar es indispensable la protección ajena, tiene muchas quiebras en la práctica de la vida, porque pocos protectores hay desinteresados, y los más exigen a cambio de la protección rebajamientos de carácter, humillaciones y aun indignidades, que acaban por sublevar al protegido contra el protector, quien entonces se lamenta amargamente de la ingratitud humana.

Cuando le preguntaron al almirante Farragut si estaba preparado para el caso de derrota, respondió:

> Seguramente no lo estoy. Quien se prepara para la derrota estará ya medio derrotado antes de comenzar la batalla.

(1) Léase a este propósito la interesante obra: *Cómo se llega a millonario*, escrita por el traductor de Marden.—(N. del Ed.)

Muchísima diferencia hay entre ayudarse a sí mismo con la firme resolución de vencer después de tomadas todas las medidas y providencias posibles para lograr la victoria, y poner manos a la obra con el recelo de no acabarla felizmente sin auxilio ajeno.

Un coronel francés le insinuó a un compañero de armas norteamericano, que mandaba un regimiento en el frente de batalla durante la pasada guerra mundial, la conveniencia de retirarse porque la furiosa embestida de los alemanes por aquella parte amenazaba aniquilar a las tropas de su mando.

Pero el coronel norteamericano replicó:

> Me han conferido el mando de este regimiento porque ni mis soldados ni yo sabemos lo que significa la palabra derrota.

El regimiento se mantuvo firme en su posición y acabó por rechazar completamente el ataque del enemigo.

Hombres así triunfan en los lances de la guerra y en las batallas de la vida. El mundo está siempre en acecho de hombres que no sepan lo que significa la palabra derrota, que no desmayen ni pierdan su presencia de ánimo en ninguna circunstancia. En estos hombres se puede absolutamente confiar. Es inútil todo intento de desanimarlos. Vencerán o morirán en la demanda.

Mucho más fácil nos será ayudarnos a nosotros mismos si, desechando las piadosas patrañas y timoratos errores de nuestros antepasados, nos convencemos de que nadie ha nacido fatalmente predestinado a ser vaso de vergüenza. Todos podemos y estamos obligados a ser vasos de honra.

Para el ánimo esforzado, el fracaso no es el término de su viaje, sino tan sólo una estación algo apartada, pero no desviada de la línea principal. Marcha siempre en dirección a su objetivo, y si cae antes de alcanzarlo, queda con los ojos fijos en él como soldado muerto en el campo del honor.

Si queréis prestaros una ayuda mucho más valiosa que la que os cupiera esperar del más poderoso protector, sugeríos al comienzo de cualquiera obra que vais a cumplir en ella como buenos y que nada os distraerá de su cumplimiento. Esta resolución fortalece y eleva admirablemente el ánimo y mantiene siempre vivo y copioso el flujo de nuestras energías.

Así lo hizo tiempo atrás un muchacho ciego, Guillermo Schenck, natural de Bayside (Long Island). Resultado de su firmísimo propósito fué que, no obstante el grave impedimento de la ceguera, obtuvo el número uno en la promoción de una escuela superior de Nueva York con un premio de cien dólares.

¿Quién puede dudar del porvenir de un joven poseído de tan indomable espíritu de resolución, de tan vehementes anhelos de vencer?

Tenía el propósito de seguir la carrera de leyes, y seguramente dentro de algunos años habrá dejado atrás no sólo a sus condiscípulos, sino a millares de jóvenes de brillante pupila que anden en busca de quien les tienda una mano auxiliadora.

Dice el psicólogo Halleck:

Los hombres de carácter tienen siempre mucha fuerza de voluntad y por lo mismo cumplen los deberes de la vida que muchas veces son bastante ingratos. En cambio, el hombre voluble, versátil, tornadizo, que tan pronto sea diligente como perezoso, correcto o incorrecto, afable o descortés, difícilmente ocupará en la sociedad puestos de nota, porque desde luego se echará de ver en él la falta de carácter, esto es, la falta de voluntad èn cuya potencia parecen resumirse todas las demás cualidades constituyentes del carácter.

Vulgarmente se dice que un hombre es de *carácter* o tiene mucho *carácter*, para significar que ajusta inflexiblemente su conducta al estricto cumplimiento del deber y a la realización de su propósito, sin ceder a los halagos de las sirenas que encuentre en su camino ni amedrentarse por los ataques de los adversarios.

Sin embargo, desde el punto de vista psicológico no está en dicho caso bien aplicada la palabra *carácter*, porque cada individuo tiene su carácter y

es un carácter, aunque las características estén muy lejanas de la completa hombría. Pero en el concepto vulgarmente admitido, entendemos por carácter el en que las cualidades positivas prevalecen contra las negativas y dibuja señaladamente la *individualidad* del individuo.

Me preguntaba un joven cómo se las había de componer para ayudarse a sí mismo, siendo así que estaba convencido de su falta de aptitud para hacer algo de nota entre lo mucho notable que en todas las modalidades del pensamiento y de la acción se está haciendo en el mundo.

Le respondí que aprovechando los conocimientos de cultura general y la educación armónica que debía de haber adquirido y recibido en la escuela primaria, aplicara todas sus energías al punto de acción más conforme con sus aptitudes y aficiones, persistiendo invariablemente en su propósito.

Era aquel joven uno de tantos como mariposean por el campo de la vida, y empiezan muchas cosas sin perseverar en ninguna. Tan pronto les entra el capricho por las matemáticas como por la filosofía o los idiomas, y en cuanto tropiezan con la primera dificultad se descorazonan y mudan de intento, sin advertir que sólo las ideas plenamente asimiladas llegan a ser positivos elementos del carácter.

Para ayudarse a sí mismo es preciso hacer todo

lo contrario de estas veletas humanas. Tener un ideal, pero no contentarse con mirarlo de lejos, sino irse acercando paso a paso hacia él hasta con él identificar nuestra conducta. Pero ¿cómo convertir el ideal en realidad? Oigamos la respuesta de labios de la divina sabiduría:

Indudablemente contemplándolo todos los días a la misma hora durante el mismo tiempo y con resuelto propósito, de modo que nada nos distraiga ni conturbe. Día tras día ha de entregarse el hombre a la contemplación de su ideal, pensando en él hasta fijarlo en la mente, y no podrá menos de sentir entonces la anhelante y pavorosa reverencia en que consiste la adoración, con su transmutador poder de identificar al adorador con el adorado.

Para practicar esta contemplación es preciso que antes se acostumbre a concentrar su mente, sin permitir que se desparrame como de ordinario sucede. Hemos de aprender a fijar la mente con estable firmeza, y al efecto nos ejercitaremos sin cesar en las comunes tareas de la vida, concentrando en ellas la mente mientras las hagamos y repitiéndolas una y otra vez hasta que la mente obedezca sin esfuerzo al impulso recibido de la conciencia superior.

No importa que la tarea sea vulgar, pues la eficacia de la lección no está en lo que hacemos, sino en la manera de hacerlo, en la atención y esfuerzo con que lo hacemos y en la experiencia que derivamos de nuestra labor.

Efectivamente, contra lo que suelen opinar las gentes vulgares, vale muchísimo más el esfuerzo realizado para lograr el éxito, que el éxito en sí

mismo, por esplendente que sea, porque el esfuerzo vigoriza todas las facultades que en él empleamos, que con ello acrecientan su valía sin perder jamás lo conquistado por el esfuerzo, mientras que el provecho material del esfuerzo, pertenece a la personalidad y con ella perece.

Así como en el orden material no se crea ni se aniquila ni un átomo de materia, cuya eternidad está ya comprobada por la física, tampoco se crea ni se aniquila ni un átomo de energía en el orden espiritual.

Aún más. Si bien en el orden material es eterna, indestructible, la materia primordial de que están construídas las formas, son temporales y perecederas estas formas, o sean las más o menos complicadas agrupaciones electrónicas de la eterna materia primordial, mientras que en el orden espiritual, no sólo es eterno el espíritu, como principio antitético de la materia, sino que también lo son las entidades espirituales a que llamamos almas humanas.

Y como el esfuerzo que hace el espíritu humano sobre sí mismo y sobre la materia da por resultado el desenvolvimiento y vigorización de sus latentes facultades, tendremos que en el orden espiritual importa muchísimo más el esfuerzo que el éxito, pues aunque el esfuerzo acabe en fracaso material, no deja de ser eficaz en el orden espiri-

tual, pues da por resultado el perfeccionamiento de la individualidad.

Pero generalmente al esfuerzo honrado sigue el éxito, sobre todo cuando el esfuerzo es consciente y está vitalizado por la firme determinación de obtenerlo, con tal que se hayan ajustado los medios a los fines y el sujeto al objeto; pues fuera insensatez aspirar a lo que por ley psicológica está más allá del máximo de nuestras posibilidades, o mejor dicho, del grado de intensidad y amplitud de que en esta vida son susceptibles las energías de nuestro verdadero ser.

Esta fué la norma de conducta que desde los albores de su vida social se trazaron hombres como Lincoln, Edison, Cajal, Wanamaker y cuantos han hecho en el mundo algo beneficioso para la humanidad.

El pobre esclavo Federico Douglas, nacido bajo el látigo del mayoral de una plantación algodonera, estaba tan lejos de toda oportunidad de prosperar material y moralmente como de todo elemento de civilización estuvo Crusoe en la desierta isla.

Supongamos que al despuntar la razón en el cerebro de Douglas y héchose cargo de su estado y condición, hubiese dicho:

He nacido esclavo y esclavo habré de ser toda mi vida por vivos que sean mis anhelos de libertarme de este desolador ambiente. Esclavos fueron mis padres y

abuelos. No se me ofrecerá oportunidad de recibir educación ni de ocupar en el mundo otro sitio que el que me señale el mayoral en este plantío. Nadie se atreverá a enseñarme ni siquiera el abecedario, porque es delito penado por el código enseñar a leer a un esclavo. He de reprimir los anhelos que brotan de mi interior, porque me está vedada toda posibilidad de satisfacerlos.

Si Douglas hubiese argüido de esta manera, seguramente que en vez de ayudarse se contraríara y nadie oyera hablar de él. Hubiera vivido y muerto desconocido como millones de esclavos.

Pero tenía la voluntad de vencer. En vez de resignarse a su suerte, rebelóse contra ella y quiso luchar contra el destino, porque intuitivamente comprendía que el destino no es invencible como suponen los fatalistas, sino que en nuestro poder está invalidar el siniestro influjo de la mala estrella.

En vez de decir: no puedo y no quiero, dijo: puedo y quiero emanciparme sin otra ayuda que la mía de esta horrible esclavitud.

Hizo un supremo llamamiento a sus divinas fuerzas internas, al misterioso poder latente en todo espíritu humano, que siempre responde a la evocación, y venció cuantos obstáculos se interponían entre él y la libertad y la educación.

Aprendió el abecedario fijando su atención en los letreros de los postes y las vallas y comparando la configuración de las letras con las del texto de

los pedazos de periódico que encontraba por el suelo,infiriendo de la comparación su valor fonético. Siguió el mismo procedimiento que Champolión para descifrar la piedra de Roseta y descubrir la clave de la escritura jeroglífica.

Tras multitud de vicisitudes consiguió al fin el reconocimiento de su libertad, y tantos progresos hizo en el estudio, que el presidente de los Estados Unidos lo nombró ministro diplomático en la república de Haití, alcanzando después reputación internacional por sus esfuerzos abolicionistas en favor de su desdichada raza.

Cuando Antonio Allegri, llamado el *Correggio*, fué todavía muy joven a Roma para ver los cuadros de Rafael, sólo tenía por el arte pictórico una vaga afición, sin sospechar sus extraordinarias aptitudes. Pero al contemplar el cuadro *Santa Cecilia* sintió de pronto el despertar de las dormidas fuerzas, que se extremecían al impulso de la percepción de aquella maravilla artística, y exclamó en un arranque espontáneo de sinceridad: *Anch'io son'pittore*. También soy yo pintor.

De la propia suerte, la audición de un discurso, la lectura de una página magistral, el examen de un nuevo mecanismo, el relato de alguna hazaña, puede ser *la célica arpa donde yacen dormidas las notas* del cántico espiritual.

¿Por qué no he de hacer yo lo mismo? Esta es

la pregunta que espontáneamente asoma a los labios de quien tiene aptitudes para seguir el camino que le señala la contemplación visual o auditiva de una obra maestra.

Pero no pisa las mismas huellas de sus precursores en la ciencia, las letras, el arte o la industria. Los caminos de la actividad humana son como los que conducen a Dios, tantos como los hijos de los hombres.

Correggio fué jefe de escuela y mereció el sobrenombre de *divino*, sin imitar para nada el estilo del pintor soberano cuyos lienzos y tablas despertaron las soñolientas facultades artísticas de su espíritu.

¿Por qué no he de hacer cosa semejante? Esta es la anhelosa interrogación que estimuló a los talentos y los genios para tener conciencia de sus posibilidades, y respondieron a ella ayudándose a sí mismos mediante la evocación de sus fuerzas ocultas, que puestas en actividad los condujeron a la victoria.

Claro está que la respuesta ha de ir acompañada de la condición de saber actualizar esas fuerzas ocultas, pues no todos los individuos las poseen en el mismo grado de potencialidad, de donde se sigue la natural clasificación de los ingenios en científicos, literarios y artísticos.

Quien carezca de la suficiente energía anímica

y mental para seguir por sus propios pasos, sin las muletas del remedo, uno de los tres caminos abiertos a la inteligencia humana, no sentirá el estremecimiento íntimo que sintió Correggio ante la *Santa Cecilia* de Rafael, y por lo tanto no saldrá de sus labios la afirmativa exclamación, por mucho que admire la obra maestra.

Pero quienes como Andrés Chenier estén convencidos de que algo, y no por cierto serrín ni corcho, hay bajo su frente, acabarán por educirlo y concretarlo en obras que de un modo u otro contribuyan al progreso del mundo.

Si con las necesarias aptitudes tenéis la voluntad de vencer, no os disuadirá del empeño la adversidad de las circunstancias ni pensaréis que para realizarlo habéis de reunir ante todo un equipo de delicadas herramientas.

Alfredo E. Smith, gobernador que llegó a ser del Estado de Nueva York, no tuvo en los comienzos de su carrera otros instrumentos de prosperidad que vender periódicos por las calles, servir de mandadero y vender pescado en la plaza de abastos de Fulton, pero sin jamás perder de vista el ideal de prosperar en la vida social.

No las delicadas herramientas ni las magníficas ocasiones ni los amigos influyentes ni las pingües riquezas hacen a los grandes hombres. La grandeza está en el mismo hombre o no está en

parte alguna. La magnífica ocasión que aguardáis está en vosotros mismos, no en vuestro alrededor ni en la ayuda ajena ni en la casualidad ni en la suerte. En las intimidades de vuestro verdadero ser late la fuerza cuyo impulso os conducirá a la realización del ideal.

Esta fuerza, que es lo mejor que tenéis, puesto que es vuestro verdadero ser, no responderá jamás a un llamamiento desmayado o receloso ni a un esfuerzo de vino aguado. Sólo responderá a una evocación vehemente, entusiasta, optimista, cuyo acento revele la seguridad de recibir respuesta.

Debemos aplicar a nuestra labor hasta la última dina de nuestras energías, nuestros más intensos esfuerzos acompañados de inquebrantable resolución que no piense en el fracaso.

¿Os habéis detenido a considerar que la puerta ante vosotros frontera está cerrada con la trama de vuestra pesimista actitud mental? ¿Habéis hecho los necesarios esfuerzos para abrirla? ¿Estáis actualmente cumpliendo los deberes de vuestra profesión, oficio o empleo de modo que os proporcione el cumplimiento un lugar más amplio y elevado en donde ejercer vuestras aptitudes?

Apenas registra la historia una proeza del entendimiento humano sin que antes de realizarla el héroe dijeran multitud de gentes que era locura intentarla.

Siempre habrá alguien que os diga que lo que intentáis es imposible porque choca con los intereses establecidos, con las costumbres tradicionales, con los prejuicios de nacionalidad, raza o creencia. Os dirán que vais a perder tiempo, esfuerzo y dinero en abriros por vuestras propias manos el camino y que mejor haríais en no meteros a redentor para no morir crucificado. Pero quienes tales aconsejan no salen nunca de la vulgaridad.

Jaime J. Hill, el colonizador del Noroeste de los Estados Unidos, soñaba en prósperas ciudades, florecientes poblados y feraces cortijos en las alcalinas planicies donde los demás sólo veían breñas y matorrales.

Estaban las gentes obcecadas por el prejuicio de que los ferrocarriles sólo sirven para poner en comunicación ciudades ya en plena actividad y no salían del círculo vicioso de si ha de ser primero el corral que las gallinas o las gallinas antes del corral.

No acertaban a creer que el ferrocarril fuese para la fundación de nuevas poblaciones y el cultivo de tierras vírgenes un aliciente tanto o más poderoso que para la primitiva humanidad fueron las riberas de los ríos, las orillas del mar y el abrigo de las montañas. Se burlaban del proyecto que tan descabellado les parecía de convertir en país

civilizado el árido desierto; pero el perseverante soñador insistió en su sueño que por fin vió realizado en el paso triunfal de la locomotora a través del continente.

Y surgieron nuevas ciudades como por encanto y la tierra devolvió agradecida en abundantísimas cosechas las caricias del arado, y cuando satisfecho de su magna obra murió el cuerdo loco, todo el Noroeste rindióle un fúnebre homenaje cual nunca se había visto en la historia de los reyes.

En el momento del sepelio, todos los trenes de la línea *Great Northern Pacific* se detuvieron en señal de duelo durante cinco minutos; las fábricas y talleres interrumpieron el trabajo; cerráronse las escuelas; y un respetuoso silencio en todos los lugares de ruidos de labor dió paso libre a las vibraciones de los pensamientos de gratitud dirigidos al héroe de la colonización interior de su patria.

Si podéis, ¿por qué no querer? Sois los herederos de las edades. A vuestro servicio están todas las ventajas, progresos, adelantos, descubrimientos e invenciones que a los zapadores de la raza humana les costaron la infinita paciencia del genio y el acerbo dolor del mártir.

Seguid adelante y haced lo que os hayáis propuesto. Podréis si queréis y sabéis. Empezad hoy mismo, ahora mismo. No esperéis a mañana. Acaso mañana no sea tan favorable como hoy.

Hoy es el mejor día del año. El día del Destino. Haced del día de hoy un paso en el camino de vuestro ideal. Habéis nacido para vencer. Sois vasos de honra y no de vergüenza. En el éxito y en el fracaso, vuestros para siempre serán los resultados espirituales del esfuerzo.

VI. LA MORALEJA DE UNA FÁBULA.

VI. LA MORALEJA DE UNA FÁBULA.

El semblante y aire de un hombre le colocará en el lugar que merezca.

La limitación de pensamiento producirá necesariamente la limitación de poseer.



EN una conferencia dada en Nueva York relató el Dr. José Perry Green la siguiente fábula:

Un hermoso gato de Persia y otro de raza vulgar solían encontrarse en una callejuela. El gato de ordinario pelaje echó de ver que las gentes alababan mucho al de Persia y le prodigaban suaves caricias. Todos cuantos lo veían lo llamaban y le daban golosinas. Pero con el otro gato todo sucedía al revés. Nadie se acercaba a acariciarlo, y todos se apartaban de él menos los chiquillos y los perros que lo hostigaban, y los demás gatos de la vecindad que siempre se le echaban encima para maltratarlo.

Un día el menospreciado felino le preguntó a su compañero que en qué consistía la enorme diferencia entre ellos; por qué todos le trataban tan bien, y en cambio a él tan rematadamente mal.

El gato de Persia respondió:

—Porque yo sé lo que valgo y me hago valer. El motivo de que recibas tan mal trato es porque todos ven que te crees un gato miserablemente plebeyo.

El pobre animal se descorazonó al oir esto, y quiso saber cómo podría remediar su situación. El gato de Persia le respondió:

—La cosa es más sencilla de lo que te figuras, con tal que tengas perseverancia. Repite constantemente esta

especie de jaculatoria: "Soy un gato muy hermoso; todos me quieren y me halagan."

Así lo hizo el gato plebeyo, y pronto echó de ver que las gentes lo trataban de muy diferente manera. Esto lo estimuló para perseverar en el pensamiento de la propia estimación, y a fuerza de repetir que "era un gato muy hermoso", acabaron las gentes por reconocerle como tal, aunque no tenía en sus venas ni una gota de sangre persa.

La moraleja de esta fábula puede aplicarse personalmente a cada uno de nosotros, con tal que no la llevemos a la exageración, porque si una muchacha de aquellas, afortunadamente pocas, cuya fealdad espanta, está repitiendo desde el alba al ocaso la muletilla de "soy hermosa como azucena de Junio" no aliviará ni en medio rasgo de semblante su fealdad; pero si prescindiendo de la forma corporal se esfuerza en hermosear su alma sin otro propósito que la desinteresada práctica de la virtud, logrará hacer menos espantable y aun llevadera su fealdad.

La fábula citada nos da a entender que en términos generales, con las inevitables excepciones, el concepto que de nosotros mismos forjemos en la mente influirá con mucha eficacia en nuestra condición para la dicha o el infortunio, el adelanto o el estancamiento, el bienestar o la tribulación. Lo que nos figuremos ser quedará incorporado a nuestra vida por la creadora potencia de las fuerzas ocultas.

Sin embargo, ha de haber sinceridad en la propia estimación, porque de lo contrario degeneraría el consejo en despropósito. Fuera por cierto la cosa más expedita del mundo el que un jorobado se enderezase automáticamente la espina dorsal o el esternón si la jiba fuese de pecho, con sólo pensar instante tras instante que es gallardo como un Apolo.

No es tal el caso ni otros análogos, sino que la acción de las fuerzas ocultas se entiende en todo aquello que por no entrañar imposibilidad física o moral cae bajo la jurisdicción de nuestra voluntad, resultante manifiesta de las ocultas componentes de la individualidad.

Pero si el pensamiento no es bastante poderoso para vencer obstáculos superiores a la posibilidad humana, en cambio tiene sobrada influencia cuando es de índole siniestra para agravar las aflictivas condiciones de la vida.

Por ejemplo, si el corto de alcances se afirma en el convencimiento de que no ha de adelantar un paso en el estudio, quedará de por vida sumido en la ignorancia; pero si piensa constantemente en que algún día llegará a saber lo que en aprender se empeña, y no desmaya en el esfuerzo, cuando menos se lo figure echará de ver con sorpresa que *ya va entrando* en el conocimiento de lo que antes le costaba indecible trabajo comprender.

Si el indigente cierra su pensamiento y su corazón a la esperanza, y se resigna a su suerte sin hacer esfuerzo alguno para mejorar de condición, no será extraño que en ella perdure de por vida. Pero por miserable que se vea, tendrá muchas probabilidades de salir de aquel triste estado si piensa día y noche en que le será posible salir de él con tal de acompañar al pensamiento con la acción.

Desde luego que por de pronto no dejará de ser pobre aunque *piense* que es rico; pero el perseverante pensamiento en la riqueza honrada vigorizará su mente hasta el punto de descubrir los caminos del bienestar material, del *aurea mediocritas,* sin necesidad de lastimarse en los abruptos atajos que conducen a las cumbres de la opulencia.

Si uno se estima en *más* de lo que realmente vale, cae en el engreimiento y se expone al fracaso, como el grajo que se adornó con plumas de pavo real o la mona que se vistió de seda; pero si se estima en *menos* de lo que positivamente vale, cae en el propio menosprecio que forzosamente ha de engendrar el menosprecio por parte de los demás.

Excelente virtud es la modestia y sublime la humildad en el verdadero mérito, porque resplandece por mucho que se oculte, como luciérnaga en noche tenebrosa. Sin embargo, así como según dicen quienes presumen saberlo, se transforma

Satanás en ángel de luz para mejor engañar a los incautos, así la soberbia suele tomar a veces máscara de humildad y el engreimiento de modestia para lograr de soslayo lo que les fuera difícil si no imposible conseguir de frente.

Pero cuando el hombre prudente está convencido de su capacidad para llevar a feliz término una empresa, no ha de ser tan modesto y humilde que *mantenga* escondida como buen paño en el arca su valía, porque en estos nuestros tiempos ya no se venden los paños en el arca por finos que sean, sino que es preciso exponerlos en las ferias de muestras.

Quien valiendo para algo (y todos valemos para algo en este mundo, pues de lo contrario hubiera hecho Dios seres inútiles) no manifiesta explícitamente su valía ni se ofrece al servicio del progreso humano en la medida de lo que vale, contrae la grave responsabilidad del que escondió su talento bajo tierra por temor de perderlo.

Así es que mientras mantengamos la conciencia de nuestra inferioridad, seremos sus víctimas. No podemos alzarnos más allá de la estima en que nos tengamos. En tanto que nos creamos pobres, antipáticos, fracasados, faltos de iniciativa, de capacidad y de buen juicio para decidirnos por nosotros mismos sin recurrir al ajeno consejo, estos pensamientos e imágenes mentales contri-

buirán a perpetuar lo que quisiéramos abolir en nuestra conducta.

Cuanto más pensemos en los defectos de nuestro carácter y en las adversas condiciones de que desearíamos emanciparnos, más profundamente se arraigarán en nosotros.

El hábito de representarnos una imagen mental inferior a nuestra verdadera valía, es funesto para todo cuanto de magnífico, delicado y hermoso puede haber en la vida.

Este hábito suele ser resultado de tempranas influencias. Padres y maestros propenden a imbuir en las plásticas mentes de los niños las ideas de faltas y defectos que, si supieran lo que es y para qué ha de servir la educación, corregirían en vez de estamparlas en sus hijos y discípulos con la violencia de firmes convicciones.

A fuerza de repetirle a un niño que es torpe, acaba por tener el sugerido convencimiento de su torpeza. Hay multitud de valiosos caracteres que viven estrecha y limitadamente, haciendo mucho menos de lo que pudieran, estancados en la medianía o sumidos en la vulgaridad, que serían capaces de más altas empresas a no impedírselo la ruín opinión que de sí mismos les inculcaron padres y maestros.

Es un delito de lesa humanidad infundir en los niños el morboso sentimiento de que son bobos o

estúpidos, que no valen tanto como otros de su edad ni servirán jamás para cosa de provecho. Aun suponiendo que el niño sea verdaderamente lo que se llama una nulidad, es falta de discernimiento y denota profunda ignorancia de las leyes de la educación, echarle a cada momento en cara sus defectos o su poco despejo natural para seguir adelante.

Por el contrario, el hábil educador, el que no resume equivocadamente toda educación en un estéril verbalismo, estimula, alienta, conforta y ayuda al educando para ponerlo en favorables condiciones de ayudarse a sí mismo, fomentando en él la esperanza e inculcar la idea de que su capital propósito debe ser el de educir lo que de mejor haya en él para emplearlo en el servicio de la humanidad.

El más grave obstáculo que se opone a esta saludable educación es la ignorancia de la mayoría de padres y maestros respecto a la psicológica diferencia entre la personalidad y la individualidad, que aun quienes se precian de psicólogos toman por sinónimas, sin advertir que la personalidad es el instrumento y al par la máscara de la individualidad. La personalidad varía y la individualidad persiste, no invariable, sino cada vez en un punto más alto, en un nivel de evolución superior al precedente.

En la personalidad se acumulan los defectos y en la individualidad se atesoran las virtudes. La individualidad es potencia y la personalidad resistencia. La individualidad es el verdadero hombre con inagotable caudal de energías dimanantes de la energía divina, y la personalidad es el dique que se opone a la actuación de la energía. La individualidad es la luz y la personalidad es la pantalla. Los pseudo educadores ven la pantalla y no la luz que tras ella arde en todo ser que viene al mundo.

Antiguamente se marcaba a los esclavos y criminales con hierros candentes que a modo de cruel tatuaje dejaban indeleblemente impresa en el rostro la índole del delito. Hoy nos repugna tan bárbaro castigo; y sin embargo, muchos se marcan con el hierro de la inferioridad y van por el mundo como esclavos cuando podrían ser dueños de sí mismos.

Recordad que vuestro ideal es una profecía de lo que al fin y al cabo habréis de revelar. Si queréis ascender a las cumbres donde la superioridad tiene su asiento, debéis guiar por el camino recto vuestro Yo superior, lo que de óptimo haya en vosotros, desechando de la mente toda idea de inferioridad.

Vuestras obras serán consecuencia forzosa de vuestro modelo mental. Mientras penséis en la inferioridad no podréis demostrar superioridad.

Mientras mantengáis la ineficacia en vuestra mente, no podréis denotar eficiencia.

Nuestras fuerzas ocultas son los factores del éxito, las determinantes de nuestra dicha. De ellas resultará la medianía o la superioridad según el modelo que les demos. Con la materia prima que les proporcionemos elaborarán ineficacia o idoneidad, éxito o fracaso, dicha o miseria. Nosotros no hacemos más que proporcionar los materiales de construcción. Ellas son los constructores.

San Pablo insiste con particular vehemencia en el pensamiento de lo que nos conviene y favorece, de lo que nos sirve de propia ayuda para la elevación del carácter y la educción de las buenas cualidades:

Pensad en todo lo que es verdadero, honesto, justo, puro y amable; en todo lo que es de buen nombre; en la virtud y alabanza.

Aquí vemos cómo el apóstol de los gentiles se adelantó en veinte siglos a la moderna psicología, que no es una novedad extravagante ni un retoño de la filosofía materialista, sino por el contrario, la restauración de enseñanzas tan antiguas como el entendimiento de los sabios, pero sepultadas durante largo tiempo bajo la losa de la incomprensión.

El pensamiento en las cosas favorables á la

salud de cuerpo y alma es una poderosa ayuda que todo hombre puede prestarse a sí mismo. La perseverancia en esta positiva y constructora actitud mental nos allega todo cuanto es necesario para el éxito legítimo, la dicha, el bienestar, la salud, las nobles acciones y el desenvolvimiento de la más elevada hombría.

Por el contrario, la opuesta actitud mental, el pensamiento negativo y destructor, la duda deprimente, las imágenes viciosas y las ideas de odio y envidia, alejan de nosotros lo que de bueno deseamos y que nos proporcionaría bienestar, dicha, satisfacción y éxito.

La moderna psicología insiste en que si esperamos obtener algo que compense provechosamente nuestros esfuerzos por conseguirlo, hemos de invertir los negativos pensamientos. Nos enseña que nuestro pensamiento ha de ser permanentemente constructivo; que debemos resistir la tentación de caer en la negativa actitud mental o de sumirnos en el desaliento y la duda.

En vez de pensar en la personalidad que nos ha desengañado con la pequeñez de sus acciones, hemos de alzar los ojos al modelo de la individualidad, del hombre superior y sus levantadas proezas.

El peor enemigo del progreso mental, de nuestra salud y eficacia, de nuestro bienestar y prosperidad

es el hábito de considerarnos inferiores a lo que realmente somos, y creer que hay algo irremediable en nosotros sin posibilidad de reparar las consecuencias de nuestros errores y deslices, siendo así que sólo hemos actualizado una mínima parte de las energías latentes en lo íntimo de nuestro ser.

Si queréis realizar un acariciado anhelo, si deseáis corregiros de vuestros defectos y subsanar las consecuencias de vuestros errores, pensad que ya sois tal como queréis ser, como si ya hubieseis recibido lo que sinceramente pedís.

Nunca os figuréis que vuestra opinión es despreciable. Manifestadla sin reparo cuando os la demanden, con tal que sea hija legítima de vuestro convencimiento. De esta suerte vigorizaréis vuestras facultades de discernimiento y raciocinio, adquiriréis mayor equilibrio mental y tendréis más firme confianza en vosotros mismos.

Por pobres que seáis y aunque estéis bajo ajena autoridad, no os convirtáis en esterilla de antepuerta, porque entonces todo el mundo se restregará en vosotros los pies.

El modo de ganar respeto es empezar por respetarse uno mismo. Nadie respeta a un hombre voluble, tornadizo, que asiente a cuanto oye decir a los demás, que no tiene opinión propia o es tan débil que no se atreve a contradecir a nadie, por muchas razones que abonen la contradicción.

Recordad que vuestros pensamientos y emociones quedan, por decirlo así, estampillados en vuestros modales, actitudes, semblante y conversación. Siempre estamos expresando exteriormente lo que pasa en nuestro interior. Nuestros modales y porte son como los marbetes de nuestro contenido emocional.

Lo que vívida y profundamente estampéis en vuestra conciencia individual, propenderá a manifestarse en vuestra conducta. Si queréis tener confianza en vosotros mismos, debéis respirar valor, determinación y voluntad. Los demás recibirán vuestra influencia.

Si deseáis conservar la salud no penséis en la enfermedad y al propio tiempo no hagáis nada que os ponga en riesgo de contraerla. ¿Anheláis éxito? Portaos entre las gentes como si ya lo hubiérais logrado y manteneos en victoriosa actitud respecto de la vida. Sed eficaz anuncio de aquello a que aspiréis. Vivid y obrad como si creyerais que vais a obtener éxito, que son realidades los sueños de vuestra esperanza, que vuestras visiones corren parejas con la realidad.

¿Queréis ser amados? Mantened entonces pensamientos de amor, y que vuestras palabras, modales, actitudes y semblante respiren amor. Este es el medio de lograr que os amen. ¿Queréis ser felices en cuanto la felicidad cabe en la vida terrena?

Haced felices a quienes estén alrededor vuestro y la dicha ajena será vuestra dicha.

Decía Walt Whitman: "Yo soy mi buena fortuna." ¿Por qué no hemos de decir todos lo mismo? ¿Por qué no hemos de ser afortunados si somos los hijos y herederos de Dios, el Creador del universo? ¿Por qué no hemos de alzar nuestra frente a impulsos de la esperanza en vez de hundirla en el polvo bajo la pesadumbre del temor?

El heredero de un monarca de la tierra levanta su cabeza y piensa que es alguien al sentirse orgulloso de su herencia. Pero ¡cuán más valiosa es la de quien heredó por derecho de nacimiento todo lo que de óptimo contiene el universo! Suyos son los frutos de la tierra, el refrigerio del aire, la luz del sol, la refulgencia de las estrellas. Suyos son el amor, la belleza, la verdad, el poderío, con tal que se hagan dignos de poseerlos. ¡Bienaventurados los mansos de corazón porque ellos poseerán la tierra!

Mas para ser dueño del mundo exterior y objetivo, ha de ser primeramente dueño del mundo interior y subjetivo. Por baja que sea la condición social de un hombre, desde el punto de vista en que las gentes vulgares se colocan para estimar las condiciones de la vida, puede ser dueño absoluto de sí mismo por el supremo poder de su voluntad. Libre es de admitir o rechazar los pensamientos y emociones que intenten penetrar en sus do-

minios. Si cede a malos pensamientos y siniestras emociones, depondrán de su solio a la razón. Si da entrada a los buenos pensamientos y armoniosas emociones, se convertirán en fieles ministros de la razón apoyada en el conocimiento de la verdad que desvanece las ilusiones.

Desgraciadamente, la mayoría de los hombres no se hallan aún en la etapa de evolución que les consienta discernir entre lo real y lo ilusorio. Mentalmente son pobres, vuelven su rostro hacia la pobreza y están quejándose continuamente de que les falta esto o lo otro, creídos de que no se hicieron para ellos las mieles, sino los acíbares de la vida.

Esto proviene de que en vez de servir la personalidad a la individualidad, se esclaviza la individualidad a la personalidad. Las energías que debieran emplearse en intensificar lo superior, se desperdician en intensificar lo inferior.

Invirtamos el procedimiento y será muy otro el resultado. Convenzámonos de que la magnitud de la obra depende de la intensidad del pensamiento, de la imagen mental en que a nosotros mismos nos representemos.

VII. LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

VII. LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Si en cada población hubiera un alma verdaderamente grande, fuerte e inegoísta, pronto se redimiría el *mundo*.—ELBERT HUBBARD.

Cuando el carácter habla, el dinero enmudece. El corazón se extenúa cuando el cerebro se harta.—FRANZ HARTMANN.

Nadie puede ser verdaderamente puro y bueno sin que alguien reciba auxilio y consuelo de su pureza y bondad.—FELIPE BROOKS.

Unicamente puede llamarse a engaño de la vida quien a sí mismo se engaña. — RAÚL WALDO EMERSON.



PARECE vulgaridad decir que por muchos millones que tenga un hombre será un fracasado si la voz de la conciencia le acusa de haber perdido la honra, la integridad y la propia estimación en los medios de amasar su material fortuna.

En los comienzos de la vida activa no podréis hacer mejor resolución que la de que, suceda lo que quiera, estaréis bien con vuestra conciencia, que no mancillaréis vuestro honor ni adulteraréis vuestra *divina* naturaleza cometiendo acciones deshonrosas y ruínes.

Si firmemente os proponéis que al menos una sola persona en el mundo, *vosotros* mismos, os tenga en buen concepto, nadie será capaz de expul-

saros de una honrosa carrera, porque al tomar semejante resolución, establecéis pacto de alianza con vuestro verdadero ser que es uno con Dios. Así es que cuando estáis bien con vosotros mismos, estáis bien con Dios, en armonía con el divino principio y no cabe posibilidad de fracaso.

Cuenta la historia del pueblo de Israel, que en el antiguo templo de Salomón, construído a semejanza del tabernáculo del desierto, había tras el velo un lugar llamado santísimo, donde sólo entraba una vez al año el sumo sacerdote. Así también hay en todo ser humano un recóndito lugar santísimo donde mora la divinidad, y no debemos consentir la profanación de este lugar santo de los santos, dejando que entre el mal a realizar su destructora obra.

Debemos mantener este lugar mucho más sagrado que la vida misma. Allí están como en un sagrario la pureza, la paz, el honor, la honradez, el amor y la justicia. Allí reside todo cuanto hay de hermoso en la vida. Cuando mantenemos sagrado este santo de los santos, lo somos todo; cuando lo profanamos no somos nada.

Es posible arrostrar toda suerte de fortuítos desengaños después de haber hecho cuanto en nuestra mano estaba para salir airosos de un empeño; pero el desengaño señalado a gritos por la voz de la conciencia es deplorablemente fatal.

Quien sea puro y honrado y fiel consigo mismo, podrá sobreponerse al fracaso y al desengaño, sufrir el escándalo, el maltrato y la calumnia; pero ¿cómo permanecer indiferente a las heridas en la propia estimación y a las manchas en el honor? El remordimiento las encona.

Al desviaros del camino de la rectitud estropeáis el lugar sagrado de vuestro interior, profanáis y destruís vuestro lugar santísimo, sin que nadie sea capaz de ayudaros a reconstruirlo como antes estaba.

Cuando perdéis vuestro mejor amigo, que es el respeto propio, se cuartea el edificio de vuestra vida, porque se hundió la piedra angular de cimentación.

Hay hombres a quienes el mundo vitupera y maltrata, y sin embargo son capaces de seguir tranquilos y serenos su camino sin romperse ni doblarse porque no han perdido el sentimiento del honor y se respetan y ayudan a sí mismos. Reciben la aprobación de su conciencia cuya voz es eco de la voz de Dios y no por cierto la voz del pueblo. Mientras la conciencia apruebe, lo demás poco importa; pero si reprende y remuerde, todo está perdido, porque se pierde el honor.

Pero vamos a cuentas por si alguien sale diciendo que la conciencia de muchas gentes es de goma elástica y tienen sobrada habilidad para po-

nerla en perfecto ajuste con sus personales conveniencias.

Seguramente no le remorderá la conciencia a un caníbal por engullirse al infeliz explorador que cae en sus manos, ni tampoco les remordía la conciencia a los verdugos que inmolaban a las víctimas de su fe en el horrendo altar del fanatismo.

Esta antinomia queda explicada, aunque no justificada, al considerar que la conciencia humana está sujeta cual todo lo del universo a la suprema ley de evolución, y tiene tantos grados como abarca la dilatadísima escala cuyos extremos son el infinito Bien y el finito Mal.

De aquí la necesidad de distinguir en la conciencia humana un estado superior, correspondiente a la individualidad, y otro inferior correspondiente a la personalidad, y aun cada uno de estos estados ofrece al análisis psicológico tanta variedad de matices como seres capaces de conciencia, de suerte que cada grado inferior es inconsciencia respecto del superior, así como en la escala de los cuerpos llamados simples por la química clásica cada uno es electronegativo respecto del que le sigue y electropositivo respecto del que le antecede.

Cuanto mejor aprende el hombre a conocerse a sí mismo y el mundo que le rodea, tanto más subida de nivel será su conciencia, y a mayor elevación corresponderá mayor responsabilidad.

El conocimiento del mundo exterior es la conciencia mental cuyo grado de evolución depende de la suma de conocimientos adquiridos por la observación y la experiencia de los objetos y fenómenos de la naturaleza. Pero sucede que como no todos los hombres se hallan en la misma etapa de evolución, en unos están activas las facultades intelectuales que otros tienen todavía soñolientas, y aun en quienes ya las tienen despiertas no es igual el grado de despertamiento, y de esto proviene la multitud de opiniones, creencias, pareceres y conceptos, todos ellos discrepantes, que las gentes se forman sobre un mismo objeto de conocimiento. El objeto es idéntico para todos. Lo que varía es el grado de actividad de las facultades mentales que se han de aplicar a su acertado conocimiento, resultando de ello tantos grados de conciencia mental como convicciones coincidentes en la apreciación del valor de los objetos y fenómenos cognoscibles.

Además de la conciencia mental tiene el hombre la conciencia moral que también está sujeta a la ley de evolución y por lo tanto ofrece diversidad de grados correspondientes al mayor o menor conocimiento que tenga de las emociones y sentimientos cuyo conjunto constituye el mundo interior.

Como su nombre indica, esta otra conciencia está

intimamente relacionada con la ética o filosofía moral, y puede ocurrir que un hombre haya alcanzado un muy alto nivel de conciencia mental, que sea hábil ingeniero, sagaz jurisconsulto, primoroso artista, preclaro escritor, inspirado poeta, diestro artífice, que domine intelectualmente la técnica de su profesión u oficio, y sin embargo esté todavía atrasadísimo en la evolución de su conciencia moral por no haber discernido entre la virtud y el vicio, el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

En este caso echará de ver desde luego cualquier error en que incurra la mente concreta de quienes le sean inferiores en conciencia mental, pero estará ciego respecto de los extravíos de conducta, porque la voz de su conciencia moral es aún demasiado débil para que su acento hiera los inmateriales oídos de su verdadero ser.

De esta diversidad de grados de la conciencia moral, provienen las profundas discrepancias que se notan en los conceptos de virtud y vicio, según las épocas, los climas y el estado de cultura de los pueblos.

Antiguamente, filósofos por otra parte tan insignes como Platón y Aristóteles conceptuaban legítima y necesaria la esclavitud que hoy nos parece a todas luces abominablemente contraria a la ley moral. El código que Moisés dió al pueblo de

Israel contiene prescripciones que hoy cualquier jurisconsulto rechazaría por inicuas. Los sacerdotes de algunos pueblos de la antigüedad creían de buena fe que era acción meritoria la que hoy día consideramos unánimemente como profanadora de la honra conyugal.

No cabe duda de que en tiempos por venir, cuando haya subido de muchos puntos la colectiva conciencia moral de la humanidad, rechazarán las futuras generaciones por inicuos algunos de los principios que a las modernas sociedades les parecen intangibles por lo fundamentales.

En la esfera personal, la conciencia moral está más o menos despierta según la evolución del individuo, y así vemos que a unos les remuerde la conciencia y conocen por lo tanto la maldad de acciones que a otros les dejan indiferentes y aun se figuran que no han causado mal ninguno al cometerlas.

Por esto se dice vulgarmente de quien tiene la conciencia moral muy embrionaria, que la tiene *muy ancha,* mientras que decimos que la tiene *muy estrecha* quien ya ha alcanzado superior nivel.

Cuando los psicólogos afirman que la moral evoluciona, emplean una figura de dicción por el estilo de cuando hablan de la evolución de las creencias. La moral no puede evolucionar porque esencialmente es siempre la misma, como expre-

sión de las inmutables leyes de Dios. Ni tampoco pueden evolucionar las verdaderas creencias religiosas, que indisolublemente unidas a la moral son asimismo la manifestación de la divina ley en la conducta del hombre.

Lo que evoluciona es la conciencia mental y la conciencia moral, que a pesar de los aparentes retrocesos de la humanidad en conjunto, van subiendo de grado y acercándose lenta pero seguramente a la moral eterna y a la eterna religión, esto es, a la unión con Dios, con el supremo Bien y la absoluta Verdad.

Quien anhele ayudarse a sí mismo ha de entender que la voz de su conciencia es susceptible de más elevado tono del que en sus espirituales oídos resuena. Se engañará si cree que ya no puede levantarse aquella voz, que ya ha llegado al pináculo de la verdad y a las cumbres del bien. Dejaría entonces de ser hombre para convertirse en ángel.

Nunca hemos de estar en paz con nuestra conciencia mientras peregrinemos por el mundo. La paz significaría estancamiento, quietismo, pereza espiritual. Hemos de examinarnos interiormente para ver si hay algo injusto en lo que justo nos parece; algo erróneo en lo que diputamos por verdadero; algo ilusorio en lo que se nos figura real.

Pero, entretanto, bueno será poner nuestras acciones al mismo nivel de nuestra conciencia, nunca

en un grado inferior, porque entonces su acusadora voz clamará contra el extravío de la conducta.

Hay principios y normas de moral que ya han alcanzado el punto de coincidencia con la justicia, aunque haya otros que pertenecen a la llamada moral acomodaticia o de conveniencia, sobre los cuales echan las gentes el velo del disimulo cuando no de la convencional hipocresía.

En los puntos coincidentes con la justicia distributiva, el hombre resuelto a ayudarse a sí mismo, debe obrar siempre de conformidad con lo que le dicte la voz de su conciencia, y si así lo hace quedará definitivamente abroquelado contra los asaltos de la tentación y las embestidas de la mundanalidad. Pero sin esta defensa no espere gozar de verdadera paz ni obtener duradero éxito.

Por muy ciegamente que las personas de vuestro trato crean en vosotros y el mundo entero os alabe, no podréis creer en vosotros mismos a menos que lo merezcáis.

Muchos hombres de los que figuran en la vida pública, cuyos nombres son pasto diario de la publicidad y disfrutan de honores y preeminencias sociales y políticas, no tienen ni el menor respeto de sí mismos y se execran al quedarse a solas con su conciencia porque saben que no viven como las gentes se figuran.

Un hombre así parece, visto por fuera, que po-

see los elementos constituyentes de la dicha y el éxito, pero en su interior no cesa ni un momento el entrechoque de la voz de la conciencia con la gritería de las pasiones. Aunque las gentes le aplaudan, la voz de la conciencia le dice que es un impostor, pues sabe muy bien que obra tras una máscara, que no es el hombre que los demás se figuran, que no está limpio de corazón y se aprovecha de la credulidad de las gentes a quienes engaña.

Escuchemos lo que dice el profundo pensador Franz Hartmann:

Los inferiores elementos materiales de la constitución del hombre cambian rápidamente y los superiores evolucionan lentamente. Sólo perduran los supremos.

Los elementos inferiores a que alude la cita son el cuerpo físico y la conciencia que con este instrumento del Ego se identifica, porque todavía no se conoce a sí mismo, es decir, que no está en disposición de ayudarse a sí mismo, sin necesidad de recurrir al auxilio ajeno.

Los elementos superiores son la conciencia mental y la conciencia moral en coincidencia con la verdad y el bien, tal como nos cabe conocerlo y practicarlo, esto es, con la imperfección propia de todo lo relativo y condicionado, por más que aspiremos a la perfección de lo absoluto, únicamente compatibles con los elementos supremos, con el verdadero y real ser del hombre.

Sigue diciendo Hartmann:

Nada pertenece esencialmente al hombre más que su carácter. Quien mucho atiende a los elementos inferiores, atiende a lo que no es suyo, pues se lo prestó la naturaleza, que en su día reclamará la devolución del préstamo. Mientras se goza en ellos, se forja la ilusión de que son parte integrante de sí mismo; y sin embargo, no son más suyos que la ropa que lleva. Su verdadero Yo es su carácter, y quien pierde la pureza y vigor de su carácter, pierde cuanto posee.

Es muy significativo que todos los pensadores sin distinción de escuela ni credo, desde el exigente dogmatismo del católico y la puritana austeridad del metodista, hasta la extrema izquierda del socialismo revolucionario, convengan unánimemente en representar la vitalísima importancia del carácter. Prueba es de que no hay error en el común asenso sobre este punto de pensadores por otra parte de tan opuestas opiniones.

Para reforzar el argumento en que apoyábamos la evolución de la colectiva conciencia moral de las gentes, que todavía está en muy inferior nivel respecto de la perfecta moralidad, meditemos sobre el siguiente pasaje del mismo Hartmann, quien dice:

Uno de los reyes de la ilusión es el dinero, soberano del mundo. El dinero, en su condición de común denominador de todos los valores económicos, representa el principio de equidad y debe servir para que cada cual

reciba la justa equivalencia de su trabajo. Si deseamos más dinero del que nos corresponde, deseamos lo que pertenece a otro, y si nos aprovechamos de un trabajo no retribuído equivalentemente, cometemos una injusticia y agraviamos a la verdad con mayor pérdida moral para nosotros que la ganancia material del dinero defraudado.

Precisamente este es el caso que en infinidad de ejemplos se deriva de la injusta ley de la oferta y la demanda aplicada al trabajo humano, ley que todavía muchos pseudo economistas consideran ajustada a los principios de equidad. Seguramente que el gran número de quienes durante largos años estuvieron y aún están aprovechándose al amparo de esta injusta ley, de un trabajo no retribuído equivalentemente, no sintieron por ello remordimientos de conciencia, porque el egoísmo apagaba su voz, o mejor dicho, no habían alcanzado el grado de conciencia moral capaz de advertir la injusticia e inmoralidad de la mentirosa ley que equipara el trabajo del hombre con una mercancía fluctuante entre la abundancia con baratura y la escasez con carestía.

Prosigue el mismo autor:

El dinero es de por sí un símbolo del principio que representa. Tan sólo este principio tiene existencia real y sin embargo vemos al mundo postrado a los pies de la ilusión forjada por el dinero. Los pobres lo codician, los ricos lo acumulan, y en general todos apetecen la mayor retribución con el menor esfuerzo posible. Hay

sacerdotes que salvan almas y médicos que curan cuerpos por dinero; la justicia humana se vende a quien tiene suficiente astucia para comprarla. Por dinero se obtienen fama, nombradía y remedos de amor, y la valía de un hombre se estima por la suma de monedas que llama suyas. La ciencia se esfuerza en aumentar las comodidades materiales del hombre, vence los obstáculos opuestos por el tiempo y el espacio, y convierte la noche en día. Se inventan nuevas máquinas, y el trabajo que en otra época necesitaba mil brazos, lo lleva a cabo ahora un niño, ahorrando así muchísima fatiga y trabajo personal; pero al aumentar los medios de satisfacer el ansia de bienestar, se despiertan nuevas ansias y lo que antes se consideraba superfluo es ahora necesario.

Por supuesto que nadie abominará con buen juicio del dinero cuando representa el valor del trabajo. Lo abominable es el abuso del dinero, la depresión de la conciencia cuya voz ahoga el egoísmo, y así vemos que cuantos buscan el placer y la dicha en los sensuales placeres que proporciona el dinero, y para poseer este medio de obtención rebajan el nivel de su conciencia, forzosamente han de quedar desengañados al cabo de repetidas experiencias.

Por ejemplo, un hombre pasa la noche en desenfrenada orgía. De momento le parece que va a disfrutar lo indecible, se imagina que gozará intensamente cediendo a sus pasionales deseos y dando rienda suelta a su naturaleza animal.

Pero ¿qué recibe en cambio de aquella noche de placer como él la llama? Al día siguiente, la natu-

raleza superior recobra su imperio y la voz de la conciencia le reconviene por haber abdicado su soberanía individual en la humanizada bestia de su personalidad. Si tiene mujer e hijos, antes se dejaría amputar la mano derecha que confesarles su flaqueza.

Cada vez que reincide en los perniciosos hábitos de una vida disoluta, embota más y más su sensibilidad y decaen sus aspiraciones por las cosas merecedoras de nobles esfuerzos. Sobreviene la abulia con su inseparable compañero el tedio, que poco a poco le empuja a la desesperación cuando no al suicidio.

Sin embargo, este mismo hombre empleará métodos científicos en sus negocios, y consideraría funesta, para el logro de un fin determinado, la conducta que sigue en su vida privada.

La diferencia está en que tiene en alto nivel la conciencia mental y muy incipiente todavía la conciencia moral.

Dice Felipe Brooks:

> El cuidado del cuerpo y el cuidado del alma no son dos deberes, sino dos partes de un mismo deber.

Estar bien consigo mismo significa haber escuchado la voz de la conciencia superior, de la que desligada abstractamente de la personalidad, resuena en el admirable silencio de la individualidad;

y quien escucha esta voz tiene tan altísimo concepto de la santidad del cuerpo como de la santidad del alma.

Mientras la vida alienta no es el cuerpo un saco de corrupción ni aun en quienes lo convierten en costal de malicias al profanar sus funciones.

Según S. Pablo, el cuerpo del hombre es el templo del Espíritu Santo, la morada de Dios; y este concepto fuera inadmisible por lo falso si no lo relacionáramos conyugadamente con la evolución de la conciencia, pues si el malvado hubiera de persistir empedernidamente en su maldad por tener embotada la conciencia ¿cómo había de morar Dios en lugar tan inmundo?

Para que Dios more en nosotros es preciso mantener el cuerpo escrupulosamente limpio y puro, de suerte que por la delicadeza de sus células y la agudeza de los sentidos sea capaz de recibir las sutiles vibraciones de los mundos invisibles. Entonces resonará clara y límpida la voz de la conciencia.

La templanza, la honradez y la castidad son los principios fundamentales de nuestro ser. Siempre que los violamos hemos de sufrir penosas consecuencias. Podremos experimentar un pasajero goce en la excitación del sistema nervioso causada por la grosera sensualidad; pero una vez desvanecido el placer, quedará el remordimiento del daño

inferido al respeto propio por la profanación de la humana dignidad.

Multitud de medios tienen los hombres de ceder a las sugestiones de su naturaleza animal; pero uno de sus mayores desengaños consiste en que no pueden disfrutar retrospectivamente de sus disipaciones porque siempre hay heces amargas en el fondo de la copa del placer sensual.

En todo tiempo han tratado los hombres de sobornar a su conciencia, y a veces han logrado acallar su voz con el estrepitoso rumor de las orgías; pero después de la disipación se sienten tan degradados y pesarosos, que necesitan muchos días para reponerse del moral decaimiento en que los sume la voz de su conciencia inaccesible al soborno.

Dice Jacobo Boheme:

Si deseáis investigar los misterios de la naturaleza, comenzad por investigaros a vosotros mismos y preguntaos si son puras vuestras intenciones. ¿Queréis practicar en beneficio de la humanidad las buenas enseñanzas que recibisteis? ¿Estáis dispuestos a renunciar a todo apetito egoísta que anuble vuestra mente y os impida ver la clara luz de la verdad eterna? ¿Queréis ser instrumentos de manifestación de la divina Sabiduría? ¿Sabéis lo que significa estar unidos con vuestro verdadero Yo, desprenderos de vuestra ilusoria personalidad, identificaros con el viviente y universal poder de Dios? ¿O es que deseáis adquirir superior conocimiento tan sólo para satisfacer vuestra curiosidad y engreíros de vuestra sabiduría creyéndoos superiores a los demás hombres? Considerad que los arcanos de la

Divinidad sólo puede descubrirlos el espíritu que actúa en vosotros. De vuestro interior y no de lo exterior ha de dimanar el verdadero conocimiento, y quienes busquen la esencia de las cosas en lo externo, podrán encontrar la forma y el color de las cosas, pero no la verdadera cosa en sí misma. Si nuestros deseos nos apegan al yo inferior, veremos tan sólo las ilusiones que nosotros mismos nos hayamos forjado; pero si la obediencia a la ley universal nos hace libres, nos identificaremos con la ley y veremos la verdad en toda su pureza.

No vaya a creerse que este desprendimiento de la personalidad significa la absoluta separación del mundo y de los negocios mundanos. Quiere decir que cualquiera que sea nuestra posición en la vida, hemos de vivir inseparablemente con nuestra conciencia, y por lo tanto nos interesa grandemente tener una fiel, magnánima, pura y honrada compañera, desprendiéndonos de la naturaleza inferior en el sentido de eliminar cuantos elementos sean incompatibles con la tranquilidad de la conciencia.

Desde luego que quien se resuelva a no dejar tras sí antecedentes delictuosos, que el día de mañana se le puedan echar en cara, obstaculizando el camino de la prosperidad, habrá de tropezar con no pocos inconvenientes, porque es mucho más fácil seguir la inclinación que obedecer al juicio, ceder a la siniestra emoción que resistirla y mantenerse firme en el ideal. No es fácil pasar sin detenerse junto a los objetos de deseo. No es fácil rechazar

los placeres seductores. Es mucho más fácil deslizarse por la pendiente o dejarse arrastrar por el flujo de las aguas, que trepar a la cumbre o nadar contra la corriente.

Pero lo que se gana en carácter, en hombría de bien, en fuerza para ir venciendo todo linaje de dificultades, al resistir la tentación de tomar el camino más llano, proporciona una perdurable satisfacción que comparada con el placer sensual es como la substancia a la sombra.

¿Por qué nos sentimos ruines y pensamos mal de nosotros mismos cuando conocemos que han sido deleznables nuestras obras del día, que hemos estropeado lo que intentábamos hacer ó que hemos hecho un trabajo chapucero, sin poner nuestra alma en la cotidiana labor? ¿Cómo es que el pensamiento de esta obra nos condena y todo cuanto con ella se relaciona nos reconviene? Es porque hemos obrado en contra de la ley de nuestro ser, en contra de la ley de Dios.

Este sentimiento de degradación, de pérdida del respeto propio, es análogo al sentimiento que experimentamos al cometer una mala acción. La obra chapucera, estropeada, negligente, provoca el menosprecio propio, porque infringe la ley interna, la ley de integridad, la ley de perfección.

Algo hay en el hombre que le invita a obrar lo mejor que pueda. En nuestro interior resuena

una voz misteriosa, una vocecita que aprueba y aplaude nuestros mejores esfuerzos y nos condena cuando hacemos menos de lo que nos es posible. Nada inferior a nuestras mayores posibilidades satisfará a la naturaleza superior. Y la satisfacción de la conciencia, la interna dicha, debe provenir de la cotidiana labor acabadamente cumplida y no de trasnochados placeres.

Si no os sentís dichosos al llevar a efecto las tareas del día, no hallaréis satisfacción en parte alguna. Nadie puede respetarse a menos que la voz de la conciencia apruebe sus acciones, su método de vida y la obra en que esté ocupado. Si somos absolutamente puros en nuestra conducta y desempeñamos honradamente nuestro papel en el gran drama de la vida, nada nos impedirá ser dichosos, porque la conciencia, evolucionada en muy alto grado, aprobará nuestras acciones.

Nadie se respeta interiormente, a solas con su conciencia, por ser opulento u ocupar una elevada posición social o por haber amasado pingüe fortuna. En el respeto propio hay un elemento moral. Nos respetamos por nuestras buenas acciones, por ser puros, honrados, viriles y magnánimos.

Aunque toda persona normalmente constituída experimenta un sentimiento de complacencia y bienestar cuando obra bien, y se siente muy inquieta y desazonada cuando obra mal, pocos son

los que se detienen a considerar la filosofía de este fenómeno psicológico. No advierten el vital enlace entre la dicha, la salud y la propia estimación.

Todo lo que nos hace desdichados deprime la vitalidad y afecta perjudicialmente a la salud; y cuando la salud se quebranta es muy fácil ceder al descorazonamiento, porque decaen las energías morales y muy luego sobreviene la pérdida del respeto propio.

En cambio, la rectitud de conducta es un eficacísimo tónico y estimulante del organismo, porque nos ponemos en armonía con la verdad y el bien, y por todo el organismo circula un flujo de consuelo, esperanza y fe en el porvenir.

Pero cuando tenemos conciencia de haber obrado mal, experimentamos las sensaciones contrarias. Los cuerpos físico, emocional y mental se rebelan anárquicamente, y echamos de ver en castigo de nuestras culpas, que nuestra conducta está en notorio antagonismo con la verdadera naturaleza de nuestro ser. Nos sentimos inquietos y desazonados porque notamos que algo extraño se ha introducido en nuestro reino interior, algo que no está de acuerdo con los dictados de la conciencia.

La verdad, la honradez y la pureza son los más poderosos aliados del hombre capaz de ayudarse a sí mismo, y quien deliberadamente de ellos se aparta, deliberadamente desecha sus más firmes

fundamentos. La armonía significa fuerza; la discordia significa siempre debilidad.

Algunos hombres demasiado mundanos dicen que la conciencia es un obstáculo para los negocios, y que sólo les sienta bien a las mujeres. Esto dicen porque no han alcanzado el grado de evolución en que la conciencia rompa a hablar. La tienen aún muy niña y no habla.

Sin embargo, día llegará en que balbuciente primero y con voz clara y precisa después les reconvenga para apartarlos de la torcida senda a cuyo término se abre el abismo de la desesperación.

Quien no se ayuda a sí mismo escuchando la voz de su conciencia, no encontrará nadie que le ayude. Al perder la propia estimación perdemos nuestro mejor amigo, nuestra más eficaz ayuda.

La tranquilidad de conciencia, la honra interna, independiente de los falaces juicios de las gentes frívolas, es la piedra angular del edificio de nuestra vida, el cimiento de nuestro carácter.

Cuando hemos hecho cuanto de mejor hemos podido y sabido, tenemos fuerzas sobradas para arrostrar toda suerte de contratiempos. Podemos levantar vista y frente tranquilos en medio del fracaso y del infortunio.

VIII. LA CLAVE DE LOS NEGOCIOS.

VIII. LA CLAVE DE LOS NEGOCIOS.

Lo que un hombre hace con sus manos es secundario. Lo que importa es lo que hace con su cerebro. Esto es lo que impulsa los negocios y les da nueva savia.



"Mantened firme el pensamiento, y empujad."

Tal es el sugestivo lema de un próspero comerciante. Encierra la esencia de la nueva filosofía de la vida, aplicada a los negocios, y la esencia también de la eficiencia individual.

Mantened firme el recto pensamiento, no lo reprimáis. Colocaos en armónica actitud mental respecto de vuestro negocio, y después esforzaos enérgicamente en convertir en realidad lo que hayáis imaginado con la esperanza puesta en el éxito.

La dificultad con que tropiezan la mayoría de las gentes dedicadas al negocio (¿y quién no se ocupa en una u otra actividad a no ser los holgazanes?) consiste en que desconocen la tremenda energía dinámica del pensamiento y por ello no se colocan en armónica actitud respecto de su profesión, oficio, empleo o negocio.

Muy pocos echan de ver que todas las cosas tangibles puestas en existencia por la raza humana

tuvieron su origen en el pensamiento, porque el pensamiento, el sueño, la visión, el ideal, precede siempre a la acción positiva y real.

La intangibilidad del pensamiento, la circunstancia de que no podemos verlo ni tocarlo ni manejarlo nos mueve a menospreciar su poder.

A pesar de que las más vigorosas fuerzas de cuyos efectos conocemos algo, como la electricidad y el magnetismo, son invisibles, intangibles y silentes, todavía somos escépticos en cuanto al valor del pensamiento como fuerza activa. Somos tan materiales que es difícil convencernos de la realidad de cuanto no podemos ver, oir ni tocar.

En verdad, nada sucede hasta que la mente lo provoca. Nada surge en este mundo sin que el pensamiento preceda a la acción. Todo lo mueve el pensamiento.

Mens agitat molem. La mente conmueve las moles, dijo el cantor de la *Eneida,* el maestro y guía de Dante, el nunca bien alabado Virgilio. Realmente es el pensamiento el primer motor de todo cuanto nuestros sentidos perciben.

Es la fuerza inicial de todo movimiento, de toda empresa, de todo negocio, de todo éxito. Todas las cosas materiales de este mundo quedarían estáticas, esto es, no habría movimiento constructivo si la mente no trazara el camino, sugiriera el plan y dictara la ordenación.

En pasadas épocas el hombre dependía en grandísima parte de la fuerza bruta para realizar sus fines. Labraba muy tosca y penosamente su destino con medios materiales; pero la nueva filosofía de la vida está poniendo en sus manos más delicados instrumentos y máquinas de mayor potencia y eficacia para llevar a cabo sus propósitos.

Ya empieza a darse cuenta de que si bien ha de haber siempre algo de labor material en el plano físico, le es posible atraer mentalmente elementos sin comparación mejores que los de que dispuso en el pasado por el ejercicio de la pura fuerza muscular.

Ya echa de ver que por el recto empleo de sus fuerzas mentales y espirituales puede convertirse en imán que atraiga el cumplimiento de sus legítimos anhelos.

El constante pensamiento en vuestro negocio, el trazado de planes y proyectos para ampliarlo y de esbozos para su mejora y perfeccionamiento será lo que realmente le dé prosperidad.

Vuestros pensamientos, vuestros planes, vuestro entusiasmo, vuestros sueños y esperanzas en el éxito son fuerzas vitales que acrecentarán la virtualidad de vuestro imán mental para atraer cuanto noblemente deseéis. Vuestra construcción mental y el vigor de vuestro inteligente esfuerzo para lograr éxito en el plano material son las fuerzas

determinantes de la prosperidad de vuestro negocio.

Se dé o no cuenta el hombre, cuando mantiene firme el pensamiento en armonía con su negocio, profesión, oficio, empleo o labor personal, cualquiera que sea, está poniendo en práctica la nueva filosofía, se está ayudando a sí mismo y estimulando a otros a que le ayuden por el interés que han de encontrar en la ayuda prestada a un hombre seguro de su éxito.

En todo tiempo y circunstancia el optimista pensamiento y la confiada e inteligente acción convertirán en realidad vuestro ideal. Lograréis todo cuanto dentro de las posibilidades humanas firmemente os propongáis.

La nueva filosofía auxilia a las gentes que la comprenden y practican para tener lo que llamamos "suerte", porque enseña a colocarnos en la mental actitud de la buena suerte.

Por muy negro que parezca el inmediato porvenir, por muy densos que sean los nubarrones y aunque la tormenta se desate con espantosa furia, quienes practican la nueva filosofía, la filosofía del optimismo, de la esperanza, de la honradez y laboriosidad, saben que el sol refulge tras las nubes, y así están siempre de cara a su ideal.

Uno de estos optimistas, de quienes se mofan los que en las tremendas crisis de la vida no saben

donde refugiarse porque todo en su derredor es desolación y abatimiento, decía al ver que la guerra mundial le estropeaba deplorablemente su honrado negocio:

No cejaré en mi empeño ni me he de dar por vencido. Mi negocio nada tiene de común con la verdadera realidad de mi ser. Aunque las cosas superficiales tomen mal sesgo, no me arrastrarán forzosamente con ellas. No puedo fracasar porque mi verdadera individualidad es divina, y lo de naturaleza divina no puede hundirse con el negocio. Además, esto es tan sólo un pasajero contratiempo. El negocio se reanimará con promesa de ser mejor que antes.

Esta es la actitud del hombre positivamente varonil, íntegramente educado, cuya conducta tiene por guía la ley divina. No consiente que las circunstancias le derriben de su pedestal ni pierde su ecuanimidad porque se tuerzan sus planes o fracasen sus empresas.

Aunque todo lo pierda en el orden material, hay algo que no puede perder, su valor, su tesón, el dominio de sí mismo, porque reconoce su unidad con Dios, está en armonía con el Infinito y no es posible que definitivamente fracase. Nunca deja de apoyarse en la verdad de que Dios es su sostén, que no puede faltarle ni ha de estar necesitado de cosa alguna que a su verdadera vida le convenga mientras ponga su confianza en Dios.

El que aplica a su negocio la nueva filosofía,

emprende cada mañana su diaria labor con renovados bríos y recobradas fuerzas, porque sabe que en el cumplimiento del deber, en la recta actuación de sus facultades anímicas y mentales está su fortaleza. Piensa en la salud, hace cuanto le cabe para no quebrantarla, y la salud es su inseparable compañera.

Cuando se encamina a la tienda, al despacho, a la fábrica o al almacén, no le acomete el recelo de que aquel día le han de salir las cosas al revés de su deseo. No se irrita por las equivocaciones de los dependientes ni se pone hecho un energúmeno por cualquier estropicio de los que suelen ser el pan cotidiano de todo negocio, sino que sin perder la serenidad toma las providencias y medidas a propósito para evitar en lo sucesivo desagradables incidentes. Sabe que si se encoleriza y pierde los estribos no podrá evitar que deje de haber sucedido el contratiempo, y por otra parte consumirá inútilmente mucha energía cerebral y nerviosa que le destemplarán el ánimo, incapacitándole para hacer las cosas a derechas en el resto del día.

Sabe que no ha de ceder a los arrebatos de cólera, porque mermarían su vitalidad y gastarían las fuerzas mentales que necesita para su negocio. Comprende cuán loca torpeza fuera desperdiciar su valiosa energía y así la defiende y conserva por todos los medios posibles.

El moderno tipo de negociante no se lleva a la cama sus quebraderos de cabeza, porque sabe que cada hora perdida de sueño y cada migajilla de tedio contrarían su propósito. Sabe que no le es posible salir adelante y vencer en la demanda con temor y tedio en su mente, y que si se lleva a la cama sus preocupaciones, no podrá llevarlas por la mañana a la oficina con la seguridad de victoria y de dominar sus problemas. Sabe que ha de ir al trabajo diario en condición de hacer cuanto de mejor le sea posible, pues si va fatigado, inquieto, receloso, abatido por el insomnio de la pasada noche y emponzoñado su cerebro con pensamientos de temor y tedio, provocará el fracaso.

Así es que deja bajo llave en su oficina sus ansiedades e inquietudes a la hora del cierre, y cuando se guarda la llave en el bolsillo, en la mesa de trabajo se queda todo cuanto arriesga perturbarle durante las horas de descanso.

El nuevo tipo de negociante es mucho más afable que el de otro tiempo. Su semblante denota esperanza, la gozosa expectación de prosperidad y felix éxito. No se retrata en su rostro el temor y la duda que eran los siniestros rasgos característicos del antiguo negociante. Por el contrario, su faz refleja confianza, seguridad, una expresión de triunfo, una profecía de la victoria.

Está convencido de que ha de vencer, de que

es dueño de las condiciones, circunstancias y vicisitudes de su vida, porque su bien orientada voluntad es un poder creador. Conoce que se baña en un oceano de abundancia del que puede extraer cuanto verdaderamente necesite si se coloca en recta actitud mental y se esfuerza en concretar el pensamiento en acción en el plano material.

Cualquiera que sea la índole de vuestra actividad, el hábito de mantener en la mente el ideal de dicha, de éxito feliz, de próspero adelanto, orientará la mente en dirección de vuestros ideales y os ayudará eficazmente en vuestros esfuerzos para mirar a la luz en cualesquiera circunstancias.

Esta mental actitud intensificará de maravilloso modo la confianza propia; y pensaréis mejor de vosotros mismos porque veréis mayores posibilidades de adelanto en vuestro camino.

Eficacísimo estímulo es el hábito de creeros siempre hombres de suerte, destinados a tener éxito en vuestras empresas, sin pensar nunca que las circunstancias o las gentes o la suerte se han declarado en vuestro disfavor.

Hay muchos que piensan y hablan como si evocaran el infortunio, porque no advierten que su actitud y expresión pesimistas propenden a reproducirse en las condiciones del mundo exterior.

Cualquiera de estos pesimistas, aunque haga veinte años que esté metido en la porfía de los

negocios, os responderá invariablemente si le preguntáis cómo le va en la feria de la vida:

No se hace nada. Todo está paralizado. Hay una crisis espantosa. Nunca fueron los tiempos tan malos. Nadie paga. Llueven las reclamaciones y de los doce meses del año los once y medio no reditúan ni para los gastos.

Aunque los demás de su gremio vayan defendiéndose briosamente, este empedernido quejumbrón siempre piensa y habla en diapasón de mal agüero, y por lo tanto sus condiciones y circunstancias no pueden exceder del nivel de sus pensamientos. No hay magia lo bastante poderosa para que un hombre pueda llevar su negocio por la senda de la prosperidad si dirige la vista hacia el fracaso y la ruina.

La misma ley que rige en lo concerniente a nuestra salud, actúa en lo relativo a nuestros negocios. Si pensamos que por fuerza nos han de salir mal, la correspondiente imagen mental se irá grabando más y más profundamente en nuestra conciencia a cada repetición, hasta que las fuerzas internas construyan con nuestros pesimistas pensamientos el modelo de nuestros negocios y nuestra conducta.

Dice un adagio español que cada vez que bala una oveja pierde un bocado de heno. Cuando el negocio vaya mal no habléis de ello. Cada vez que alguien os pregunta cómo os va en el negocio y

os ponéis a balar diciendo que muy mal, contribuís a establecer las condiciones que afirmáis. El negocio es precisamente como los hombres piensan y dicen que es. La condición del negocio es en su mayor parte de índole psicológica. Buenas o malas, las condiciones derivan de los pensamientos y esperanzas de los hombres.

En los Estados Unidos, que a pesar de su natural pujanza económica también sufren crisis periódicas de acerba intensidad, cuando por escasez de numerario, cosechas deficientes o cualesquiera otras contingencias, todo el mundo predice que irán mal los negocios, se forma una siniestra atmósfera mental que a todos envuelve y debilita sin que nadie se atreva a iniciar nuevas empresas ni ampliar sus negocios. Por el contrario, todos dicen: "Pleguemos velas hasta que pase la tormenta."

En semejantes condiciones, ¿es maravilla que vayan mal los negocios, si todos, cada cual por su parte, se descorazonan y se dejan asaltar por el pánico que las establece y afirma?

Todo cuanto en la vida adquirimos es resultado de nuestro pensamiento. Es nuestro capital, nuestro éxito, nuestra dicha. Las gentes a quienes envidiáis o admiráis porque las veis hacer cosas admirables, están usando simplemente con mayor ventaja su pensamiento. Ellos crean, mientras vosotros destruís. Ellos edifican con seguridad y confianza, mientras vosotros demoléis con vuestras dudas, temores e inquietudes.

De la propia suerte que la fe de nada sirve sin las obras, así también es inútil el pensamiento sin la acción.

Cuenta la historia del pueblo de Israel que cuando la profetisa Débora, su juez en aquellos días, tuvo el intuitivo pensamiento de que Barac vencería con sólo diez mil hombres al formidable ejército de Sísara, le conminó diciendo: "Levántate", es decir, ponte en acción. Y Barac, obediente a la voz de Débora, levantóse con su tropa y desbaratando las huestes aguerridas de Sísara, conquistó un reino.

Así el negociante que anhele conquistar su reino, no sólo ha de pensar, sino también obrar.

Si se satisface con el negocio tal como lo heredó de su padre, o con los métodos que tuvieron éxito hace diez o veinte años, pronto se quedará muy atrás en la porfía.

Porque así como la sangre se está continuamente renovando para mantener el cuerpo vigoroso y sano, así también debe mantener el negociante su negocio al nivel del progreso de los tiempos por la constante infusión de nuevas ideas y de perfeccionados métodos.

El agua más pura y límpida se corrompe si se

la deja estancada, y el negocio más hábilmente dirigido arriesga paralizar su marcha si su dueño no vigila constantemente los adelantos mundiales en su respectiva actividad.

Quien anhele prosperar en su negocio debe ponerse en contacto con sus competidores. Debe visitar exposiciones, ferias de muestras, mercados, fábricas y talleres de nombradía universal, leer las revistas profesionales y técnicas relativas a su especialidad, atender a todo cuanto pueda depararle ocasión de estudiar métodos mejores que los suyos, adquirir nuevas ideas y renovar la sangre en las arterias de su negocio. Ha de mantener firme su pensamiento y concretarlo en acción. No puede vivir en el pasado. Ha de colocarse a la altura de los tiempos o desistir del negocio.

La propensión a la rutina, a las ideas vetustas, el temor de las innovaciones aunque sean para mejorar las cosas, impide a muchos seguir a paso firme el camino de la prosperidad.

Si queréis prosperar, debéis precaveros contra todo cuanto arriesgue rezagaros, vencer la inclinación a aferraros a rutinarias ideas y sofocantes ambientes en condiciones que ya no tienen valor alguno en la vida de la humana actividad. La continua ascensión, el anhelo que suceda al ya realizado en incesante serie de aspiraciones a la perfección, la lucha y el esfuerzo hacia el ideal hasta

la muerte es el único medio de prosperar. La detención en cualquiera de los caminos de la vida equivale a retroceso, aunque no demos ni un solo paso atrás, porque los competidores lo darán hacia adelante mientras nosotros estemos parados, y el resultado será el mismo que si ellos se detuvieran y nosotros retrocediéramos. También la ley de relatividad es aplicable a los negocios. O renovarse o morir.

Todo el que quiera prosperar, acrecentando sus aptitudes y multiplicando sus talentos, debe siempre esforzarse en aventajar a cuanto hizo en el pasado. Ha de estar pronto a aprovechar toda legítima oportunidad de mejoramiento individual y de adelanto en su profesión.

Ningún joven ha de contentarse con llevar su negocio hasta determinado punto y en él estancarse, sino ir todavía más allá, porque en cuanto se le figure que es imposible mayor prosperidad, en aquel mismo momento se iniciará la decadencia de su negocio.

Cualquiera que sea el linaje de actividad en que ocupemos la vida, no hay otro medio de asegurar el adelanto que ir convirtiendo lo bueno en mejor y lo mejor en óptimo. Los esfuerzos espasmódicos, por vigorosos que sean, no darán buen resultado. El esfuerzo diariamente sostenido sin fatiga mental, por medio de la acertada distribución del tiem-

po en el trabajo y el descanso, es lo que importa para el logro de la prosperidad.

Si ayer hicisteis una hermosa labor, una obra soberbia, venciendo dificultades y poniendo en ella todo vuestro fervoroso entusiasmo, no hay razón para que hoy os tendáis a dormir sobre vuestros laureles. El triunfo obtenido ha de serviros más bien de estímulo para superarlo el día de mañana.

El director de la fábrica de aceros de Carnegie le telegrafió un día diciendo:

—Hoy hemos fundido más toneladas que ningún otro día desde que se abrió la fábrica.

Y Carnegie respondió:

—¿Por qué no ha de ser todos los días lo mismo?

Cuando llegue el día en que hayáis producido el máximo de vuestra labor con relación a todos los días anteriores de vuestra vida, acordaos de la respuesta de Carnegie.

Es preciso levantarse con las armas del pensamiento y de la acción contra el prejuicio secularmente establecido que supone incompatibilidad entre la honra y el provecho, entre los negocios mundanos y la vida espiritual.

Quien trabaja con ahinco, pero sin menoscabo de su salud, coopera al progreso del mundo, sirve de un modo u otro a la humanidad, y en el servicio de la humanidad se incluye por derecho el servicio de Dios.

No es servir a Dios apartarse del mundo, repugnar el trato de los semejantes y recluirse en el mundo interior con el egoísta deseo de salvarse aunque todo el resto del género humano se condene.

El científico y el artesano, el jurisconsulto y el labriego, el ingeniero y el peón, cada cual en el ejercicio de su actividad y el empleo útil de sus aptitudes, sirve a Dios al servir a la humanidad, y legítimo y santo es el fruto de su trabajo, única fuente y único título de la sagrada propiedad individual.

Ya van siendo numerosos los profesionales de todo orden convencidos de que su mayor provecho y su más íntima satisfacción proviene de la práctica sincera de la ley moral, que no es exclusivamente cristiana ni judía, ni budista ni musulmana, sino genuinamente divina como esculpida por Dios en el corazón del hombre, aunque los caracteres con que la inscribió estén diversamente coloreados con el matiz de la respectiva religión. Hay un solo Dios y una sola moral.

Durante mucho tiempo se tuvieron y aún tienen las mentes atrasadas y prejuiciosas por incompatibles, el espíritu religioso y el espíritu de los negocios mundanos. Las gentes decían: "El negocio es el negocio. No hay que involucrar el negocio con la religión. No es posible llevar el Evangelio al

mostrador ni entremezclar los folios de la Biblia con los del libro de Caja."

La frase: "el negocio es el negocio", era una mala excusa de los procedimientos tortuosos. Su compañera: "todos hacen lo mismo", ha arrullado la soñolienta conciencia de multitud de hombres. Se valieron de ambas frases para cohonestar los negocios sucios.

Pero, aunque a primera vista no lo parezca, ya no se repiten dichas frases con tan desoladora frecuencia. La aplicación de la ley moral, de la ética divinamente humana, va suavizando las asperezas de los antiguos métodos y produciendo sorprendentes resultados.

Ya se acerca el tiempo en que patronos y obreros, jefes y subalternos, reconozcan la identidad de sus intereses, y unos y otros trabajen con el mismo fin de servir a la humanidad en su respectiva profesión, cada cual para el bien de todos.

Muchos que no advirtieron que su propio interés estaba mejor servido por la práctica de la áurea regla de conducta, estropearon su negocio al tratar áspera y brutalmente a sus subordinados. Aniquilaron el factor más eficaz de toda labor, el entusiasmo espontáneo, y convirtieron en tediosa fatiga lo que hubiera debido ser un deleite.

Cualquiera que sea vuestra profesión o negocio, hallaréis que nada será tan reproductivo como el

tratar a vuestros empleados de la manera que quisierais veros tratados en paridad de circunstancias. La injusticia, la aspereza, la opresión prevalecieron en toda clase de negocios desde el principio del tiempo, y han resultado terribles consumidoras de energía humana.

Si el lema de un hombre es: "el negocio es el negocio", tarde o temprano le pesará de haberlo erigido por norma de conducta. Si se engríe de su superior habilidad y se figura que nadie le aventaja en el conocimiento del negocio; si obliga a sus dependientes y viajantes a que encubran los defectos de las mercancías y engañen al cliente en calidad, precio, peso y medida, sus bellacos procedimientos acabarán por arruinar su negocio y deprimir su virilidad.

La clave del negocio está en reconocer el capital principio de la unidad de todas las cosas y mirar bajo un nuevo y luminoso aspecto todas las fases de la vida. Quien reconoce esta unidad se ve muy diferentemente de como se veía antes de reconocerla. Se mudan sus aspiraciones y sus motivos de acción son menos sórdidos y egoístas, más benévolos y altruistas. Elimina de su conducta la sordidez y la codicia. Nadie se atreverá a estafar al prójimo cuando se convenza de que el prójimo forma parte de su verdadero ser.

Los que se engolfan en su negocio sin conside-

ración a los derechos e intereses ajenos, no pueden ayudarse a sí mismos ni ser dichosos, porque el egoísmo es un elemento perturbador del plan del universo. Nada egoísta, artero, bellaco y ruín puede estar en armonía con la ley de equidad y justicia.

Quien allega materiales ganancias por medios contrarios al plan de Dios no puede obtener éxito duradero porque infringe las leyes peculiares de su naturaleza.

Así les sucede a cuantos aplican sus facultades a empresas, ocupaciones o modos de vida que desmoralizan a las gentes o explotan la debilidad ajena. No pueden ser dichosos por dinero que amontonen y fortunas que amasen.

En una reunión pública dijo un comerciante:

> La honradez en los negocios no puede ser tan rigurosa como la entienden los moralistas, porque a veces se presenta tal complicación de circunstancias, que so pena de experimentar grave quebranto en los intereses, no tiene más remedio que mentir y engañar para vencer en la porfía a los competidores que sin escrúpulo se valen del engaño y la mentira para salir adelante en el negocio.
>
> Por ejemplo, en las licitaciones es preciso ponerse en secreta connivencia con los que mueven los hilos del retablo y maquinar con ellos ciertas artimañas que repugnan a la conciencia, es verdad, pero que sin ellas no sería posible vencer a los demás colicitantes.

Quien así hablaba no tenía seguramente muy

sólidos fundamentos de moral ni tampoco verdadero conocimiento de la condición del mundo de los negocios, donde sólo puede triunfar la bellaquería cuando se amilana, se esconde y calla temerosa la integridad. Pero si los negociantes honrados desplegaran en defensa de la integridad de conducta en los negocios la mitad de los bríos que despliegan los inescrupulosos en sus bellaquerías, muy luego triunfarían en toda la línea y la buena fe sería el más firme sustentáculo de las relaciones entre los hombres. La palabra valdría más que la escritura y la promesa de pago tendría mejor aceptación que la letra de cambio.

IX. LA SALUD CORPORAL.

IX. LA SALUD CORPORAL.

UERA vulgaridad decir que de los bienes materiales no hay otro que aventaje a la salud corporal, elemento indispensable para que el hombre pueda ayudarse a sí mismo en sus esfuerzos por el logro de la paz y la prosperidad.

Suele hablarse de la profilaxis contra enfermedades que se llaman evitables, no porque las demás no lo sean, sino porque las comprendidas en dicha denominación común, son de aquellas que se contraen acercándose deliberadamente al peligro y pereciendo en él.

Pero si bien miramos, todas las enfermedades son evitables, aunque no todas en el mismo grado, porque la invasión depende de circunstancias y condiciones diversas en cada individuo.

Una corriente de aire colado determinará en tal persona una pulmonía, en otra un dolor reumático, en otra una tortícolis, y a una cuarta no la afectará en lo más mínimo. Si la *causa eficiente* de la enfermedad fuese la corriente de aire, las cuatro personas por ella afectadas hubiesen sentido los *mismos efectos,* es decir, que hubiese sido una sola y misma clase de enfermedad en las cuatro personas la determinada por la corriente de aire.

En las epidemias se observa algo parecido. Si la causa de la plaga fuese exclusivamente el microbio específico, según afirman los bacteriólogos, no quedaría indemne ningún organismo y los casos fueran tan numerosos como individuos. Pero no sucede así, sino que a pesar de que las probabilidades de contagio son las mismas para todos los habitantes de la comarca invadida, es menor el número de atacados que el de los indemnes a la invasión.

Esto demuestra que la enfermedad no es un mal necesario ni tiene por causa un agente externo de acción automática e inevitable, sino que resulta de las favorables condiciones del organismo para que el agente externo, llamado microbio, se desarrolle en un medio a propósito para su morbosa actuación.

Si el individuo, por obediencia a las leyes de la vida fisiológica, mantiene su cuerpo físico en condiciones contrarias a la morbosidad microbiana, no se verá invadido por la epidemia, pues aunque también tenga en su sangre el microbio a que los médicos atribuyen la causa de la enfermedad, quedará dicho microbio en el estado que llaman saprofítico, es decir, sin virulencia ni poder de dañar.

Por lo tanto, lo que mayormente importa es acrecentar la resistencia del organismo, acumulando cuantas fuerzas de reserva sean posibles a

fin de invalidar la acción de los gérmenes patógenos y evitar las intoxicaciones y autointoxicaciones.

La higiene nos dice qué ha de hacer el individuo y qué la sociedad representada en el Estado para combatir las enfermedades contagiosas que periódicamente toman carácter epidémico; pero todavía ni el individuo ni el Estado han recorrido el largo trecho que separa el hecho del dicho, ni conocen los principios capitales de aquella otra higiene que bien podríamos llamar mental, sin cuya aplicación no tienen completa eficacia las reglas de la higiene fisiológica.

Si el individuo pone en práctica cuanto aconsejan los modernos higienistas para conservar la salud, y lo hace por *temor* de contagiarse, es muy posible que se contagie a pesar de las escrupulosas y a veces exageradas y aun ridículas precauciones que tome para evitar el contagio.

En cambio, los individuos de robusto temperamento y carácter jubiloso que *no tengan miedo* de contagiarse, quedarán indemnes a pesar de su menosprecio de las prescripciones higiénicas en cuanto se refiere a la desinfección y aislamiento.

Hay enfermedades como el sarampión, la escarlatina y el catarro ferino, contra las cuales nada puede el más robusto organismo, porque parece como si fuesen uno de aquellos medios de que se

vale la naturaleza para provocar las crisis de crecimiento cuya favorable solución acrecienta notablemente las fuerzas vitales.

Pero la mayoría de enfermedades que afligen a la humanidad adulta, a los organismos no necesitados ya de crisis de crecimiento, provienen de la doble infracción de las leyes de la vida fisiológica y de la vida espiritual que parecen independientes y sin embargo están indisolublemente solidarizadas.

La Psicofísica es la ciencia de reciente constitución, aunque antiquísima en sus principios fundamentales, que estudia la relación y enlace entre el espíritu, la mente y el cuerpo, los tres componentes del ser humano.

Se basa la Psicofísica en la Psicología experimental por una parte y en la Fisiología por otra, habiendo comprobado con tanta certidumbre como los astrónomos el volumen del Sol, que la mente es el lazo de unión entre el espíritu y el cuerpo, o mejor dicho, entre el espíritu y los *cuerpos* que de instrumento de manifestación le sirven.

Porque además del cuerpo de carne, huesos, sangre y nervios que relaciona al espíritu con el mundo físico, hay otros cuerpos de materia incomparablemente más sutil, que vibran a impulsos de los pensamientos, emociones y sentimientos.

Las vibraciones de estos dos cuerpos sutiles,

inaccesibles al escalpelo del anatómico, pero evidentes para la observación del psicólogo, influyen necesariamente en el cuerpo físico por medio del sistema nervioso que a su vez preside el funcionamiento de los órganos fisiológicos.

De esto se infiere que cuando las vibraciones mentales y emotivas son de índole armónica y placentera (amor, benevolencia, gratitud, simpatía), templarán el sistema nervioso como las vibraciones armónicas templan las cuerdas de una lira, y ejercerán beneficiosa influencia en el funcionamiento del organismo corporal.

Por el contrario, si las vibraciones mentales y emotivas son de índole siniestra (odio, malevolencia, codicia, egoísmo, rencor, ira, lujuria), desconcertarán con perturbadora influencia el sistema nervioso y se alterará morbosamente el organismo funcional.

La mayoría de las gentes se figuran que tomando un medicamento específico combatirán los desarreglos que han quebrantado su salud, sin tener en cuenta que el medicamento sólo remedia los efectos de la enfermedad, dejando subsistentes las causas, que no radican en el cuerpo, sino en la conducta moral y en el régimen de vida.

Tal es el motivo de que las medicinas, remedios y específicos de farmacopea alopática sólo consigan aliviar el mal, que se reproduce con mayor

gravedad en cuanto las células orgánicas se han *habituado* a los alcaloides constitutivos del medicamento, como las levaduras se *habitúan* al ácido sulfuroso empleado en las manipulaciones de vinificación.

En nuestra obra: *Defiende tus energías*, expusimos ya bastante al pormenor los fundamentos de un racional e higiénico régimen alimenticio. Ahora conviene añadir que las características fisiológicas del individuo dependen de su nutrición, de la índole de sus alimentos y de la manera de digerirlos.

En este punto, tan perjudicial es el exceso como el defecto, la gula como la exagerada sobriedad. Las irregularidades y errores en el régimen dietético provocan graves intoxicaciones, porque *las sobras* constituídas por lo ingerido y no asimilado, *se pudren* en el tubo digestivo (mayormente en los individuos de nutrición retardada) e inficionan la sangre determinando las fiebres infecciosas.

Pero aunque el individuo sea un modelo de templanza, un dechado de prudente sobriedad y se abstenga de licores, café, tabaco y demás excitantes, no podrá mantenerse en buena salud si por otra parte es lujurioso, colérico, vengativo, egoísta y tiene su ánimo en perpetua tensión de odio y malevolencia.

Los escépticos en cuestiones de higiene fisiológica y mental suelen redargüir diciendo que ni el

alcohol ni el café ni el tabaco ni los alcaloides menoscaban su salud a pesar de que no se abstienen de nada de cuanto los higienistas diputan por nocivo. A esto conviene replicar que durante la juventud los órganos eliminatorios de los desechos ponzoñosos están dotados de perfecta permeabilidad que les permite luchar victoriosamente contra las intoxicaciones; pero según pasan los años, disminuye la elasticidad del hígado y los riñones, que son los purificadores de la sangre, y entonces presenta la naturaleza al cobro las cuentas atrasadas con los intereses vencidos cuyo pago no hay más remedio que efectuar con la enfermedad crónica que acaba en muerte.

Ahora bien; si además de obedecer las prescripciones de la higiene fisiológica, somos fieles a las ordenanzas de la higiene mental, tendremos el mayor número de probabilidades a favor de la conservación de la salud.

La mente es un factor esencial del producto salud, porque el pensamiento influye según su índole en todas las células del organismo por medio del sistema nervioso, y cuando el pensamiento es saludable, sus efectos son de la misma naturaleza que la causa.

Si cada vez que en días de lluvia nos mojamos los pies tememos que nos ha de pillar una pulmonía, es fácil que nuestro temeroso pensamiento

provoque la peligrosa dolencia. Pero si confiamos tan sólo en el pensamiento de que *no* sobrevendrá la pulmonía, y dejamos los pies mojados al llegar a casa, es fácil que suframos las consecuencias del descuido *a pesar* de la armónica índole de nuestro saludable pensamiento.

Lo prudente en este caso es hermanar el *pensamiento* contrario a la pulmonía con la *acción* de secarnos los pies y mudarnos de calzado al volver a casa. Ni el pensamiento ni la acción de por sí bastan para precavernos del riesgo. Es indispensable solidarizar el pensamiento con la acción, lo espiritual con lo corporal.

Cuando pensamos temerosamente en la enfermedad, y nos invade la aprensión de sus síntomas característicos, disminuímos la vitalidad del organismo y lo colocamos en condiciones favorables a la morbosa invasión.

Nuestro cuerpo no manifestará salud si constantemente enviamos corrientes de duda y temor a las células vitales. La actitud mental ha de ser armoniosa para que funcione armónicamente el organismo.

El eminente médico B. W. Richardson dice:

Es muy chocante la escasa atención que los terapeutas han prestado al origen extrafisiológico de las enfermedades corporales cuya causa es por la mayor parte una influencia mental.

Hoy día se atiende algo más que hace pocos años a este interesantísimo asunto, cuyo conocimiento promete dar al hombre uno de los más eficaces medios de ayudarse a sí mismo; pero todavía abundan las gentes que no se fijan en la influencia del pensamiento en la salud, o si acaso oyen hablar de ella se figuran que es una quimera forjada por los profesionales de la extravagancia.

Sin embargo, tarde o temprano llega la triste realidad a convencer a estos escépticos de que los pensamientos siniestros y las emociones pasionales son los verdaderos causantes de las enfermedades del cuerpo.

Contra esto decía uno de los que no creen en la influencia de la mente en el organismo físico:

¿Cómo se explica que muchas veces se vean afligidas por graves enfermedades personas de apacible temperamento y notoria virtud? Si las dolencias corporales sólo acometieran a los malos y de ellas se libraran los buenos, se comprendería esa influencia del pensamiento en la salud y de la conducta moral en el funcionamiento del organismo. Pero la experiencia nos demuestra que también las gentes cariñosas, afables, incapaces de odio, inaccesibles a la cólera, de costumbres morigeradas, caen presa de penosas dolencias, y algunas quedan postradas de por vida sin esperanza de recobrar la salud.

Ciertamente que es así, y no cabe otra explicación que la de considerar el pensamiento como una fuerza de diferente magnitud e intensidad en cada

individuo, de suerte que los de mentalidad débil no podrán ejercer en las células de su cuerpo físico la influencia necesaria para evitar la enfermedad. Es cuestión de dinámica psíquica, como el lanzamiento de discos y alzada de pesos es cuestión de dinámica muscular.

Generalmente se cree que el cuerpo es un conjunto de órganos de diferente constitución, que nada tienen que ver unos con otros. En apariencia así es, porque a primera vista la forma y estructura del estómago difiere completamente de la estructura y forma de los pulmones. Pero la ciencia nos enseña que el cuerpo humano está constituído por grupos de diminutas células que procedentes todas de una célula embrionaria, se van multiplicando en el claustro materno para formar el corazón, los pulmones, el cerebro, el hígado, la sangre, los músculos y los huesos del cuerpo del feto.

Durante mucho tiempo se creyó que estos diminutos focos de vida orgánica eran a modo de bolsitas o sacos membranosos, y por esto se les dió el nombre de células, que significa *celdilla* o receptáculo. Hoy sabemos que la célula es de por sí un ser vivo que respira, se nutre, se mueve, crece, produce otras células y muere. La vida de la célula es tan real como la del hombre. Se diferencian en intensidad, pero no en esencia, y la salud del cuerpo humano depende de la solidarizada y armónica

función de los millones de millones de estos corpúsculos de vida que como los átomos las enormes masas constituyen la vida de nuestro organismo corporal.

Son las células tan diminutas, que puestas en línea 25,000 de ellas ocuparían una longitud de 25 milímetros, es decir, que cada una tiene como una milésima de milímetro de largo, y no obstante su microscopicidad funcionan inteligentemente, en obediencia a las leyes biológicas dictadas por el supremo Autor de toda vida.

El sistema de trabajo que los sociólogos idealistas llaman de cooperación, y que los individualistas tildan de utópico e imposible de realizar, lo vemos establecido con mucha mayor perfección que en las repúblicas de abejas y hormigas, en las colonias o grupos de células, pues ninguna célula trabaja individualmente para ella misma, sino en beneficio colectivo de la comunidad, grupo o colonia a que pertenece, es decir, del órgano corporal a cuya constitución y funcionamiento contribuye.

El principio económico de la división del trabajo está admirablemente ejemplarizado en el organismo humano. Todas las células son esencialmente idénticas, pero su actividad funcional es distinta según el grupo de que forman parte. Así hay células nerviosas, llamadas neuronas, cuya especialidad es la formación del cerebro y medula

espinal con los nervios que de este tronco común se ramifican por todo el organismo. Otras células constituyen el hígado, otras el estómago y órganos digestivos, y en todos los departamentos de este templo del espíritu a que llamamos cuerpo hay grupos de células cuya inteligente acción demuestra la influencia de la mente en el cuerpo, de lo espiritual en lo material.

Mientras ninguna conmoción perturba en su trabajo a estas infatigables operarias, semejantes a microscópicas abejas de la colmena de la vida, todos los órganos funcionan normalmente con la regularidad de un sistema planetario cuyo sol central fuere el corazón.

Y lo más admirable es que en cuanto se perturba por cualquiera causa la armonía, las células no se resignan a la perturbación ni se dan por vencidas, como ocurre con las moléculas de los cuerpos inorgánicos que ceden pasivamente a los esfuerzos de tracción, torsión y flexión.

Por el contrario, cuando un órgano recibe daño, las células se aprestan inmediatamente a repararlo con los materiales que al efecto extraen de la sangre, de donde se sigue que cuanto más pura sea la sangre, más eficaces serán los elementos reparadores que pueda proporcionar a las células. Y como quiera que la pureza de la sangre deriva de la pureza de los alimentos que en sangre se convierten, resulta notoria la necesidad de un racional régimen alimenticio, no sólo para conservar la salud, sino para restablecerla cuando por cualquiera circunstancia se quebrante.

Las células constituyen en estado de salud corporal, el ejército activo que maniobra en las campañas de la vida, y en estado anormal del cuerpo son las *fuerzas de reserva* que se movilizan con excepcional actividad y obran tan inteligentemente como los constructores de un arañacielos, de una vía férrea o de cualquiera obra de ingeniería o arquitectura.

Puesto que la biología ha comprobado por experiencia que las células son seres inteligentes, pues no obran al acaso, sino con arreglo a un plan que supone consciente deliberación y premeditada finalidad muy distintas del dinamismo automático, fácil es comprender que no sólo pensamos por medio del cerebro, sino por medio de cada una de las células del organismo físico. que a su vez serán susceptibles de vibrar de conformidad con la índole de los pensamientos de nuestra mente y de los afectos y emociones de nuestro ánimo.

Así podemos hacerlas vibrar con la tónica de salud o perturbarlas con las siniestras vibraciones de morbosos pensamientos.

Pongamos por caso las células del estómago encargadas de segregar el jugo gástrico que contri-

buye a la digestión de los alimentos. Si desde la central del cerebro les enviamos a estas células un mensaje que entrañe pensamientos sugeridores de dispepsia, gastralgia, acidez y mala digestión , las células recibirán esta siniestra influencia cuyo efecto será la disminución de vitalidad y por lo tanto no segregarán todo el jugo gástrico necesario para la quimificación de los alimentos. Si el siniestro pensamiento persiste hasta convertirse en aprensión, seguirá disminuyendo la vitalidad de las células hasta que por atonía produzcan la temida enfermedad.

Amigo lector: ¿Cómo trataste a estas diminutas inteligencias de tu cuerpo? ¿Las henchiste de temor, ansiedad, tedio y aprensión? ¿Llamaste presurosamente al médico en cuanto notaste una leve picazón en el meñique? ¿Empapaste las células en la entorpecedora pringue de la duda, de la incertidumbre, de la falta de confianza y del pesimismo en el porvenir? ¿Dijiste a las células hepáticas y renales que no sois sus dueños, que vuestra mente no puede influir en ellas, y por lo tanto vais a someterlas al extraño influjo de un medicamento específico?

Si tal hiciste, no vuelvas a caer en tan deplorable error. Toma rumbo opuesto y desechando por peores que la enfermedad los remedios alopáticos cuyos alcaloides acrecientan la ponzoña activada

por los malos pensamientos, acógete al régimen de vida prescrito por la sabia naturaleza que en el sol, el agua, el aire, el ejercicio, el trabajo y el descanso, en la tranquilidad de ánimo y la armonía de la mente nos ha dado la infalible receta contra cuantas enfermedades provienen de infringir las leyes de la vida.

Dice Edison a este propósito:

Las células de los diversos órganos del cuerpo degeneran y mueren porque no pueden resistir el mal trato que les damos.No han sido constituídas para la vida a que las forzamos. ¿Es maravilla que las células se nieguen a marchar más adelante por el camino que les señalamos y se rebelen contra los abusos de que las hacemos víctimas? Acaban por rendirse a la pesadumbre de pasionales y violentas emociones y siniestros pensamientos.

Está demostrado que tanto el temor como la ira, la lujuria y el odio, alteran en proporción a su intensidad los humores del cuerpo. Este fenómeno psicofísico, ya lo presintieron los antiguos, aunque no acertaron a explicárselo.

Hipócrates y Galeno estuvieron de acuerdo al afirmar que la imaginación (como ellos llamaban a la mente) influye poderosamente en las funciones del cuerpo, de modo que la energía vital afluye con mayor abundancia a la parte en que la imaginación se fija, quedando las demás con menos fuerza.

Comentando esta afirmación de los dos médicos más eminentes de la antigüedad, añade su colega español Juan de Dios Huarte, el verdadero fundador de la Psicofísica, en su hermosa cuanto poco conocida obra *Examen de Ingenios*:

Así cuando alguien considera y medita la injuria que otro le ha inferido, se sube el calor natural y toda la sangre al corazón, con lo cual se fortifica la facultad irascible y se debilita la racional; pero si considera que Dios manda perdonar las injurias y hacer bien a nuestros enemigos, afluye todo el calor natural a la cabeza, donde fortifica la facultad racional y debilita la irascible.

Y si discurrimos por las comidas o bebidas, hallaremos que unas ayudan a la virtud y contrarían el vicio, y otras favorecen el vicio y contrarían la virtud. Con todo esto, queda el hombre libre de hacer lo que quisiere, porque ningún temperamento, mientras no le quite al hombre el juicio, es poderoso a forzarle a nada.

Por otra parte sabido es que los antiguos llamaron melancolía al siniestro estado de ánimo que hoy suele llamarse tedio, aunque no haya identidad en ambas afecciones físico-morales; y melancolía significa etimológicamente *bilis negra*, porque los antiguos creían, no sin fundamento, que las emociones y conmociones del ánimo alteraban los humores constitutivos del organismo corporal. Presentían la relación entre el cuerpo y el espíritu.

La moderna experimentación biológica ha comprobado plenamente las presunciones de los antiguos. Las células se deprimen o exaltan según sea nuestra actitud mental y emotiva.

Pongamos, por ejemplo, el de una persona sumamente aprensiva, que va de consulta porque se le figura que está enferma de los riñones. Si los médicos que la examinan le dicen que no tiene nada de lo que imagina, creerá que la engañan y proseguirá las consultas hasta que encuentre un médico coincidente con su aprensión.

Durante todo este tiempo, el enfermo imaginario ha estado enviando a las células renales una continua corriente de morbosos pensamientos de temor y ansiedad, con lo que en vez de alentarlas, cuando tan necesitadas estaban de aliento, las deprimió, menoscabando su vitalidad.

¿Cuál es el resultado? Que entorpecidas en su función eliminadora, dejan en la sangre muchos desechos ponzoñosos que en normal actividad hubieran podido segregar.

Las células gástricas son muy sensibles a la influencia mental, acaso por su cercanía al plexo solar, que es una especie de cerebro secundario. Cuando recibimos una infausta noticia de mucha gravedad, perdemos las ganas de comer o nos hace daño lo que ya hemos comido, porque conturbadas por la violenta conmoción nerviosa las células gástricas se apergaminan y no segregan el jugo digestivo. Esta anormal condición persiste mientras

mantenemos el pensamiento fijo en la *funesta* noticia, pues las células gástricas están en simpatía con las cerebrales y todas las demás del organismo.

Los médicos echan de ver cada día con mayor evidencia cuánto influye la actividad mental en la curación de las enfermedades. La esperanza en el restablecimiento de la salud es un poderoso auxilio de la acción medicante de la naturaleza, porque la mente del enfermo envía a las células mensajes de confianza, salud y optimismo.

Por el contrario, cuando el enfermo cree que se ha de morir, seguramente acierta en su fatídico pronóstico, porque con sus pesimistas pensamientos agrava la morbosa condición de las células.

El director de uno de los hospitales de Nueva York refiere a este propósito el siguiente caso:

Entró de urgencia en el establecimiento un individuo que atropellado en medio de la calle por un automóvil resultó con la pierna quebrada por la tibia y el peroné. El médico de guardia observó al poco rato que se había iniciado la gangrena y era necesario amputarle la pierna por más arriba de la rodilla, y aun así no era segura la salvación del lesionado.

En estas circunstancias fué a visitarlo un amigo, quien lo encontró sumido en desesperación; pero el visitante era uno de esos hombres de extraordinaria potencia mental, uno de esos atletas del pensamiento, que a las gentes vulgares les parecen seres quiméricos y sin embargo no son ni más ni menos que *taumaturgos laicos*, es decir, hombres dotados de los mismos poderes psíquicos que los de los santos de la hagiografía cristiana.

Lo cierto es que aquel hombre enfocó su pensamiento con tanta intensidad en el punto donde se iniciaba la gangrena, que logró detener la invasión del mortífero mal, y estimuladas las células por la benéfica influencia de los pensamientos de salud, recobraron su normal condición y poco a poco fué soldándose la fractura de los huesos sin necesidad de intervención quirúrgica.

Como este caso podrían citarse muchos otros análogos; aunque por ser excepcionales no entran en la regla general y así les parecen apócrifos a quienes solo se fijan en las ordinarias circunstancias en que actua la ciencia y arte de curar.

Si la terapéutica mental no dilata su esfera de acción es precisamente por el escepticismo dominante respecto a la eficacia del pensamiento, y porque no es don común el de la energía mental lo bastante poderosa para invertir en salutífera la actividad de las células.

Sucede con las fuerzas mentales algo parecido a lo que observamos en las fuerzas musculares. Son pocos los hombres capaces de los admirables ejercicios que practican los acróbatas y atletas de circo. No hay fraude ni artimaña en ellos, porque a la vista del más desconfiado espectador se evidencia que pueden levantar y sostener, como si fueran plumas, pesos inaccesibles a la endeble musculatura del hombre ordinario.

Así el término medio de las fuerzas mentales en el actual estado de evolución de la raza humana,

no llega ni con mucho al necesario punto de eficacia para influir saludablemente en la condición de las células corporales. Pero de esta general insuficiencia no ha de inferirse la imposibilidad de que haya, como en efecto hay y en toda época hubo, hombres cuya potente energía mental los capacita para dominar las células, haciéndolas vibrar en armonía con los saludables pensamientos.

El biológico descubrimiento de que podemos pensar con todo nuestro organismo corporal y no sólo con el cerebro, ha sido un gran adelanto en la terapéutica mental, que antiguamente no estaba constituída en ciencia sistemática, aunque por intuición y sin darse cuenta la practicaron desde el origen de los tiempos todos los taumaturgos, cuyas milagrosas curaciones, según nos refieren los hagiógrafos, se explican perfectamente por medio de la influencia del pensamiento.

Hoy sabemos que en vez de tratar con células mecánicas, sin asomo de inteligencia, trata el terapeuta mental con células inteligentes.

Pero conviene advertir que no por ello atribuimos inteligencia a la materia constitutiva de las células, como pudiera creer algún materialista de los pocos que aún quedan de pasadas épocas, sino que las consideramos como instrumentos de la mente, que sólo difieren del cerebro en amplitud e intensidad, pero no en naturaleza.

A la generalización de la terapéutica mental como medio de conservar la salud o recuperarla cuando se pierde o quebranta, se opone con porfiada terquedad el anormal régimen de vida, a que las circunstancias fuerzan al común de las gentes en las ciudades populosas, donde los excesos de la civilización ofrecen multitud de alicientes a la irregularidad de costumbres.

A cuantos convierten la noche en día y hacen de los placeres de la mesa el antecedente de la fatiga genésica, les parecerá despropósito decir que nuestros cuerpos no son ni más ni menos que *pensamientos cristalizados*, esto es, materia mental condensada en materia física.

Somos físicamente lo que nuestros pensamientos, emociones y esfuerzos han hecho de nosotros. Nadie está condenado a ser víctima de la herencia. Posee una divina energía que lo capacita para vencer la peor condición hereditaria. Puede hacer de su cuerpo un templo de salud y armonía o un antro de enfermedad y discordancia.

Así como cada gota del matinal rocío es una miniatura del sol que en ella se refleja, así cada célula de nuestro cuerpo refleja los pensamientos de nuestra mente y las emociones de nuestro ánimo.

X. EL CAMINO RECTO.

X. EL CAMINO RECTO.

El desaliento es como un cedazo a través de cuyas groseras mallas se deslizan las menudas aspiraciones, esperanzas y esfuerzos de un alma, quedando tan sólo aquello cuya magnitud no consiente el deslizamiento.—WELLSPRING.



ECÍAME tiempo atrás una joven de excepcionales disposiciones para la música, que después de muchos esfuerzos y sacrificios había llegado a la conclusión de que no le quedaba esperanza alguna de éxito. Los deberes de hija de familia por una parte y la inexplicable oposición de sus padres a que se dedicara a la música, no le dejan otra salida que emplear su talento en el reducido círculo de las amistades sociales, pues en modo alguno consentirían sus padres que se presentara en conciertos públicos.

Sin darse cuenta, esta joven perdía con su sumisa resignación el dominio de sí misma y se desviaba del recto camino de su vida que la vocación le señalaba, pues en vez de luchar con la esperanza del triunfo, se declaró vencida antes de esgrimir las armas.

Hay enorme diferencia entre la creadora energía de la actitud mental que espera vencer a pesar de todos los obstáculos y la negativa actitud men-

tal que capitula en cuanto le presenta batalla el enemigo.

La esperanza de vencer, aunque no sepamos cómo ni cuándo, es un maravilloso estímulo para el esfuerzo y una real fuerza dinámica. La esperanza y la determinación son valiosísimos factores en las porfías de la vida.

Dice Christian D. Larson:

Esperad lo que deseéis y obrad siempre como si la esperanza se hubiese de convertir en realidad.

Si esperáis grandes cosas y trabajáis honradamente por conseguirlas, vendrán a vosotros y el logro corresponderá a vuestras esperanzas; pero si esperáis mezquindades y trabajáis por ellas, vuestro logro será también mezquino. La ley actuará idénticamente en ambos casos.

La mayoría de los que fracasan anticipan y esperan el fracaso. Mucho antes de fracasar habían impreso en sus mentes la idea del fracaso, y esta impresión mental de temor consumió inútilmente gran cantidad de energía que con acierto empleada les hubiera allegado éxito feliz.

La esperanza y la expectación son positivas fuerzas que establecen condiciones favorables al logro de nuestras aspiraciones, pues influyen eficazmente en nuestro aspecto y en la impresión que hacemos en el ánimo de los demás.

Así, por ejemplo, hay muchísima diferencia entre la expresión y los ademanes del joven que espera un dichoso porvenir y tiene la seguridad de formar con el tiempo casa y familia, y la expresión y aspecto del que, por el contrario, ha desistido de toda esperanza de seguir adelante por el recto camino, y perdida la propia confianza mira la vida desde las hondonadas del pesimismo.

Dice Oliver Wendell Holmes:

Lo importante no es el punto en donde os halláis, sino la dirección en que encamináis los pasos, la vía que os proponéis seguir.

No importa tanto el ambiente que os rodea, el punto de donde partisteis ni el trecho del camino que anduvisteis, como la actitud mental con que os proponéis continuar la marcha y el rumbo que le habéis de dar.

Mucho adelantaría el mundo si a los jóvenes en vísperas de entrar en los combates de la vida se les estereotipara en la mente la idea de que sus habituales pensamientos, sus emociones, sus esperanzas, determinan la dirección de su camino que son dechados entretejidos en el cañamazo de su carácter.

Una de las más hondas causas de remordimiento en la mayoría de las gentes es la de no haber alcanzado la meta de sus aspiraciones antes de trasponer el promedio de la vida. Les parece incomprensible que en la edad madura se hallen todavía

más lejos de la realización de sus aspiraciones que en la temprana juventud.

La razón en la mayoría de los casos es que como los hijos de Israel en su peregrinación a la tierra prometida, vagaron por el desierto de sus dudas y temores, desconfianzas y recelos.

Si los israelitas hubiesen seguido el camino recto en dirección a la tierra de Canaán, no se vieran obligados a peregrinar durante cuarenta años por el desierto para aprender las duras lecciones de la experiencia.

De la propia manera, si quienes deploran la inutilidad de los dos tercios de su vida hubiesen obrado siempre de acuerdo con la divina ley, manteniéndose con la vista frente al recto camino de sus aspiraciones supremas, no se vieran forzados a vagar la mitad de su vida por el desierto de infortunados e incumplidos ensueños.

Sólo adelantamos en nuestro camino cuando con la mira puesta en la verdadera finalidad de la vida, tenemos la firme creencia y confianza de que hemos de vencer. Cada vez que vacilamos, que cometemos alguna fea acción o nos encastillamos en el egoísmo y la ruindad de ánimo, nos apartamos del camino y nos volvemos de espaldas al éxito.

Por lo general, todos trabajamos ostensiblemente con determinado objeto, mientras que nuestro corazón y nuestra mente actúan en sentido con-

trario, es decir, que pocos son los que se hallan satisfechos del lugar que ocupan en la vida y en la sociedad, y así el trabajo de la mayoría de los hombres produce muchísimo menos de lo que produciría si cada cual pusiera su corazón y su mente en donde pone sus manos.

No es crimen el fracaso, sino la rastrera aspiración. El verdadero crimen de lesa humanidad es mirar la vida en opuesta dirección a su finalidad. El fracaso consiste en volver la espalda al obstáculo, en no insistir en el esfuerzo para marchar adelante, en perder la confianza y rendirse incondicionalmente a discreción de la adversidad.

Pero nadie puede fracasar hasta que mentalmente fracasa. El fracaso material nada es en comparación del fracaso mental. Perder casa, familia y amigos es muy doloroso, pero no puede semejante pérdida calificarse de fracaso cuando proviene de vicisitudes más allá de nuestro alcance. El fracaso en su recto significado tiene más de moral que de material. Es la debilitación de las cualidades propias de nuestro verdadero ser. No es que estas cualidades se aniquilen o pierdan por completo, sino que se retraen y ocultan en la intimidad del Ego, eclipsadas por los vicios o malas cualidades del yo inferior o personalidad.

Así cuando decimos que un hombre pierde la esperanza, no significa que esta virtud se haya ani-

quilado y ya no exista en el verdadero ser de aquel hombre, sino que ha desaparecido del mundo de las acciones eclipsada por su opuesto par la desesperación intensificada por la personalidad.

Si la esperanza se hubiese aniquilado en quien se entrega a la desesperación, no le fuera posible mudar la actitud de su ánimo; y lejos de esta imposibilidad vemos, por el contrario, que muchas veces *renace* la esperanza en los desesperados.

Este renacimiento consiste en que el Ego ha recobrado su imperio sobre la personalidad, que se han disipado las nubes del pesimismo y vuelve a lucir el sol espiritual del humano microcosmos.

La mente que espera lo mejor, que siempre está en acecho de lo óptimo y en ello cree y por lograrlo se esfuerza, acumula una fuerza magnética que atrae hacia él todo aquello que legítimamente desea.

Muchos hay que trabajan de firme para conquistarse una posición y sin embargo neutralizan sus esfuerzos y malogran su propósito por estar siempre pensando en la pobreza. Dicen, repiten y acaban creyendo que por mucho que trabajen nunca dejarán de ser pobres. Se apartan de la prosperidad no sólo por no esperarla, sino por afirmarse en el funesto convencimiento de que han nacido con mala estrella y no serán capaces de prosperar.

Pero el anhelo y la esperanza de la posesión de

los bienes llamados de fortuna es cosa muy distinta de la siniestra codicia de los bienes ajenos. Nunca hemos de envidiar lo que otros poseen, sino ponernos en condiciones de poseerlo si es útil para nuestro bienestar, sin confundir lo necesario con lo superfluo para no caer en vanidad.

En toda circunstancia hemos de mirar la vida por el recto camino que conduce a la realización de su verdadera finalidad determinada por las leyes de la evolución espiritual.

El mundo está necesitado de jóvenes que tengan elevados ideales, que anhelen prestar valiosos servicios a su patria y a la humanidad, que estén resueltos a establecer cuando hombres, si ocupan puestos de autoridad y mando, el estricto imperio de leyes justas que extirpen los abusos, privilegios, favoritismos y concusiones que todavía son la gangrena del organismo social.

La ley de causa y efecto, de acción y reacción, justa cual ninguna por ser el compendio del divino código, no dice que podamos obtener algo de nada, porque la nada no puede engendrar nada. Dice que todas las cosas se nos darán por añadidura si primeramente buscamos y hallamos el reino de Dios y su justicia.

Pero el reino de Dios no tiene un significado exclusivamente espiritual y ultraterreno, incompatible con los negocios de este mundo. También

abarca las cosas de la tierra cuando el amor y la justicia, la confraternidad y la cooperación convierten la tierra en un paraíso labrado por el consciente trabajo.

El egoísmo y la codicia, las rivalidades y porfías han tomado tal incremento al aumentar el volumen de los negocios mundiales, que instintivamente se suele identificar toda empresa industrial con el dolo, la doblez y la bellaquería. Parece que nadie tenga ocasión de prosperar con la medida justa y el peso exacto, sino que para agenciar fortuna es preciso tener en el negocio la medida corta y el peso falto.

Sin embargo, nada más contrario a las realidades de la vida, si no confundimos lo real con lo aparente, porque muchas veces la opulencia material es pantalla que encubre la miseria moral.

El reino de Dios significa bondad, armonía, belleza, justicia, amor, trabajo, obediencia a las leyes de la vida y de la naturaleza. ¿Qué extraño tiene que quien conscientemente trabaja y confiado espera en cosechar lo que sembró llegue a cosecharlo? El mal está en que por lo general queremos cosechar al día siguiente de la siembra, sin advertir que las semillas de la prosperidad, la dicha y la paz tardan años en germinar.

Pongamos, por ejemplo, dos jóvenes nacidos, criados y educados en las mismas condiciones y con

equivalentes aptitudes físicas e intelectuales. Uno afronta la vida con la mirada puesta en el camino recto, y emplea sus energías en recorrerlo, no sólo trabajando en la profesión elegida, sino prestando en la medida de sus posibilidades desinteresados servicios al prójimo, tendiendo una mano auxiliadora a los verdaderos menesterosos. ¿Cómo no ha de cosechar el fruto material de su trabajo en la profesión elegida y el fruto moral de sus generosas obras en el amor y respeto de sus prójimos?

Se dirá que la ingratitud es una hierba adventicia muy abundante en los predios sociales y que casi siempre sale crucificado quien se mete a redentor.

Mas para evitar las desagradables consecuencias de la ingratitud que suele convertir en enemigo al auxiliado, sirve de mucho la prudencia mientras no la pongamos por antifaz a la sordidez.

En las relaciones con el prójimo se advierten cuatro modalidades correspondientes a otros tantos tipos morales. El primero y más inferior es el de los que siempre están prontos para alargar la mano y recibir y nunca la abren para dar. Toman al pie de la letra la exhortación evangélica: *Pedid y se os dará.*

El segundo, no tan inferior como el primero, es el de los que en todas sus relaciones y tratos adop-

tan por lema el antiguo aforismo *do ut des*, que en lenguaje vulgar puede traducirse por *dar aguja y sacar reja*, o sea, ponderar las menudas generosidades con el secreto deseo de recibir en correspondencia algo mucho más valioso que la interesada donación.

El tercer tipo ya se alza bastantes metros sobre el nivel del egoísmo sin llegar a las cumbres de la abnegación. Lo constituyen aquellos que llevan cuenta corriente de los favores prestados y recibidos, computándolos de modo que resulte equilibrada la liquidación. Es algo así como el reverso del ojo por ojo y diente por diente, una especie de servicio del talión, en que no se vuelve a prestar un nuevo servicio al prójimo hasta que el favorecido lo haya devuelto en *justa* correspondencia. Es la justicia árida, seca, sin el más leve aderezo de amor.

El cuarto tipo tiene una altitud moral análoga a la altitud geográfica del monte Everest de la cordillera de los Himalayas. Sólo llegan a su cumbre quienes tienen tan bien templada el alma como los excursionistas himaláyicos el cuerpo. Su característica es sembrar para que otros cosechen, trabajar para que su familia y amigos disfruten, servir sin salario, auxiliar sin recompensa, amar sin deseo de ser correspondido, practicar el bien con el corazón abroquelado contra todo linaje de ingratitudes. Quien así es capaz de recorrer el recto camino de la vida está en las fronteras del reino de Dios.

Pero el otro joven se vuelve de espaldas al camino recto y va de tropiezo en caída por los vericuetos de la disipación, hasta que da con sus huesos en el hospital o en el presidio.

La energía en ambos jóvenes era la misma. La diferencia estuvo en el sentido de su dirección.

XI. A MAL TIEMPO BUENA CARA.

XI. A MAL TIEMPO BUENA CARA.

La irascibilidad y el tedio son como el eco. No existen hasta que los llamamos; y cuanto más recio es nuestro grito, más ruidosa es la respuesta.—HORACIO FLETCHER.

La fortaleza es inseparable del júbilo.—EMERSON.



URANTE la guerra mundial, las tropas francesas recurrieron frecuentemente al ardid de encubrir con hojarasca, montones de tierra, barnices especiales, trozos de lona, ramas y troncos de árboles, con otros artificios por el estilo, los cañones, tanques, baterías, trenes, atalayas y demás elementos de guerra, a fin de disfrazarlos de modo que de lejos pareciesen cosa muy distinta de lo que en realidad eran, burlando así la vigilancia de los aviadores enemigos.

Algo parecido conviene hacer con nuestras tribulaciones. Hemos de recibirlas como una prueba a que la divina ley de perfección nos somete para probar si tenemos el alma dispuesta a purificarse en el crisol del sufrimiento.

Quien tiene este concepto de las tribulaciones de la vida y en vez de rebelarse pataleando inútilmente contra ellas, pone a mal tiempo buena cara,

y las soslaya con la esperanza segurísima de que ninguna por penosa que sea perdura indefinidamente, obtiene análogo resultado al de los simuladores de las armas y elementos de guerra.

Cuando nos convencemos de que la tribulación es un mal aparente y un bien positivo, nos sirve de aleccionamiento y experiencia para templar el ánimo, robustecer la voluntad, habituarnos al ejercicio de la paciencia y burlar el acecho de los aviadores de la desesperación que planean por los aires del pesimismo.

El ilustre escritor español Pedro de Rivadeneira nos dice a propósito de la tribulación:

Es la trilla que aparta la paja del grano; la lima áspera que quita el orín y limpia el hierro; el fuego y fragua que lo ablanda; el crisol que apura y afina el oro; el martillo que lo labra; el agua con que se templa y apaga el fuego de la concupiscencia; la lluvia del cielo con que bañada y regada la tierra de nuestra alma, da copioso fruto; la helada con que se arraigan y acepan los panes; el viento con que más se enciende el fuego del divino amor y con que más presto llegamos al puerto; la medicina amarga con que nos curamos y sanamos.

No quiere decir esto que hayamos de *resignarnos* a las tribulaciones en el sentido vulgar que suele darse a la palabra resignación, como sinónima de quietismo, inacción y apatía. Por el contrario, significa que hemos de sacar el mejor partido posible de las circunstancias adversas y de las

atribuladoras vicisitudes de la vida, manteniéndonos tan ecuánimes en el infortunio como gozosos estuvimos en la prosperidad.

En los primeros meses de la guerra, a la sazón europea y más tarde recrudecida en mundial, un comerciante de los que saben esperar al enemigo a pie firme le dijo a un amigo que le preguntaba por el estado de sus negocios:

A pesar del pánico que ha cundido por todo el país como una epidemia, yo creo que un día u otro mudará el cariz del tiempo y mientras dure la tormenta no habrá más remedio que aguantarla con risueño semblante. Al fin y al cabo, nosotros nos hemos quedado en nuestra casa y seguimos trabajando siquier penosamente en el negocio. El más pobre de nosotros está muchísimo mejor que los arrebatados de sus hogares por la maldita guerra. Deberíamos tener vergüenza de quejarnos. Todos los días me felicito de que aunque el negocio vaya mal, la salud, el júbilo y la confianza en el porvenir son ganancias morales que compensan de sobra las pérdidas materiales.

Hay personas de tan robusto temperamento anímico, que nunca se quejan de nada y siempre aciertan a descubrir un punto luminoso en lo que a la generalidad de las gentes les parece sombrío.

Ni siquiera se quejan del tiempo, que en las conversaciones del trato social es la cabeza de turco en que todos asestan el golpe de sus lamentaciones.

Si nieva, dicen que es bueno para el terreno. Si llueve, aseguran que el agua es necesaria para las

cosechas, además de limpiar las calles y refrescar la atmósfera.

Al encontrarlos os saludarán efusivamente y al deciros que se alegran mucho de veros, no será esta expresión un hipócrita convencionalismo de frase vulgar, sino que en la cordialidad de su acento notaréis que la alegría les brota del corazón.

Saben ver el esplendor y las oportunidades de cada día y su luminosa y optimista actitud esparce la amabilidad por doquiera y les aquista simpatías por donde van.

En cambio, hay otros que parecen cornejas de mal agüero, pues no se les cae jamás la queja de los labios, y si les preguntamos que cómo les van los negocios, responden poco más o menos:

¡Oh! todo está perdido, hasta el honor. Los negocios paralizados, pero absolutamente paralizados, de modo que si entra usted en la tienda oirá muy a las claras la trompetilla de los mosquitos. No se hace nada. Cada día vamos peor. Ya he tenido que cerrar una fábrica y pronto me veré en la precisión de cerrar la otra. Entre la guerra y las huelgas están los negocios como entre el yunque y el martillo. En mi vida vi tiempos tan calamitosos.

El optimista no sólo disimula y soslaya las tribulaciones sin encolerizarse contra ellas. Además imita a la madrépora cuando se le entra un grano de arena en la concha, que no pudiendo expulsarlo, va cubriéndolo con las excreciones de su cuerpo

hasta convertirlo en la hermosa perla tan atractiva para la humana vanidad.

Quien comprende el objeto de las tribulaciones no cae en la ridícula estupidez de acriminar a Dios de todos cuantos males afligen al mundo y a los hombres. Por el contrario, se conforma con su suerte, sin resignarse a ella si le es adversa y aflictiva, esforzándose en aprender la lección experimental que le dan las tribulaciones, con las que después de pasadas acrecienta su conocimiento de los hombres, del mundo y de la vida, elimina de su naturaleza inferior los vicios y pasiones que eclipsaban la superior y se convence de que la verdadera dicha no está fuera de nosotros, sino en la intimidad de nuestro ser, en el intérrimo santuario donde arde la perpetua lámpara de la imagen de Dios.

Cuando sobreviene la tribulación hemos de recapacitar por ver si la causa está en algún extravío de nuestra conducta o si es una de aquellas contingencias y vicisitudes de la vida que parecen independientes de toda previsión humana y que sólo cabe explicar por medio del reconocimiento de las leyes del destino, según las cuales nada absolutamente le sucede a un hombre que no lo merezca o que no le aproveche para su adelanto en el camino de la evolución.

Así dirá quien obedezca a la ley de la vida:

Venceré esta dificultad y confío salir en bien de esta tribulación como triunfé de otras peores. La cosa no es tan grave como pudiera ser. Mientras no me falte lo necesario para vivir con relativo desahogo ¿qué más puedo desear? Salud y ocasión de trabajar valen mucho más que el dinero sin salud y en la ociosidad.

Pero el que es víctima de sus arrebatos emotivos, que se asusta del zumbido de un moscardón y la emprende a puñetazos con las moscas que se le suben por las narices, agrava sus tribulaciones, empeora más y más su situación y a la pena de daño añade la de sentido.

Dijo Gautama el Buda que no hay en ninguna lengua humana otra palabra más hermosa que la de "ecuanimidad", cuyo psicológico significado es igualdad de temperamento y ánimo en todas las circunstancias de la vida por adversas que sean.

En la magnífica epopeya índica titulada *Mahabharata* (anterior en tiempo y superior en mérito a la *Iliada* y la *Odisea*, que durante muchos siglos se tuvieron en Europa como obras sin par ni precedente en la poesía antigua y sin igual en la moderna, hasta el punto de considerarse erróneamente a Homero como el padre de la epopeya) hay un episodio, el *Bhagavad Gitâ* que significa *Cántico del Señor* en que el poeta supone un coloquio entre el dios Krishna y el guerrero Arjuna, poco antes de comenzar la formidable batalla entre el ejército de los pandavas y el de los kurues.

Y Krishna le dice a Arjuna:

Quien no malquiere a ser alguno, el amable y compasivo, libre de pasiones y egoísmo, ecuánime en la dicha y en la pena, indulgente, siempre gozoso, en armonía con su regulado Yo, de voluntad resuelta, con mente y discernimiento posados en Mí, ¡oh! devoto mío, él es a quien Yo amo.

Quien no conturba al mundo ni el mundo le conturba, que está libre de las inquietudes de la concupiscencia, del temor y de la cólera, él es a quien Yo amo. El que nada desea, el que sereno y puro renuncia al fruto de la acción, él es a quien Yo amo.

Quien inalterable se mantiene ante el amigo y ante el enemigo, en la fama y en la ignominia, en el calor y en el frío, en la dicha y en la pena; que por igual recibe la alabanza y el vituperio, *del todo satisfecho con lo que le sucede,* él es a quien Yo amo.

Esto se escribió nada menos que diez siglos antes de la era cristiana, y quien atentamente se fije en los conceptos expresados en el citado pasaje, echará de ver que resumen y compendian todo cuanto en nuestros días exponen los moralistas de la nueva psicología y cuanto sirvió de tema a los místicos de hace cuatro siglos.

Nunca tuvo mejor aplicación el salomónico aforismo de que nada hay nuevo alrededor del sol, y aunque los engreimientos de escuela tengan por originales las ideas de los místicos cristianos de occidente, han de confesar y reconocer por sus remotísimos precursores a los místicos de oriente.

Claro está que no se llega sin esfuerzo ni sin

lucha a un nivel espiritual desde cuyas alturas se otea en conjunto todo el escenario de la comedia humana, y se aprecían en su verdadera medida, número y peso las cosas de este mundo.

Pero no es un nivel inaccesible. Puede alcanzarlo quienquiera que se proponga adquirir el completo dominio de sí mismo, a fuerza de aprender las lecciones que le enseñen las cotidianas experiencias de la vida.

Hay que acostumbrarse a sobreponerse a las circunstancias adversas, a las tribulaciones, considerándolas, cual en realidad son, incidentes pasajeros, cuya importancia y gravedad consiste en la que nosotros mismos les damos.

Los animosos corazones se crecen ante el infortunio cuando la conciencia no les inculpa de ser los causantes de su propia desdicha. Lo que acobarda, amilana y deprime es el remordimiento de los errores, torpezas y extravíos con que provocamos la catástrofe.

El logro de la vigorosa y equilibrada mentalidad que afronta todas las tribulaciones, graves o leves, con la misma equiponderación y serenidad, es una hazaña superior a las doce de Hércules. Significa la firmeza y energía de carácter, el dominio propio que ha de vencer a pesar de todos los impedimentos humanos vencibles.

El ánimo aquilibrado y sereno no es víctima

del humor, el tedio y la ansiedad, no se deja gobernar por las pasiones, los antojos, deseos y emociones, ni le deprimen ni conturban las menudas molestias que exasperan a los que son como veletas volteadas por la ventolera de las circunstancias.

El hombre dueño de sí mismo es también dueño de su destino y señala su porvenir en el derrotero de su vida como hábil marino en la carta de navegar.

Siempre tiene la mano puesta en el timón. Siempre está preparado para luchar contra la tempestad, la niebla, los vientos contrarios, los témpanos de hielo, los ocultos riesgos, los imprevistos accidentes.

Se mantiene tranquilo y sereno por el convencimiento de que en las crisis y vicisitudes de su viaje necesita mantener el criterio claro y despejada la mente. Ve que debe hacer cada día lo mejor que sabe, por la luz que interiormente le alumbra y con la cual vino a este mundo; que ni por un momento ha de vacilar ni tambalearse; y que si en alguna ocasión se desvía de su rumbo, no ha de dejarse llevar a la deriva sino recobrar cuanto antes la recta dirección en demanda del puerto.

Cuándo y cómo llegará al término de su viaje no es cosa que haya de preocuparle, pues a nadie le es dado conocer el porvenir con absoluta seguridad. Si conociéramos cual ha de ser el fin de

nuestra vida terrena, no tendríamos ocasión ni motivo de vigorizar nuestras facultades y fortalecer nuestro carácter. Al contrario, nos dejaríamos dominar por la apatía y la debilidad. El equilibrio anímico no resulta de la externa seguridad y certeza, sino de la actualización de las internas fuerzas y el dominio propio en la lucha por el bien, en los esfuerzos para alcanzar la invisible meta de nuestra suprema aspiración.

Los modernos automóviles llevan unos dispositivos llamados amortiguadores, que absorben las vibraciones violentas producidas al pasar las ruedas por los baches y altibajos del camino, de modo que los ocupantes del coche no notan ni la más leve conmoción.

Así ha de ser para nosotros la ecuanimidad. Mucha es la diferencia entre si los resaltos, baches y altabajos del camino de nuestras vida nos zarandearán con terribles estremecimientos, o si por medio del amortiguador mental marcharemos tan suavemente sobre los pedruscos de un erial como por la enarenada avenida de un parque.

Cuanto la biblioteca particular de Emerson fué pasto de las llamas, en su casa de Concord, una de sus contertulias, Luisa M. Alcott se apresuró a manifestarle que compartía su pesar por la pérdida del inestimable tesoro de sus libros.

La buena señora halló al insigne pensador sereno

y ecuánime, contemplando el incendio de sus valiosísimos volúmenes, muchos de ellos con dedicatorias autógrafas de los más célebres escritores de la época.

—No importa—le dijo Emerson a su benévola amiga— Mira cuán hermosa es la hoguera. Regocijémonos en su resplandor.

La señora Alcott no olvidó jamás aquella lección. Aprendió a ver algo hermoso y favorable aun en sus pesadumbres y pérdidas.

Cuando no hace mucho se incendiaron hasta los cimientos los talleres que poseía Edison en West Orange (Nueva Jersey), que le habían costado siete millones de dólares, demostró al mundo el famoso inventor, cómo un hombre puede perder el fruto de una larga vida de esfuerzos y volver a empezar a los 67 años de edad, sin prorrumpir en una queja por su pérdida.

Mientras los periodistas contemplaban el formidable incendio, les dijo Edison:

Amigos míos; ahora estoy muy bien quemado, pero mañana empezaré a levantar de nuevo la instalación. Esto no es más que una pasajera contrariedad.

Y como si tal cosa, les recitó aquella estrofa de Kipling que dice:

Si pudieras amontonar de una vez todas tus ganancias en un hoyo de pez y prenderles fuego para volver

a esforzarte en resarcirlas sin exhalar una queja, diría que tuya es la tierra y cuanto en ella hay; y lo que más vale, diría que eres un hombre.

Si la generalidad de las gentes fueran capaces de aprender a sobrellevar sus tribulaciones y pérdidas con la misma ecuanimidad que Emerson y Edison sobrellevaron las suyas, serían incomparablemente más dichosos y prósperos de lo que son. No malgastarían sus fuerzas ni debilitarían su vitalidad en estériles y tediosas inquietudes.

A muchos les sucede que no pueden trabajar con desahogo ni poner sus cinco sentidos en lo que hacen mientras están bajo el peso moral de algún disgusto o contratiempo. No han aprendido a sobreponerse a todo lo que malhumora y veja el ánimo.

Si tienen enfermo a alguien de su familia, si tropiezan con dificultades económicas y no pueden pagar una cuenta el día del vencimiento, quedan tan abatidos que no aciertan a enfocar la atención en sus tareas ordinarias. Siempre andan en espera del tiempo en que se verán libres de quebraderos de cabeza; pero este tiempo no llegará hasta que aprendan a sobreponerse a los contratiempos de la vida.

Por vida próspera y dichosa no entendemos la que necesariamente haya de estar libre de tribulaciones, sufrimientos, penas e infortunios. Ningún

ser humano se ve libre de estas contrariedades ni le fuera provechosa la excepción, porque precisamente son la resistencia en que ha de ejercitarse la potencia de su voluntad.

La vida próspera y feliz es la del que se contenta con su suerte y procura mejorarla de día en día, sin aspirar a una dicha absoluta e inalterable que equivaldría al más tedioso quietismo.

Hay en el oceano abismos a donde no alcanzan las tormentas que agitan y alborotan la superficie de las aguas. Quienes saben gobernarse a sí mismos no viven en la superficie de su personalidad, sino que se internan en las profundidades de su individualidad, donde se oye y escucha la voz del silencio y se asimilan los principios capitales de la vida, sin que les conturben las frecuentes tempestades domésticas, políticas, sociales y religiosas que tantas y tantas vidas estropean y malogran.

En las profundidades de su ser encuentran la estable energía que los mantiene ecuánimes e imperturbables entre el desatado huracán y la deshecha tempestad del infortunio.

XII. NUNCA ES TARDE PARA EL BIEN.

XII. NUNCA ES TARDE PARA EL BIEN.

> El éxito no es cuestión de edad, sino de confianza. Antes de que podamos vencer en la vida, es preciso que creamos en nuestra posibilidad de vencer.

UELE decirse que quien a los cuarenta no es rico ni sabio, ya no tendrá ocasión de allegar riquezas ni sabiduría. Pero conviene advertir, a cuantos no lo hayan notado, que la edad no se computa por la fecha del acta de nacimiento, sino por la elasticidad de las arterias, la placidez de ánimo, la fortaleza del estómago y el vigor del corazón.

Una mujer de simpática presencia y agradable aspecto a pesar de sus cincuenta años, vino un día a pedirme auxilio y consejo.

Algunos meses antes había perdido una buena colocación en una casa editorial a causa de que no estaba al nivel de las obligaciones de su cargo y desde entonces andaba fluctuando de una parte para otra sin encontrar estable acomodo. Todo lo más que había logrado eran colocaciones temporeras que con mucho trabajo la resguardaban de la extrema miseria. Sin embargo, era mujer robusta y de despejado entendimiento.

¿Por qué no conseguía una colocación permanente? Aún no se le escarchaba la cabellera ni su aspecto daba la impresión de vejez, que es una de las más graves dificultades con que tropiezan los desocupados de mediana edad y cabeza gris para encontrar quien los admita a su servicio por mucho que valgan.

Pero aquella mujer no hallaba rincón en que guarecerse, porque había perdido toda confianza en hallarlo. Creyóse imposibilitada por la edad, y cuando iba a solicitar empleo no lo hacía con aquella seguridad, aquel sentimiento de victoria y poderío que inspira confianza y produce en quien escucha favorable impresión.

El temor la acobardaba y la cobardía incitaba al fracaso. Cada vez que recibía una negativa y se le cerraba una puerta, era mayor su desaliento, hasta que se figuró que de nada le serviría proseguir en su para ella temerario empeño.

Su actitud mental no era la del vencedor, sino la del vencido. En vez de hacer favorable impresión en los directores y gerentes a quienes se presentaba en oferta de sus servicios, tenía todo el aspecto de una pordiosera en actitud de pedir limosna.

¿Es extraño que fracasara aquella mujer? ¿Cabe acriminar a un director, dueño o gerente por rechazar a un solicitante cuya traza denota

que ha perdido los bríos de la voluntad, que por su acento, modales, mirada y apostura confiesa la carencia del entusiasmo y fervor necesarios para desempeñar un cargo de confianza y responsabilidad?

El obstáculo que entorpecía a aquella mujer no era la edad de su cuerpo, sino la vejez de su mente; porque el más grave entorpecimiento para los que pasado el promedio de la vida se ven precisados por cualquier vicisitud a buscar colocación no son sus años, sino su desalentada y deprimida actitud mental.

Desde luego que la edad no es circunstancia favorable, pero tampoco es impedimento invencible cuando por haber *ahorrado* energías vitales en la juventud, se encuentra el hombre en su madurez robusto y ágil, capaz de soportar sin fatiga ocho horas de continuo trabajo mental o corporal, según el caso, y con aspecto y continente que representan mucha menos edad de la que apunta el acta de nacimiento.

Además, si generalmente cuantos tienen numeroso personal de servicio prefieren jóvenes que con menos retribución les den el mismo rendimiento que otro empleado en plena hombría, hay en todo establecimiento negocial cargos de muy delicado desempeño que requieren cualidades y circunstancias personales de conocimiento, experiencia y

sensatez que raras veces reúne un joven recién salido al palenque de la vida, porque sólo las dan los años. En estos casos, la edad es circunstancia favorable.

La autosugestión sirve de mucho para soslayar los obstáculos que el error y la superstición prevalecientes respecto de la edad, amontonan frente a los que las gentes llaman viejos.

Pero ¿en qué consiste la autosugestión? No sólo consiste, como muchos se figuran, en enfocar sobre nosotros mismos el pensamiento, con el deliberado propósito de movernos a obrar en determinado sentido para conseguir tal o cual fin, sino en *conocer* el fundamento racional y la índole psicológica del proceso de autosugestión.

Lo primero que se necesita es tener el firmísimo convencimiento de que *nunca es tarde para el bien*, pero que es mucho mejor no esperar a que se haga tarde, porque la tardanza está en razón directa del esfuerzo, es decir, que cuanto más tardemos en resolverlos al bien, más costosos, difíciles y aflictivos habrán de ser los esfuerzos necesarios para realizarlo.

El segundo requisito de la autosugestión es discernir entre lo ilusorio y lo real, lo transitorio y lo permanente, la personalidad y la individualidad.

No quiere esto decir que la personalidad y el mundo sensible que la rodea sean ilusiones en el

sentido vulgar de esta palabra, sino que su realidad es pasajera y sólo afecta a la verdadera individualidad para acrecentar sus cualidades por medio de la experiencia que adquiere por las relaciones de contacto y percepción del mundo exterior.

Hay que tener en cuenta que nuestro cuerpo físico es tan sólo el instrumento de manifestación del espíritu, como el cincel es el instrumento de manifestación del genio artístico del escultor.

Si el cuerpo se desgasta y estropea por el abuso de las sensaciones, por su excesivo roce con el mundo exterior, el espíritu, el verdadero ser carecerá de instrumento a propósito para el ejercicio de sus facultades, de la propia suerte que por muy genial que sea un escultor no podrá dar pruebas plásticas de su genio si se le desgasta o embota el cincel.

Con esta discreta distinción entre la individualidad y la personalidad, entre el agente y el instrumento, será fácil poner tanto cuidado en la conservación de la salud y equilibrado sostén del cuerpo, como el artista prudente pone en la conservación de los materiales instrumentos de su arte, de modo que al llegar a la edad en que según el cómputo vulgar de la vida humana empieza la vejez, se halle todavía con los bríos y entusiasmos de la juventud, autosugiriéndose la idea de que, como

él no es su cuerpo sino su espíritu, y el espíritu por ser inmortal jamás envejece, no tiene los años que le cuenta el acta de su nacimiento, sino que *idealmente* se ha plantado en los veinticinco y sólo se los hará transponer el natural e inevitable desgaste del cuerpo cuando llegue a la condición que la generalidad de las gentes llaman decrepitud.

El error está en creer que las que suelen calificarse de *cosas de jóvenes* han de ser precisamente las francachelas, las orgías, las diversiones bulliciosas, trasnochar en bailes y teatros, concurrir a los garitos, cafés y lupanares, enamorarse románticamente y derrochar en un día el dinero que les costó de ganar un mes de trabajo.

Todo esto son locuras y devaneos juveniles que después por ley de causa y efecto, de acción y reacción, reaparecen en la madurez en la invertida forma de achaques e impedimentos físicos que dificultan la plena manifestación del espíritu, porque están ya agotadas las fuerzas vitales.

Las *cosas de jóvenes* en su recta acepción moral son el entusiasmo, la animosa laboriosidad, la esperanza en el porvenir, el culto al ideal, el anhelo y esfuerzo en el perfeccionamiento del carácter, la generosidad y abnegación, todo cuanto sea una nota en el himno triunfal de la vida.

Estas cosas de jóvenes pueden ser también cosas de hombres de cuerpo añoso, pero no viejo, y de

espíritu siempre joven. Pero si al llegar a los cincuenta o sesenta años se cree ya un hombre incapaz para el bien, y se aparta de todas aquellas actividades mentales y físicas que favorecen la renovación del cuerpo por la renovación de la mente, entonces no espere que nadie se atreva a utilizar sus servicios, porque él es el primero en dejar de servirse y ayudarse a sí mismo.

Si se autosugestiona en sentido negativo diciéndose que ya es demasiado viejo para tal o cual empresa o labor, que le quedan pocos años de vida, que no tiene el cuerpo para semejantes andanzas propias de jóvenes, él mismo anticipará su decrepitud y a los cincuenta años aparentará setenta.

El que ha transpuesto el medio siglo sin haber sufrido grave menoscabo en su salud, no debe contar los años que deja atrás ni computar su edad por ellos. No ha de abandonarse en el vestir de modo que su aspecto denote la dejadez de ánimo, aunque tampoco ha de caer en la ridiculez de ataviarse a la moda casi siempre exagerada de los jovenzuelos.

Dice un vulgar adagio que en la cara está la edad y algo de razón hay en ello, porque un rostro libre de afeites y menjurges, es el espejo del alma, en donde, como en cinematográfica pantalla, aparecen a los ojos de un observador sagaz los afectos y emociones del hombre interno.

La verdadera edad no está en los años de vida, sino en la lozanía de la mente, en el regular funcionamiento del cuerpo, en las vitales energías para cumplir las cotidianas tareas con los bríos, alientos y entusiasmos de un joven anheloso de llegar a ser algo en el mundo.

Muchos cincuentones que no supieron ahorrar sus energías en los exuberantes años de las vacas gordas, se encuentran como árbol que cesa de dar fruto.

La guerra mundial ha tenido entre sus muchas consecuencias funestas la en cierto modo provechosa de eliminar gran parte de nuestros prejuicios y hábitos rutinarios. Nos ha forzado a revisar algunas reglas y aplicaciones que habían cristalizado dogmáticamente en perjuicio de la raza humana.

Una de estas supersticiones era la línea muerta que arbitrariamente delimitaba los años de la utilidad de un hombre condenándolo a forzoso retraimiento de la vida activa en la colmena social.

Antes de la guerra oíamos decir constantemente que era necesario arrinconar a los viejos para abrir paso a los jóvenes. Había un prejuicio contra los hombres que pasaban de los cincuenta, considerándolos ya inútiles para el servicio en las diferentes modalidades de la actividad humana.

Pero la guerra arrebató a millones de jóvenes

de las filas del comercio, de la industria, de la agricultura, de los oficios manuales y de las profesiones científicas, de suerte que los llamados viejos hubieron de substituirlos en sus empleos y cargos.

Así como la guerra puso en activo servicio muchos buques a punto de desguace y prestaron excelentes servicios, así también puso en plena actividad a muchos hombres que por la arbitraria limitación de la edad habían ido a aumentar el enorme acervo de las clases pasivas.

Por otra parte, las maravillosas facilidades proporcionadas por la ciencia con sus inventos y artificios para eliminar la parte penosa del trabajo humano, deparan favorables ocasiones a los viejos en años y jóvenes de espíritu para ocuparse en tareas que hoy tienen más de espiritual e intelectual que de manual.

Las leyes de jubilación forzosa y de obligado retiro no tienen otro fundamento que el de facilitar el ascenso de los jóvenes, pero en modo alguno pueden fundarse en la ineptitud de los jubilados para seguir desempeñando acertadamente sus funciones.

En los empleos de empresa particular, donde no rige la ley de las jubilaciones, vemos en los Consejos de Administración de las Compañías anónimas y en la gerencia de fábricas, talleres, bancos

y demás instituciones económicas, hombres de setenta y aun de ochenta años que se adaptan cumplidamente a los modernos métodos y procedimientos aconsejados por la ciencia y comprobados por la experiencia.

La verdadera ley de la actividad humana está expresada en el famoso dilema: *o renovarse o morir.* Quien acierta a renovarse prolonga su vida y si no evita la muerte al menos la aleja a mucha mayor distancia de la en que la encontraría si no se renovara.

En los Estados unidos continuaban trabajando a los setenta y ochenta años con la energía y júbilo de la juventud, hombres de mente tan lúcida como Lutero Burbank, el ingenioso renovador de la horticultura; Teodoro N. Vail, a quien la república estadiunense debe su maravillosa red de teléfonos; Juan Wanamaker, el iniciador de los modernos métodos de venta; Elbert H. Gary, el rival de Carnegie en la industria del acero; Tomás Alva Edison, cuyo nombre no necesita encomios ni calificativos; el cardenal Gibbons, alma y eje del catolicismo que bien pudiéramos llamar evangélico; y muchos otros que han sido y algunos continúan siendo vivos ejemplos de que nunca es tarde para el bien.

Especialmente Edison nos ofrece una prueba de que no es la naturaleza de bronce ni el temperamento de acero lo que perpetúa la juventud, sino el método de vida mantenido desde que apuntó el uso de razón y estimulado de más en mejor por la siempre jubilosa y esperanzada disposición del ánimo.

Declara el inventor del fonógrafo que después de largas horas de trabajo no siente fatiga ni cansancio mental y que todavía es capaz de muchos ejercicios de los que acostumbraba a practicar en la juventud.

En el orden moral sucede lo mismo. Nunca es tarde para eliminar de nuestra conducta un vicio, de nuestro carácter una flaqueza, de nuestro ánimo una pasión. Costará mucho más trabajo si está arraigada por el hábito, pero no es empresa superior a la voluntad humana con tal de tener la suficiente fortaleza de ánimo para sobrellevar el inevitable sufrimiento.

El tan repetido adagio: *genio y figura hasta la sepultura,* es uno de los muchos en que anduvo errada la filosofía popular. Ni el genio ni la figura permanecen invariables en quien sabe que le es posible modificar favorablemente su doble condición física y moral.

Aun sin deliberado esfuerzo por parte del individuo, nada más que por influencia del ambiente, de la educación recibida, de las circunstancias en que la ley de evolución coloca de propósito al ser

humano, digan cuanto gusten los fatalistas, vemos con frecuencia que muchachos traviesos, de malos instintos, que parecían indomables por lo díscolos, resultan, cuando hombres, modelos de caballerosidad, honradez y prudencia.

Pues si espontáneamente obra la naturaleza tan radicales mudanzas ¿no será posible aventajarla si favorecemos su acción con la poderosa fuerza de una recia voluntad?

Dice Emerson:

> Cuando nos ponemos en consciente relación con la vida superior no envejecemos en el vulgar sentido de la palabra vejez. Cuando nos armonizamos con Dios, con el Ser infinito, inagotable Fuente de todo bien, no se deteriora nuestra mente ni nuestro cuerpo.

El error está en que la mayoría de las gentes desean larga vida para prolongar sus gustos y placeres, no para emplearla en el amoroso servicio de la humanidad y en el legítimo provecho de sí mismos.

Precisamente cuanto más se vive más ocasiones de aprender nos va ofreciendo la experiencia, y cuanto más se aprende más viva es la satisfacción interior en que realmente consiste la dicha de la vida.

No hay mayores enemigos de la vejez que el júbilo, la confianza, la benevolencia, la afabilidad y la fe en que al fin y al cabo todas las cosas resultan en bien para quienes cumplen con la ley moral y material de la vida.

Creámonos jóvenes, pensemos y obremos como si todavía estuviese muy lejos la muerte, pero aprovechemos la vida en la práctica del bien.

XIII. LA VALÍA DEL HÁBITO.

XIII. LA VALÍA DEL HÁBITO.

El cuerpo es una lira cuya armonía es el espíritu.—PLATÓN.

El hábito es el dueño del mundo.—MONTAIGNE.

El hábito es una cualidad que habilita a una *potencia* del alma para producir el *acto* propio de ella.—SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Con sus tendones de hierro nos aprisiona el hábito día tras día.—LAMARTINE.



ICE Carlos Dickens:

Nunca hubiera podido hacer lo que he hecho sin los hábitos de puntualidad, orden y diligencia que favorecieron mi determinación de concentrar todo mi ser en la obra emprendida.

Desde su niñez contrajo Washington hábitos de aplicación y trabajo metódico. A la edad de trece años se ocupaba voluntariamente en copiar con sumo cuidado documentos de tan árida índole como contratos de arrendamiento, escrituras de venta, facturas y recibos, sin otro objeto que el de disciplinar su voluntad. Los hábitos así formados en edad temprana fueron el fundamento de las excelentes cualidades que cuando hombre desplegó en los negocios del gobierno.

Con razón se ha dicho que el hombre es un "manojo de hábitos", porque verdaderamente pasa la

vida dominado por los buenos o malos hábitos contraídos en la niñez y la juventud.

Oigamos a Guillermo James:

Si los jóvenes supieran cuán pronto se convertirán en un manojo de hábitos, tendrían mucho más cuidado en su conducta mientras están en condición plástica. Por muy leve que sea el toque de la virtud o el vicio deja su huella en las células nerviosas que reproducirán la impresión en cuanto las vuelva a incitar el deseo.

Los hábitos virtuosos son el mejor y más eficaz instrumento de que puede disponer el hombre para ayudarse a sí mismo, mientras que los hábitos viciosos son el más poderoso obstáculo con que tropieza en sus esfuerzos para ayudarse.

Por doquiera vemos quienes no prosperan ni adelantan en el camino de su evolución porque alguna mala costumbre, algún hábito vicioso les impide desplegar por entero sus facultades. Son los hábitos viciosos como rendijas por donde se derraman unas veces gota a gota y otras a chorro las energías mentales y físicas.

Van sus esclavos por la vida desalentados a causa de sus no satisfechas aspiraciones y anhelos, porque no son capaces de ponerse al nivel de sus ideales. Maldicen de la suerte, del destino, de todo cuanto es externo a ellos sin sospechar que un cable cuyos cabos son menudos hábitos es la verdadera causa de su fracaso.

Un maestro de enseñanza primaria me dijo en cierta ocasión que departíamos acerca de la metodología didáctica en las escuelas:

Mi norma en la enseñanza de la moral es el ejemplo con preferencia al precepto. Una vez que les representaba a mis escolares la importancia de formar desde niños hábitos virtuosos, me serví de un ejemplo que tuvo la eficacia de instruir deleitando.

Hice subir a un pequeñuelo a la tarima y a la vista de todos le enlacé el cuerpo con una larga y muy fina hebra de algodón. Después repetí la operación con dos hebras retorcidas y sucesivamente con un bramante, una cuerda y por último con una cadenilla cerrada con candado. Hecho esto, le dije al muchacho que procurara desembarazarse de las ligaduras, y obedeciéndome notó que si podía romper fácilmente las hebras de algodón y con mayor esfuerzo el bramante y la cuerda, le fué imposible quebrantar la cadena que lo aprisionaba. Así les dije a todos que el día de mañana, cuando fueran hombres, quedarían presos en las cadenas por ellos mismos forjadas con los eslabones de los hábitos viciosos.

En cambio, si en vez de los hilos, cuerdas y cadenas, pudieran tener alas para volar sin fatigarse andando, serían mucho más ágiles y veloces sus movimientos. Así volví a decirles que los hábitos virtuosos son como alas de ángel que nos ayudan a aliviar la pesadumbre de nuestro cuerpo carnal.

Los niños no olvidaron jamás aquella lección que tan a lo vivo les representaba el inevitable enlace entre los pensamientos, acciones, hábitos, carácter y destino.

Añade a este propósito lord Brougham:

Yo atribuyo al hábito todo cuanto existe en el mundo. Legisladores y educacionistas se han apoyado principalmente en el hábito para dictar leyes y enseñar lecciones, porque el hábito todo lo facilita si es bueno y todo lo obstaculiza si es malo. Haced un hábito de la sobriedad y os repugnará la intemperancia; haced un hábito de la prudencia, y el libertinaje os parecerá un crimen imperdonable.

La vida no es más, si bien se mira, que una prolongadísima serie de hábitos, porque la vida es actividad, que en un principio vacilante e imperfecta llega a ejercerse con cada vez mayor facilidad a causa de la continua o frecuente repetición del acto.

Es el hábito virtuoso la principal ayuda de nuestra ayuda. Sin el hábito que aminora la violencia del esfuerzo y elimina la fatiga, muy poco podríamos hacer durante la vida, aunque viviéramos un siglo.

Cuando, por ejemplo, queremos andar, no necesitamos detenernos a discurrir si moveremos un pie después del otro ni tampoco hemos de consumir fuerza de atención cada vez que damos un paso. Andamos sin que nos sea preciso concentrar la atención en el movimiento de pies y piernas que funcionan automáticamente por la fuerza del hábito.

La primera vez que se ejecuta una acción, sea buena o mala, requiere por nuestra parte un esfuerzo que va siendo menor a medida que se repite el acto hasta que no cuesta absolutamente nada repetirlo cuantas veces queramos. Entonces se convierte en una necesidad establecida por la natural tendencia de las células del órgano corporal que ha servido de instrumento a la acción.

La facilidad con que los actores eminentes, los artistas, músicos, oradores, dramaturgos, literatos y científicos ejercitan sus facultades superiores, admiran al profano; y sin embargo, no es su obra otra cosa que el resultado de un hábito formado por la indefinida repetición de los mismos actos.

El pasmoso mecanismo de pianistas como Sauer, Rubinstein, Risler y Paradeweski les parece milagro a los legos en técnica instrumental, pero la habilidad que poseen es el último eslabón de una prolongada cadena de repeticiones y ejercicios convertidos en hábito.

Los chapuceros que se satisfacen con ser chapuceros toda su vida en vez de elevarse a la categoría de artistas, repugnan pagar lo que cuesta el fruto de innumerables repeticiones. La confianza en la valía del hábito es una gran parte del capital activo del artista.

Asombra lo que podríamos realizar por medio del recto uso de esta tendencia a la repetición siempre en actividad.

Por la formación de buenos hábitos puede un

joven ayudarse eficazmente á sí mismo multiplicando mil veces la eficacia de sus facultades anímicas por la disciplina a que el método somete al cuerpo físico y sobre todo al sistema nervioso.

Por esto debe clasificarse el hábito en físico y moral, según corresponda á las acciones y movimientos fisiológicos o a las superiores operaciones del espíritu.

En cuanto al hábito físico, es posible por medio de la *repetición* consciente o de la *abstención* deliberada, *habituar* al sistema nervioso a que *vibre* en la tónica establecida por el *diapasón* de nuestra *voluntad* dirigida por el *conocimiento* a la realización del *acto habitual* o a la supresión del mismo acto si es vicioso.

Sobre el particular observa acertadamente Guillermo James:

Cuando aprendemos a hacer algo que nunca habíamos hecho, como escribir, cantar, nadar, tocar el piano o cualquier otro instrumento, montar a caballo, etc., nos parecen muy difíciles y penosos los primeros ejercicios, y nos interrumpimos con frecuencia a causa de movimientos equivocados o innecesarios. Pero a medida que las manos, el pulso, la vista, el oído, los órganos corporales que intervienen físicamente en la acción, se van adaptando a las condiciones requeridas para realizarla con toda perfección, parece como si músculos y nervios y sentidos obrasen instintivamente sin el impulso de la voluntad, de una manera que podría llamarse automática, sino fuese porque es el resultado de la *inteligencia celular*.

Cuando los órganos corporales se han adaptado perfectamente a las condiciones del acto habitual, se realiza éste con el mínimo de esfuerzo físico y moral. Así el cazador experto ve la res y *maquinalmente* apunta y dispara. Le parece que ha obrado con independencia de su voluntad.

Una ojeada al pentágrama basta para que el consumado pianista haga brotar del teclado raudales de armonía.

Los actos físicos están relacionados con las operaciones mentales tan íntimamente como el espíritu con el cuerpo; pero esta intimidad se acrecienta hasta el extremo de la identidad cuando de la constante repetición de actos de índole positiva y armónica conformes con la ley moral resulta lo que algunos psicólogos llaman cerebración inconsciente, que a nuestro entender no es cerebración ni es inconsciente, sino la manifiesta prueba de que en aquella determinada circunstancia se ha identificado la individualidad con la personalidad, como el violinista genial se identifica con su violín en los momentos de mayor exaltación artística.

El psicólogo Kay ha dicho, a mi parecer con error, que tan pronto como adquirimos el dominio de un acto cualquiera, deja la mente de tomar parte en su dirección.

A primera vista, así parece, pero lo que en realidad ocurre es que la asombrosa rapidez con que opera la mente en estos casos, no permite que el

Ego advierta su intervención, de la propia suerte que cuanto mayor es la velocidad de un vehículo, más honda es la ilusión de reposo.

¿Quién es capaz de notar el movimiento de la Tierra, ese vehículo cuyos ocupantes son la humanidad? Sin embargo, este esférico automóvil en que la ley de evolución nos conduce a nuestro divinal destino, recorre su órbita a la velocidad de treinta kilómetros por segundo, o sean 108,000 kilómetros por hora. Lo celérrimo de esta velocidad con relación a nuestros naturales movimientos nos da la sensación de absoluto reposo, pareciéndonos que la Tierra está quieta y que el Universo se mueve en su derredor.

Así sucede con la intervención de la mente en todos nuestros actos. Por instintivos, maquinales y espontáneos que parezcan, están en realidad dirigidos por el *hábito mental*, cuya rapidísima acción escapa a los atisbos de la conciencia.

Todos estos fenómenos psicofísicos quedarían en objeto de estéril especulación para los filósofos, psicólogos y biólogos si no pudieran aplicarse útilmente al perfeccionamiento del carácter y la regulación de la conducta. En esto consiste la valía del hábito.

Cualquiera puede construirse un carácter enérgico o débil según sean sus hábitos mentales. Puede ayudarse o entorpecerse.

Si mantiene la actitud mental de seguridad y confianza en armonía con la verdad, la bondad y la belleza, su carácter será firme y enérgico y su conducta en la vida práctica no discrepará ni un punto de la índole de su carácter, sin que le cueste esfuerzo alguno el ser bueno, porque la bondad estará infundida en su naturaleza.

¿Qué pena le causa ni qué esfuerzo necesita para abstenerse de licores quien no los probó en su vida? El hábito de la templanza, contraído en su niñez por virtud de una acertada educación familiar, le mantiene en la al parecer *instintiva* pero en realidad *mental* repugnancia a los licores.

Lo mismo puede decirse de otros hábitos viciosos como los del tabaco, la morfina, el juego y la ginecomanía. Quien no ha experimentado jamás las groseras voluptuosidades de estos vicios no sentirá el *deseo* levantado por el hábito vicioso, y por lo tanto no *sufrirá la pena* de la insatisfacción.

El hábito nunca descansa ni aun en sueños. Constantemente está tendiendo sus invisibles cuerdas en torno de nuestros pensamientos y nuestro carácter. Lo que hoy hacemos voluntariamente, lo haremos mañana con mayor facilidad y al cabo de tiempo no nos costará ningún trabajo, porque al parecer lo haremos instintivamente.

Lo que los fatalistas llaman destino no es más que el telamen tejido en el telar de la conducta

con los hilos de los pensamientos y actos habituales.

Muchos que se quejan de no tener éxito en la vida, de que la suerte no les favorece como a otros, están, si bien se mira, tan trabados por malos hábitos, que les es imposible prosperar como desean.

Dice Herbert Spencer, y en esto no hizo más que repetir lo tantas veces dicho por la antigua sabiduría, que los cimientos del carácter se labran y colocan durante los siete primeros años de la vida.

Esto mismo significa, en no tan científicos términos, el refrán popular: lo que con mocos se aprende, tarde o nunca se olvida.

Pero precisamente en la primera infancia es cuando está más descuidada la educación del ser humano, pues apenas podrían señalarse con el dedo las madres capaces de infundir en sus hijos los saludables hábitos de comer a horas fijas, acostarse temprano, levantarse de madrugada, vestir con aseo, obedecer sin repugnancia, trabajar con método, recrearse honestamente y proceder en todo con aquella normalidad que sin encasillar la vida en la cuadrícula de la rutina, la encuadre ornamentalmente en el magnífico marco del hábito virtuoso.

En las cosas al parecer nimias, también influye poderosamente la valía del hábito. Por ejemplo, no suele darse importancia a la forma o carácter de letra, sobre todo desde que la mecanografía ha invadido el mundo comercial y se apresta a invadir el doméstico. Sin embargo, a veces dependen vidas y haciendas de la buena o mala inteligencia de un escrito, como le sucedió a un escolar cuyo maestro le reprendía por no poner mayor cuidado en la claridad del carácter de letra.

El muchacho, que era un poco presuntuoso, respondió a la reprensión diciendo:

—Muchos hombres de talento han tenido y tienen peor letra que yo, y no vale la pena de enojarse por tan poca cosa.

Diez años después, aquel muchacho era oficial del ejército inglés de operaciones en Crimea, y la ilegible copia de una orden causó por mala interpretación la muerte de todo un destacamento y la pérdida de una posición estratégica.

En cada acto mental las células cerebrales se agrupan en determinado orden como los átomos de una molécula, y a cada repetición del acto, el agrupamiento es más rápido, hasta que el sistema nervioso propende por *hábito de las células* a repetir el acto en frecuentes intervalos.

A esto conviene añadir que el factor tiempo es muy importante en la formación de los hábitos. Nuestra vida diaria depende de la revolución de la Tierra alrededor de su eje, movimiento que

está computado por el reloj, que a su vez regula nuestras tareas cotidianas.

Según la hora así la acción, y si cada día a la misma hora hacemos una cosa determinada de índole mental o fisiológica, al llegar la hora del día siguiente, el cuerpo o la mente *demandará* con las clamorosas voces del deseo la repetición del acto.

Si, por ejemplo, nos habituamos a tomar café después de comer, no sentiremos el *deseo,* que parecerá *necesidad,* de tomar café, hasta terminar la comida diaria. Antes de este preciso momento de las veinticuatro horas del día no sentiremos el deseo, el ansia de tomar café.

En cambio, si nos acostumbramos a tomarlo por la mañana y no al mediodía, sólo sentiremos el deseo a la hora acostumbrada, sin experimentarlo en lo más mínimo durante el resto del día.

El angosto y áspero camino que conduce a la estrecha puerta de la vida eterna se trueca en anchuroso y florido, y se convierte en portalón la puerta por virtud del hábito. Fácil es vivir noble y dichosamente, sin desasosiegos ni inquietudes, cuando gobiernan nuestra conducta hábitos conformes con los eternos principios de verdad y de justicia.

Quien anhele ser eficaz ayuda de sí mismo ha de contraer el hábito de obrar siempre en armonía con la ley de la vida.

XIV. VALÍA INDIVIDUAL.

XIV. VALÍA INDIVIDUAL.

Como no hay dos hojas de un mismo árbol idénticas, no hay dos seres humanos cuyas características se ajusten al mismo módulo físico, intelectual y moral.

El hombre es una minúscula reducción del universo. Por esto se le ha denominado el microcosmos, y seguramente que en ninguna otra obra de la Creación aparece con t·nta evidencia la ley de la unidad en la variedad.



SI al nacer trajéramos todos escrito en la frente nuestro destino y a manera de marbete el valor físico de nuestra personalidad y el moral de nuestra individualidad, fuera facilísima la obra de la educación, pues padres y maestros conocerían ya de antemano el límite de las facultades y aptitudes con que el nuevo ser viene al mundo.

Pero si de esta suerte nos diera la naturaleza resuelto el problema, no tendrían los adultos ocasión de ejercitar sus fuerzas anímicas en el aleccionamiento de la nueva generación para satisfacer así la deuda contraída con la precedente.

El antiguo adagio latino: *docendo, docemur,* tiene la inmarcesible lozanía de las capitales verdades, mas para prácticamente experimentar sus efectos es indispensable conocer las leyes psicoló-

gicas de la vida y descubrir su *modo de actuación* en cada uno de los innumerables *casos particulares* a que llamamos *individuos*.

Cuando se conocen, siquier sólo sea en sus títulos generales, estas leyes, se echa de ver que cada recién nacido es un *valor* humano, aunque imposible de computar hasta la plena hombría y muchas veces hasta transpuesta la virilidad, cómo tampoco puede predecir con seguridad el agricultor si dará mucho o poco fruto el recién plantado vástago cuando el medro lo convierte en árbol.

Pero según crece y se desenvuelve el organismo corporal van apareciendo a los ojos del sagaz observador las características de la individualidad, es decir, las inclinaciones, aptitudes y facultades que constituyen el embrionario *carácter* del creciente ser humano.

Si estas características fuesen cantidades invariables desde la cuna al sepulcro, de nada serviría la educación; pero como todo cuanto en el universo existe, evoluciona más o menos lentamente, sujeto está asimismo el hombre a la ley de evolución en cuyo cumplimiento son sus características individuales susceptibles de acrecentar su valor, aumentando en magnitud e intensidad por influjo de la experiencia de la vida cuyo objeto no es otro que la ascendente evolución del individuo.

Cada niño que nace es una incógnita del com-

plejo sistema de ecuaciones de la mecánica social. Tiene un valor, que no se conocerá hasta que la educación auxiliada por la experiencia la despejen; y aunque el amor maternal le proclame rey y ciña sus sienes en la cuna con la trina corona de la hermosura, la virtud y el talento, nadie sabe si será lustre o desdoro de la familia, gloria o vergüenza de la patria, cuando no quede como gota perdida e ignorada en el oceano de la humanidad.

Algunas, raras veces, quizá de siglo en siglo, el destino nimba la frente del nacido con la aureola del genio, y entonces no es necesario que manos ajenas lo pulsen ni templen, porque como arpa eólica resonará acordemente por sí mismo en cualquier ambiente donde vibre.

En estos rarísimos casos cuyo más notable ejemplo es tal vez el de Pascal, la educación obra por virtud autónoma y su impelente energía vence cuantos impedimentos embarazan la ascensión a los cielos de la ciencia y el arte.

A propósito de Pascal, no estará de más dar alguna noticia biográfica de este hombre extraordinario, para demostrar hasta dónde alcanzar puede la valía individual y servir, de paso, de dato al problema de la desigualdad de las condiciones en que nacen los seres humanos. He aquí un extracto de la biografía escrita por la hermana del insigne filósofo y matemático:

Nació Pascal en Clermont el 19 de Junio de 1623. Desde que empezó a balbucear las primeras palabras y entender lo que se le decía, denotó extraordinario ingenio por las sorprendentes preguntas que hacía sobre la naturaleza de las cosas, y según fué creciendo, aumentaba el vigor de su raciocinio, de modo que siempre estaba muy adelante de su edad.

Huérfano de madre a los tres años, no quiso su padre confiarlo a cuidados ajenos y resolvió ser su único maestro, sin mandarlo a escuela ni colegio alguno.

Trasladada la familia a París el año 1631, cuando Pascal acababa de entrar en la segunda infancia, y libre el padre de las ocupaciones que en Clermont le absorbían el tiempo, pudo entregarse por entero a la educación del niño, empezando por darle objetivas lecciones de cosas, hablándole en variada conversación de los fenómenos de la naturaleza.

El niño no se contentaba con la descripción del fenómeno, sino que quería saber la razón, el por qué de cuanto se le relataba, y cuando el padre por ignorancia callaba o le respondía con alguna incongruencia, no se quedaba satisfecho, pues su discernimiento era asombroso para distinguir lo verídico de lo simulado.

Una vez, mientras estaba comiendo la familia, alguien golpeó con un cuchillo un plato de loza y en seguida puso encima la mano.

El niño Pascal quiso saber por qué la vibración del plato había cesado en el momento de tocarlo con la mano, y al efecto hizo numerosos experimentos sobre el sonido.

El padre estaba muy versado en matemáticas, pero como no quería instruir en esta ciencia a su hijo hasta que hubiese aprendido latín y griego, escondió con sumo cuidado todos los tratados de matemáticas que había en la casa. Sin embargo, el muchacho, movido de curiosidad, le suplicaba frecuentemente a su padre que le enseñase matemáticas o por lo menos que le dijese de qué trataban estas ciencias y sobre todo la geometría. Dióle el

padre una idea general diciendo que era el medio de trazar figuras exactas y determinar las proporciones entre ellas, añadiendo que le prohibía pensar ni hablar de ello hasta que hubiese aprendido el latín y el griego.

Pero el prodigioso niño, durante las horas de asueto, empezó a trazar figuras con un pedazo de carbón sobre los ladrillos de su cuarto, logrando dibujar un círculo, un triángulo equilátero, líneas paralelas y otros elementos geométricos a los que dió nombres por él inventados, pues ignoraba los clásicos, y así al círculo le llamó un *redondo,* a la línea recta una *barra,* etc.

Con estas definiciones discurrió de modo que vino a descubrir hasta la proposición trigésima segunda de Euclides. Sorprendióle un día el padre en tan científica tarea, y tal fué su asombro, que no queriendo estorbar por más tiempo el vuelo de aquella preclara inteligencia, puso en sus manos un tratado de geometría euclidiana que el niño lo comprendió a primera lectura sin necesidad de ajena explicación.

Este extraordinario ejemplo de la infancia de Pascal, como algunos otros que podrían citarse, entre ellos el de Mozart, mueve a reflexionar sobre el problema de la desigualdad de condiciones constituyentes de la valía individual.

En el orden físico hay quienes nacen normalmente conformados, con cuerpo esbelto, facciones correctas, sentidos enteros, músculos robustos, nervios acerados y huesos recios, mientras que otros nacen lisiados de algún miembro, ciegos o mudos, jorobados o tuertos, sin contar las espantables monstruosidades que todavía son un enigma para los biólogos.

En el orden intelectual, muestran algunos desde su primera infancia, agudísimo ingenio y notorias aptitudes para determinada modalidad científica, literaria o artística, al paso que otros son torpes de nacimiento, de obtusas entendederas, misérrimos en el discurso, negados en el discernimiento, o lo que es peor, nacen idiotas, imbéciles, atontados o con cualquier otra laceria mental de las muchas que también son todavía un enigma para los psicópatas.

En el orden moral, no digamos, porque a la vista está que de padres malvados nacen a veces hijos congénitamente virtuosos, y de padres honradísimos, viciosos de nacimiento.

De estas consideraciones complementadas por la observación psicológica se infiere que la valía individual es una cantidad variable en función del carácter que a su vez es el *capital* psicofísico, la suma de cualidades o idiosincrasia anímica con que el individuo inicia los negocios de su vida.

Si fuera lícito aplicar el álgebra a la psicología con tanta precisión como los matemáticos la aplican a la geometría, simbolizaríamos la valía individual en un polinomio cuyos términos positivos fuesen las *virtudes* físicas, mentales y morales, y los negativos los *vicios* de las mismas índoles, porque los conceptos de virtud y vicio no convienen exclusivamente al orden moral como suele creerse,

sino que también cabe aplicarlos a los órdenes físico y mental.

Pero así como en álgebra una cantidad no pierde su índole aunque sea negativa, pues sólo muda su condición, así también desde el punto de vista psicológico, la valía del individuo será *mayor* o *menor*, según en el simbólico polinomio predominen los términos positivos de las virtudes o los negativos de los vicios.

Estos términos o cualidades del carácter son, según queda dicho, susceptibles de cambiar de signo, esto es, que tanto las virtudes pueden transmutarse en vicios como los vicios en virtudes. Todo es cuestión de invertir el sentido en que va dirigida la energía física, mental o moral de la respectiva cualidad.

¿Qué agente externo es capaz de efectuar esta inversión y por consiguiente acrecer o disminuir la valía individual?

De ambos, la experiencia de la vida es incomparablemente más eficaz que la educación, y así lo entendieron los antiguos filósofos al decir que no aprendemos en la escuela sino en la vida.

Sin embargo, no es para menospreciada la eficacia de la educación, pues influye en el hombre como el cultivo en las plantas. Por muy hábil que sea un agricultor no logrará que el olmo dé peras ni manzanas la encina, pero sí logrará acrecentar

por medio de acertado cultivo la fructífera valía del peral y del manzano y obtener rosales sin espinas y variedades de trigo indemnes al encamado y a la roya.

Lo mismo sucede en la educación humana, que no en balde se llama también cultura. Por muy idóneo que sea el educador, no logrará llevar las facultades del educando más allá del límite de elasticidad que al nacer le señaló naturaleza; pero sí podrá acrecentar la valía de dichas facultades actualizándolas hasta el exponente a que alcance su natural potencia.

Así es que, aun prescindiendo de los dos extremos en que la enigmática desigualdad de condiciones coloca al genio y al idiota, queda la intermedia masa de humanidad al cuidado de la educación como auxiliar y guía de la experiencia, sin abandonarla a su perezoso paso, pues fuera como desdeñar por innecesario el labrantío de las tierras vírgenes al ver el corpulento árbol que sin artificio agrícola tendió en la selva su ramaje a los abrazos del sol, al arrullo del viento y al beso de la lluvia.

Así, cuando las cualidades y aptitudes no se manifiestan espontáneamente en la excepción del genio, es preciso ponerlas en condiciones de manifestación, pues como el fósforo necesita del frote para encenderse a la temperatura ordinaria, sólo por el contacto, por el roce con el objeto que ha

de conocer puede revelarse en el conocedor la aptitud para el conocimiento.

Si en algo ha de haber igualdad entre los hombres, es sin duda en el medio de coordinar sus desigualdades, como el músico coordina en la sinfonía los diferentes sones de los instrumentos músicos, para que nadie quebrante la armonía del concierto social; y este medio no puede ser otro que la educación integral cuya índole preparatoria, indagativa y predisponente aquilata la valía individual del educando.

Los deberes que al nacer contrae implícitamente el hombre con sus semejantes se correlacionan con el derecho de recibir la educación que lo capacite para su estricto cumplimiento, y pues la libertad de cada uno tiene su límite en el derecho de los demás, la sociedad civil, representada por sus organismos nacionales, ha de considerar como servicio preferente la educación primaria que ponga al niño en condiciones de dar, cuando hombre, útil aplicación a sus facultades, no tanto en provecho de sí mismo como en el de la colectividad humana.

Aunque la valía individual no tenga en los mil seiscientos millones de seres que pueblan la tierra dos expresiones iguales, pueden clasificarse los hombres en dos grandes sectores, que, de acuerdo con el filósofo español Balmes, denominaremos el de los hombres almacenes y el de los hombres fá-

bricas, dejando en una especie de limbo mental a las muchedumbres cuyo cerebro es como placa fonográfica que recibe las vibraciones circundantes y las reproduce confusamente sin corresponder a la fidelidad con que las recibió. Son fonógrafos animados, núcleo maleable de la opinión pública que siempre amontonan su parecer con el de las triunfantes mayorías.

Los hombres fábricas, los preclaros talentos, los genios, los investigadores e inventores, hacen el trabajo de producción, esto es, que, como todo productor, fabrican, elaboran y transmutan las primeras materias que en su especial labor son las ideas.

Peculiar es del genio, del hombre fábrica, de la suprema valía individual, descubrir en las cosas ciertos puntos o aspectos que escapan a la vista sin mirada del común de las gentes; abarcar las sutiles relaciones entre hechos y fenómenos al parecer más independientes; recopilar ley por ley el código irreformable de la naturaleza; responder a las anhelosas interrogaciones de la ciencia; realizar los ideales del arte y satisfacer las necesidades de la industria.

Pero el genio no *crea nada,* como suele decirse, porque la primera materia mental que en el taller de su mente elabora, no es suya. A Dios la debe, porque sólo Dios *crea* y sólo su voluntad se manifiesta por sí misma sin antecedente ni determinante; sólo su omnipotencia no requiere punto de apoyo para mover el universo.

Las etapas que el genio recorre en su glorioso camino son asunciones, no ascensiones.

La escala de Jacob tan bien alegoriza el auxilio prestado a la acción como el prestado al conocimiento; y por elevado que esté el hombre en los sucesivos niveles que se apeldañan desde la tierra al cielo, necesita para su labor fabril la idea inspirada, la idea revelada, la manzana caída del árbol, la oscilante lámpara de Pisa, la fecunda semilla que inesperadamente cae de las siempre henchidas trojes del creador Espíritu que visita la mente de los suyos.

El cerebro del genio, del hombre de superior valía individual, es como terreno bien dispuesto por anteriores labrantíos al brote y fructificación de las ideas germinales; pero si el cultivador es él, el sembrador no es él; y así él mismo lo reconoce, porque el verdadero sabio, el que de maestro alguno aprendió a ver lo que nadie antes que él supo mirar, es modesto, es sincero, se contenta con poco, y convencido de la futilidad de las recompensas humanas, busca la remuneración en sí mismo, trabajando sin esperanza de premio ni temor de castigo por el progreso de la humanidad con cuyo porvenir se siente solidario.

Pero si son propias de los hombres de excepcional valía estas eminentes cualidades, carecen de aquellas otras menos relevantes, aunque igualmente provechosas, con que los hombres de intermedia valía, los de erudición y talento, los hombres almacenes, se asimilan las ideas geniales, las hacen como suyas y las divulgan de suerte que de ellas participen todas las mentes dispuestas a entrar en la comunión de los sabios, que respecto de la verdad es lo que respecto de la virtud la comùnión de los santos.

Porque las obras del genio fueran como producto estancado en los laboratorios, bibliotecas, gabinetes y observatorios, si la divulgación no les abriese mercado intelectual en que servir de alimento a todos los hombres cuya vida no sólo se sustenta de pan.

Los talentos que encienden su linterna en la antorcha del genio no la han de mantener sorda para alumbrar los propios pasos. En toda producción de riqueza son abominables los monopolios; pero más abominable todavía es el monopolio del saber, el sindicato clandestino de academias y universidades que esconden la ciencia en los silos de la cátedra.

También es riqueza la sabiduría, tanto más acrecentada cuanto más pródigamente repartida. Riqueza es cuyos poseedores deben donar sin temor de merma, tan gratuitamente como el sol la luz, tan generosamente como Newton y Kepler pregonaron las leyes del movimiento universal.

No siempre quien muchos libros aprendió merece el nombre de sabio, y aun menos digno de este prodigado título es quien por tenerlo académico se forja la ilusión a un tiempo vana y vanidosa de que es caudal de propio alumbramiento el allegado por afluencia, cuando no por influencia, creyéndose con derecho a estancarlo en su cauce para exclusivo riego de la acotada heredad en que ejerce su profesión. Ha de entender que si bien hizo sacrificio de tiempo, dinero y personal esfuerzo para saber cuanto aprendiera, aún debe cumplir el que de él esperan los que han hambre y sed de luz.

XV. PAZ Y ARMONÍA.

XV. PAZ Y ARMONÍA.

Lo que más se parece a un demonio es el hombre que por la mañana se despierta iracundo. —HORACIO BUSHNELL.

El necio luego al punto da a conocer su ira; mas el que disimula la injuria es cuerdo.—SALOMÓN.



ENGO por cierto que uno de los mayores impedimentos que la naturaleza inferior opone a la evolución del carácter y progreso de la individualidad es la que antiguamente se llamó facultad irascible y la moderna psicología define diciendo que es una exaltación morbosa del egoísmo.

Mucha diferencia hay entre un temperamento apacible, ecuánime, que no sólo piensa, sino que reflexiona antes de obrar, y aquel otro tumultuoso, impulsivo, que cede a lo que después de vuelto en su acuerdo llama *un pronto,* y que con mayor ignorancia que prudencia incluyen los jurisconsultos en el cuadro penal de las circunstancias atenuantes de la culpabilidad con las denominaciones de obcecación y arrebato.

Pero conviene poner las cosas en el punto equidistante de los extremos para no caer en el que equivocadamente confunde la debilidad con la paciencia y la falta de energía con la apacibilidad.

Esos hombres de alma fría, indiferentes a todo cuanto les rodea como si fuesen inaccesibles a la pena y a la gloria, están en el extremo opuesto de aquellos otros de alma sensitiva y temperamento vigoroso que sienten la mordedura del deseo, pero lo reprimen porque conocen su falacia, que oyen el canto halagador de las sirenas, pero no lo escuchan y siguen navegando por el mar de la vida sin necesidad de taparse con almohadillas de cera los oídos ni de que nadie los ate de pies y manos al mástil de su buque.

Una de las pruebas de que el hombre ha llegado a un nivel moral en que es capaz de ayudarse a sí mismo nos la da el de ser tardo en la ira. Le cuesta muchísimo alterar la paz y armonía en que de continuo está bañado su ánimo, y ha de tener muy poderosos motivos y justificadas razones para sentir la ira en su hasta cierto punto santa modalidad de indignación.

Dice San Francisco de Sales, el escogido varón cuya alma parece gemela de Santa Teresa, y como si por misteriosa telepatía formaran un trío espiritual con la sublime del príncipe Siddartha:

Nunca puede explicarse queja alguna, por justa que sea, sin alguna especie de amor propio; y las grandes y continuas quejas son señal evidente de demasiada compasión de sí mismo, o por mejor decir, de una cobardía manifiesta.

Porque, en efecto, ¿de qué sirven las quejas sino de

agitar inútilmente el aire y de dar noticia a todo el mundo de que si se sufre el agravio es con pesadumbre, con tristeza y no sin algún deseo de venganza? La rueda menos untada es la que más chilla y así el que tiene menos unción de paciencia es el que más hace *resonar* sus quejas. Los corazones fuertes y generosos sólo se afligen por grandes motivos y aun así no se turban ni acaloran.

Pero mucho mayor estorbo de la ayuda propia es la ira reconcentrada que por no tener ocasión o medio de estallar durante el día se la lleva el irascible metida en el cuerpo a la cama por la noche.

No es una verdad muy conocida que digamos la de que durante lo que llamamos sueño y no es más que el reposo del cuerpo físico, el Ego, nuestro verdadero ser, sigue actuando en sus cuerpos sutiles a que por desconocimiento de su índole han dado los psicólogos el nombre de subconciencia, cuando en realidad es una conciencia más amplia e intensa que la vigílica.

Por esta razón conviene precaverse contra el grave peligro de entregarse al sueño con el ánimo perturbado por la ira, porque esta perturbación reaparecerá con mayor ímpetu al despertar.

Precisamente el cuerpo o vehículo en que el Ego actúa mientras duerme el cuerpo de carne y hueso, es el instrumento de las emociones entre cuyo número se cuenta la ira.

Así lo que en técnica psicológica se llama la sub-

conciencia o mente subconsciente, puede ser ayuda u obstáculo, darnos paz y armonía o inquietud y tribulación, hacernos sentir como ángeles o como demonios, según el alimento psíquico que le proporcionemos.

Cada pensamiento o emoción caídos en la mente antes de entregarnos al sueño es una *semilla* que germinará durante la noche mientras nos parezca que estamos inconscientes, y al amanecer nos rendirá la cosecha propia de su índole.

Dice un Maestro de Sabiduría:

Si anheláis prestar vuestra ayuda a los demás para establecer la armonía entre los hombres, es necesario que ante todo os pongáis vosotros *mismos* en armonía.

Purificad vuestro ambiente con vibraciones de paz y armonía y no faltarán quienes reciban y aprovechen vuestra influencia.

No añadáis más peso al platillo siniestro de la balanza del bien y del mal cuyo equilibrio ya es difícil de mantener.

Exteriorizad el espíritu de confraternidad en vuestra conducta y reconoced la virtud de la cooperación armónica, esforzándoos en vivirla con todos y en todas partes.

Ahora que tanto y en tan variados tonos se habla de la educación de la infancia, que a mi entender no es otra cosa en resumen que el medio de colocar al niño en disposición de que cuando hombre sepa ayudarse a sí mismo, no estará de más decir, aunque a muchos les parezca atrevida

afirmación, que la subconciencia es mucho más activa en los primeros años que en la edad adulta.

El niño es sumamente receptivo a las influencias psíquicas, y por esto lo han comparado en toda época los educacionistas a la blanda arcilla o a la maleable cera que en manos del artífice toma cualquiera forma en que se las plasme y modele.

A este propósito, el doctor Elwood Worcester, que con otros psicólogos se ha dedicado durante algunos años a frecuentes experimentos, dice:

Hay un medio muy fácil y racional de eliminar los defectos que se observen en el carácter del niño. Consiste en sugestionarlos hábilmente mientras duermen con sueño *natural*, sin hacerles caer jamás en sueño hipnótico cuyas consecuencias serían de todo punto contrarias a la bondad del propósito.

Mi método estriba en hablarle en voz baja y cariñosa, como arrullo de paloma o murmurio de fuente, empezando por decirle que me escuche atento, que no tenga miedo en escucharme, porque mis palabras no le perturbarán ni le despertarán.

Después le digo lo que de propósito viene según el caso, repitiéndoselo varias veces con distintas palabras. Por este medio he logrado corregir muchos vicios incipientes, desvanecer la timidez infantil, eliminar muchas nerviosidades y vencer las propensiones a la cólera, la violencia y la mendacidad. Lo que parece más extraño es el haber conseguido corregir la tartamudez de algunos niños que tenían este defecto físico.

A quienes no estén familiarizados con la observación psicológica les parecerá lo antedicho tan inverosímil como si a un salvaje que en su vida

hubiese visto una antena le describieran las maravillas de la telegrafía inalámbrica; pero algunas madres podrían atestiguar la eficacia del procedimiento que por intuición y sin lecciones de nadie llevan a cabo con sus pequeñuelos, adormeciéndolos al son de placenteras canciones y musitando a su oído cuando dormidos todos los anhelos que por su futura dicha brotan de su corazón.

Pero este procedimiento no está vedado a los adultos que tengan empeño en ayudarse a sí mismos. La autosugestión obrará maravillas en estos casos, y no es otra la filosofía que entraña la piadosa costumbre de rezar alguna oración al acostarse.

La oración no es ni más ni menos que el medio verbal de elevar el pensamiento a la esfera en donde continuo actúa la mente superior; y así la eficacia de la oración no está en las palabras, sino en el pensamiento que expresan, de modo que de nada servirá si sólo la pronuncian mecánicamente los labios sin que intervenga el corazón.

Tampoco es necesario recitar la oración vespertina con arreglo a las pautas textuales de los devocionarios, cuyo peor inconveniente es la facilidad con que, por decirlo así, se automatizan por falta de la espontaineidad sólo posible cuando la palabra es directa y virgen expresión del sentimiento.

Dice Swedenborg:

En las inconscientes horas de la noche recibí la iluminación espiritual, porque Dios actúa cuando el cuerpo y la voluntad están ociosos.

Pero otros dirán: ¿cómo es posible que en estado de inconsciencia reciba el alma inspiraciones y la iluminen luces cuya intensidad y esplendor suponen por el contrario más alta conciencia?

La respuesta está en que la conciencia humana puede actuar en tres estados correspondientes a otros tantos niveles de amplitud e intensidad. Son los tres estados a que los psicólogos llaman conciencia ordinaria, subconciencia y conciencia subliminal.

En cuanto a la denominación de subconciencia, ya hemos dicho que a nuestro entender es de todo punto errónea, porque sugiere la idea de inferioridad respecto de la conciencia ordinaria o vigílica, cuando realmente es el grado inmediato *superior* a la conciencia ordinaria.

Los numerosos fenómenos ya por nadie negados de síncopes, vahidos, desvanecimientos hipnotismo, sugestión, sonambulismo, lucidez, clarividencia, telepatía, vista a distancia y tantos otros que sólo la mala fe o la chapucería intelectual puede achacar a fraudulenta prestidigitación, no son ni más ni menos que la actuación del Ego en

su cuerpo astral, en su conciencia suprafísica, pero sin alcanzar todavía el superior nivel del plano mental ni mucho menos el aun más alto del plano causal.

Pero como el cuerpo físico es mucho más denso que el cuerpo astral y sus vibraciones son por lo mismo muchísimo más lentas y graves, sucede que al recobrar el Ego su ordinaria actividad física por medio del cerebro, las pesadas vibraciones de este órgano, *apagan* las delicadas vibraciones de los cuerpos sutiles, de la propia manera que las notas graves de un instrumento músico *apagan* las altas notas de los más agudos. Así es muy natural que en estado de vigilia no recordemos nuestra actuación en los superiores estados de conciencia y por esto llamamos inconciencia a la falta de recuerdo.

Alguien objetará diciendo: ¿qué tiene de común todo esto con la ayuda que el hombre pueda prestarse a sí mismo? A primera vista parece incongruencia; pero si nos detenemos a considerar que pasamos la tercera parte de nuestra vida en sueño fisiológico, tendremos idea de la importancia de colocarnos en recta actitud emotiva y mental antes de acostarnos.

De las veinticuatro horas del día substraemos, por término medio, ocho a la actividad física, y en consecuencia debemos preparar la mente y el ánimo para el sueño con tanto cuidado como preparamos el cuerpo.

Para mantenernos en paz y armonía con nosotros mismos y con cuanto nos rodea, hemos de evitar el despertarnos a un nuevo día con emociones siniestras. Hemos de despertar en armonía con el Infinito, con el Espíritu de divino amor, y para ello es indispensable dormirnos con pensamientos armónicos y emociones placenteras.

No permitamos nunca que nos sobrecoja el sueño con un mal pensamiento en nuestra mente ni una iracunda emoción en nuestro ánimo contra ningún ser viviente. Si tenemos algún rencor contra alguien, olvidemos la injuria y perdonemos el agravio que lo causó, desarraiguemos por completo tan funesta emoción y substituyámosla por un pensamiento compasivo y generoso antes de quedar dormidos.

La ira del rey es mensajero de muerte y el sabio la evita. Esta sentencia proverbial tiene aplicación a todo ser humano, porque cada cual es rey de su reino interior y si con prudencia lo rige evitará la ira, mensajera de muerte.

Por grave que sea vuestra pesadumbre, no albergués, al entregaros al sueño, ningún pensamiento de celos, envidia, odio, rencor, venganza ni malevolencia contra nadie, y si los invertís en sus pares de opuestos, no sólo dormiréis más apa-

ciblemente, sino que conservaréis la lozanía y el vigor del cuerpo durante muchísimos más años que quienes tienen la funesta costumbre de dormirse con la mente conturbada y el ánimo desconcertado, recordando los desagradables sucesos del día y pensando en sus disgustos y tribulaciones.

Así como la terapéutica naturista aconseja tomar un baño antes de irse a la cama, para sosegar el sistema nervioso, la terapéutica mental nos recomienda tomar un baño de paz y armonía para sosegar la mente y el ánimo.

¿No dicen que el sueño es imagen de la muerte? ¿No añaden que en la hora de la muerte todo se olvida y se perdona? ¿No se coloca el moribundo en actitud de paz y armonía pidiendo perdón de cuanto mal hubiese hecho? Pues consideremos que el sueño es la muerte respecto de aquel día de nuestra vida y perdonemos para recibir perdón. Que no sean vanas palabras salidas mecánicamente de los labios como de una placa fonográfica las de la hermosísima y mal comprendida y peor practicada oración dominical que dicen: *perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*

El perdón que impetramos está condicionado por el indispensable requisito de perdonar a quienes suponemos nuestros ofensores. Y durante el sueño es cuando el Ego está más cerca de la liberación, por estar menos sujeto a la materia. No le aprisiona el cuerpo físico y por lo tanto recibe con mayor intensidad las vibraciones emotivas y mentales por medio de los cuerpos astral y mental. De aquí la importancia de que estas vibraciones sean de paz y armonía.

El sueño tranquilo rejuvenece y el despertar al nuevo día es entonces como un nuevo nacimiento en que el alma olvida sus dudas y sinsabores, en que recobra las energías y se lanza de nuevo al combate de la vida como si jamás en ella hubiese peleado.

Esto consiste en que el Ego, nuestro verdadero ser, no conoce la fatiga ni el cansancio. Actúa incesantemente en uno u otro de los instrumentos materiales que de manifestación le sirven; y cuando no, actúa en su propio plano, ejerce sobre sí mismo su actividad mientras los cuerpos descansan.

Pero el sueño agitado e intranquilo o el insomnio dimanante de la excitación nerviosa, deja al cuerpo mucho más fatigado al despertar que lo estaba al acostarse. Entonces envejece el cuerpo conmovido por las agitaciones nocturnas mucho más rápidamente que por los ajetreos de la diurna actividad.

Y sucede así por no saber perdonar ni olvidar, por acostarse en un lecho erizado con las púas de

la envidia, el odio, el rencor, la ansiedad y el tedio, los más acérrimos enemigos de la paz y la armonía que abren en la materia astral del cerebro físico profundos surcos reflejados en el rostro al despertar.

¿Quién no ha reparado al mirarse al espejo por la mañana la demudación de su semblante después de una noche agitada por tormentosas pesadillas o fatigosos insomnios?

Cuando uno se acuesta con la conciencia apesadumbrada por el remordimiento de alguna mala acción, por algún abuso que malgastó energías nerviosas, duerme intranquilo, y en el preciso instante de despertar experimenta una honda y penosa conmoción al recuerdo de su extravío.

Admirables posibilidades de salud, dicha y éxito encierra la costumbre de imprimir en la mente con tanta intensidad como nos sea posible, antes de acostarnos, todo cuanto queremos llegar a ser y cuanto anhelamos cumplir. Esta maravillosa energía mental empezará desde luego a forjar el modelo cuya plantilla le dé nuestra voluntad.

Si ponemos nuestra mente concreta, o conciencia cerebral (llamada por otro nombre no tan expresivo *cerebración consciente*) en armonía con nuestras esperanzas y elevados ideales, la conciencia mental subjetiva plasmará las formas mentales que a su sazón se concretarán en realidad objetiva.

Si a los niños se les acostumbrara a dormirse cada noche arrullados por pensamientos placenteros, se despertarían por la mañana alegres, vigorosos, esperanzados, afables, en vez de despertarse como suelen malhumorados y displicente. ¡Y cuán distinto fuera su porvenir cuando hombres si contrajeran este inestimable hábito con tanta naturalidad como el de comer, beber y andar!

Pero nunca es tarde para contraer este hábito, aunque la tardanza agrave la dificultad. Por años que tengáis podéis empezar ahora mismo, con sólo persistir en empapar vuestra mente con pensamientos de amor, paz y armonía, para dormiros cada noche como niños felices y rendidos de los juegos del día y despertar por la mañana rejuvenecidos y contentos de la vida.

Aun considerándolo tan sólo desde el punto de vista del bienestar físico, es convenientísimo este hábito de dormirse envueltos en una atmósfera de amor, paz y armonía. Para conservar la salud es fundamental desechar todo pensamiento atribulador y torcedora emoción al entregarnos a un sueño reparador de los desgastes fisiológicos.

La química mental nos enseña que son incompatibles los pensamientos de amor y odio, de armonía y discordancia, de benevolencia y malevolencia, y por lo tanto, si henchís vuestra mente con pensamientos de amor, armonía y benevolencia, elimi-

naréis desde luego los pensamientos y emociones contrarios.

Si contraéis el hábito de dormiros todas las noches con la mente y el ánimo tal como de por vida vibraron en Buda y Cristo y en todos los mesías y redentores del linaje humano cuyas enseñanzas se reflejan en las Escrituras sagradas de las siete grandes religiones del mundo, os despertaréis por la mañana rejuvenecidos, armoniosos, ecuánimes, contentos de la vida y sin temor alguno a la muerte.

Cuando el sublime fundador del budismo, seis siglos antes de que la gloriosa figura del Cristo Jesús apareciese en la tierra para enseñar en Occidente las mismas doctrinas de amor y compasión que su predecesor predicara en Oriente, abominó ante el rey Bimbisara y su cohorte de brahmanes de los sacrificios cruentos con que aquel pueblo se figuraba congraciarse con sus dioses, dijo:

Cualquiera puede quitar una vida, pero nadie es capaz de darla. El hombre, que implora la clemencia de los dioses, no tiene misericordia de los animales que como a un dios lo miran. Todo cuanto vive está unido por lazos de parentesco y los animales que sacrificáis os dieron el dulce tributo de su leche y el blando regalo de su lana y pusieron su confianza en las manos que los degüellan.

Nadie puede purificar con sangre su alma. Si los dioses son buenos no es posible que les sea grata la sangre, y si son malos no bastaría toda la del mundo para sobornarlos. No puede caer sobre la cabeza de una víctima inocente el peso de culpas ajenas de que debe responder quien las cometió, porque cada cual ha de dar cuenta de sí mismo, según la invariable aritmética del universo que distribuye el bien para el bien y el mal para el mal, dando a cada uno la medida correspondiente a sus pensamientos, palabras y acciones.

En nuestro poder está ayudarnos con la potísima palanca de la voluntad, cuyo punto de apoyo es el conocimiento, o hundirnos en los cenagales del fracaso, si no tenemos el suficiente tesón para matar los siniestros deseos, cuyo incentivo es la ilusión alimentada por la ignorancia o quebrantamiento de las leyes de la vida.

XVI. LA LEGÍTIMA AMBICIÓN.

XVI. LA LEGÍTIMA AMBICIÓN.

No es un crimen el fracaso, sino la rastrera ambición.

La ambición es la espuela que mueve al hombre a luchar contra el destino. Es el incentivo del cielo para hacer grande el propósito y mayor que el propósito su realización.



NTE todo entendámonos sobre el significado de la palabra ambición, porque la deficiencia del lenguaje le da diversas acepciones que expresan conceptos contradictorios.

En la acepción vulgar, ambición significa el término menos siniestro de la codicia y la avaricia, porque estos dos vicios no pueden nunca encaminarse a buenos fines, al paso que la ambición puede ser legítima por la alteza y dignidad de su objeto, y entonces se transmuta en virtud capaz de alzarse al pináculo del heroísmo y servir de eficacísima ayuda de quien sepa apartarla del funesto extremo en que se hundieron siempre los vulgares ambiciosos.

La legítima ambición tiene por fundamento la esperanza gozosa, el optimismo sano, la confianza sin engreimiento, la seguridad de que nuestros honrados esfuerzos han de abrirnos paso en el ca-

mino de la vida hasta alcanzar la meta de nuestros anhelos.

Por muy pobre que sea un hombre y humilde su posición en la vida, no ha de tener reparo en aspirar a mejorarla.

Dice Séneca:

Feliz es la pobreza cuando es alegre; pero si no es alegre, ya no es pobreza.

Y añade San Francisco de Sales:

Por lo común hallaremos que no somos pobres positivamente, sino comparativamente. Si no deseamos más de lo que la naturaleza pide como necesario, jamás seremos pobres; pero si saliendo de estos justos límites, gobernamos nuestros deseos por la opinión y por el capricho, jamás seremos ricos. Para enriquecer en poco tiempo y a poca costa, no es menester amontonar riquezas, sino disminuir deseos, imitando a los escultores que labran sus obras desbastando y quitando, y no a los pintores, que hacen las suyas aumentando y poniendo. Desengañémonos, que aquel a quien no basta lo suficiente, jamás tendrá lo bastante.

Esto nos da a entender que una cosa es contentarse con su suerte y otra muy distinta resignarse pasivamente a ella. El contento es compatible con la legítima ambición que a su vez sirve de estímulo y ayuda propia para acrecentar las buenas cualidades del carácter por medio del ejercicio a que las obliga la actividad necesaria para dar un nuevo

paso y subir otro peldaño en la escala de la perfección.

En cambio, quien se resigna pasivamente a su suerte y no siente anhelos de prosperidad, es como agua estancada que se corrompe sin provecho de su virtud fertilizante. La pereza y la abulia se disfrazan con máscara de humildad y resignación, dejando inactivas las facultades que hubiera vigorizado la legítima ambición de prosperidad.

Antes de salir al palenque de la vida es preciso templar las armas de combate entre las cuales descuella en eficacia el definido propósito, el inquebrantable anhelo de ser fiel a la vocación y dedicarse a ella con valor y tenacidad lo bastante poderosos para vencer cuantos obstáculos intercepten el camino.

La legítima ambición ha de marchar en geométrico paralelismo con la vocación.

Dice San Pablo:

Cada uno en la vocación a que fué llamado en ella se quede.

Grave obstáculo para el logro de nuestras legítimas ambiciones es el descontento en la propia profesión. El gran secreto contra los engaños de los enemigos de nuestra prosperidad es mantenernos firmes en el buque a cuyo bordo navegamos por el mar de la vida. No hemos de sembrar nues-

tros anhelos en campo ajeno ni desear ser como los demás, sino que mejor cuenta nos tendrá cultivar nuestro propio campo y beber en nuestro propio vaso por pequeño que sea.

Dice Edwin Arnold:

La menuda llovizna que apenas humedece la polvorienta llanura, colma la corola de la azucena.

Empleemos todos nuestros esfuerzos en perfeccionarnos en la profesión que ocupa nuestra actividad y vencer los obstáculos graves o leves que encontremos en el camino.

Cuando pasamos por los huertos a principios de otoño, vemos en el suelo muchas frutas caídas de los árboles antes de la madurez, porque les faltó la interna virtualidad del crecimiento. No admitieron en sus células la vivificadora savia que de las raíces por el tronco subía circulante por las ramas, como la sangre por las venas, y el árbol, cansado de soportar zánganos inútiles, los sacudió de sí echándolos al suelo. Así muchas gentes son frutas caídas antes de la madurez porque perdieron su vibrante ambición, dejaron de prosperar y cayeron por inútiles en el fracaso.

Triste cosa es ver tan gran número de hombres y mujeres que han perdido todo anhelo, que a nada aspiran, creyendo que se han de cansar subiendo y

se han de caer bajando por la cuesta de la prosperidad.

Como caballos sicilianos, empezaron con violento ímpetu la carrera de la vida, pero al ver que otros se les adelantaban o al tropezar con menudas piedras en el camino, dejaron eclipsar sus ideales, abatieron sus banderas, apagaron el fuego de su entusiasmo y se sumieron poco a poco en el hielo de las rutinarias tareas cotidianas.

Por más que toda empresa humana tiene su raíz en el espontáneo anhelo de perfección que mueve a la actividad a nuestro verdadero ser, no hay facultad anímica que requiera tanta solicitud, vigilancia y cultivo como la ambición, para que no degenere en las abominables vicios de la envidia y la codicia.

No crecerá ni vivirá la legítima ambición si no la alimentamos, y en el momento en que la desatendemos o siniestramente le damos rumbo al codicioso egoísmo, empieza quien tal hace a flaquear, se desvanece su energía y poco a poco se va menoscabando en su personal aspecto, en su conducta y lenguaje. Es desaliñado en el vestir, basto de modales, chapucero en sus tareas, hasta que por último pierde el decoro, se precipita en la hondonada de la abyección y es entonces si no un peligro, por lo menos un estorbo para la sociedad.

Si vuestra legítima ambición no está del todo viva, si es espasmódica y propende a flaquear ape-

sadumbrada por el desaliento, es preciso que la reconstruyáis fortaleciéndola por todos los medios posibles.

Por ejemplo, si estáis empleados en una casa comercial, proponeos llegar a ser no un *opulento* sino un *hábil* y *culto* comerciante. La habilidad y la cultura son del reino de Dios y la opulencia es el corolario que se os dará por añadidura.

En los paises de todo el continente americano, tanto en la parte sajona como en la latina, es muy frecuente que los dueños de casas comerciales asocien al negocio a los empleados cuyas dotes de inteligencia y laboriosidad prometen ser valiosos factores de mayor éxito en el porvenir. Pero es indispensable que desde la ínfima categoría de meritorios y aprendices se preparen los jóvenes a merecer tan señalada distinción, por medio del vivísimo anhelo de con el tiempo merecerla, porque este anhelo será la oculta fuerza, la interna energía que actualice la habilidad y la cultura necesarias para el merecimiento.

El único medio de subir una cuesta es dar firmes pasos en el suelo y tener la vista fija en la cumbre. Visualizad lo que anheléis ser, con tal de que no anheléis lo humanamente imposible, y manteniendo sin cesar fijo en vuestra mente el pensamiento, trabajad por realizarlo con todo vuestro poder.

Si estudiáis leyes, medicina ingeniería, ciencias,

farmacia o filosofía, no os desalentéis al pensar en la excelsa valía de los hombres cumbres o bases que os precedieron en el ejercicio de la respectiva profesión, creyendo que no podréis llegar a donde ellos llegaron. Pero si consideráis que lo descubierto y estudiado en todas las modalidades del saber humano apenas es una milésima parte de lo que todavía está por descubrir e indagar, y si tenéis además en cuenta que la labor de los predecesores es un capital científico que está a vuestra entera disposición, se trocará el desaliento en esperanza, y la duda en seguridad de que en algo podréis contribuir al progreso del mundo.

Lo importante es tener siempre un motivo impelente detrás de vuestra labor y un inspirador ideal frente a ella, algo magno, algo grandioso que vislumbréis, que estimule vuestra legítima ambición y prometa realizar vuestros anhelos.

Eficazmente os ayudaréis a vosotros mismos en este particular si os representáis la imagen de alguien que sobresalga por su resuelta determinación de vencer y haya vencido en la vida, no para remedarlo servilmente, pues sería fracaso el remedo, sino para infundir en vuestro carácter, por el poder del pensamiento, las cualidades que condujeron al éxito al vivo ejemplo humano que admiráis.

Resolved cada día que vuestra labor aventajará a la precedente. Caminad por el mundo como si

estuvierais seguros de la victoria, pero sin alardes de superioridad ni fátuos engreimientos. La confianza ha de estar justificada y su justificación no puede ser otra que el pleno conocimiento de los medios y fines de vuestra empresa.

Aunque muchas cosas hay que propenden a debilitar o desvanecer la legítima ambición, ninguna tan funesta, aparte del vicio en sí mismo, como el pernicioso hábito de diferir la realización de un propósito, que equivale a desperdiciar la ocasión.

Cuenta un apólogo oriental:

En premio de su virtuoso comportamiento, obsequió un hada a dos niños con sendas flores que eran encanto de la vista por sus bellísimos matices y deleite del olfato por su embriagadora fragancia. Uno de ellos se extasía ante la flor, la contempla, aspira su perfume y embriaga sus sentidos ante el prodigio de que le hicieron dueño. El otro muchacho guarda su flor en una caja y espera a que el tiempo transcurra. Lleno de ilusiones, quiere más tarde gozar de su tesoro; pero al abrir la caja, encuentra la flor marchita, los pétalos desprendidos, pulverizados casi, evaporado el perfume. Quéjase al hada bienhechora y obtiene por respuesta: ¿Por qué no supiste gozar a tiempo?

Todos sabemos cuán hermosos y halagadores son los tempranos anhelos juveniles; pero si no persistimos en ellos ni procuramos realizarlos en la acción, sino que diferimos el esfuerzo de convertir en verdad el ensueño, se marchitarán como la flor

encerrada en la caja. Nuestro propósito no será ya tan vehemente y morirá nuestra ambición.

Dice Carlyle:

Feliz quien halla su trabajo en la vida. No necesita otra bendición. Tiene un objeto que cumplir. Lo encontró y lo seguirá hasta su plena realización.

Si habéis encontrado el empleo más congruente con vuestras facultades y aficiones, si vuestra vocación no es falsa y la seguís fielmente, concentrando en ella todas vuestras energías, sin permitir que tentación alguna ensombrezca vuestro ideal ni obstáculo alguno os disuada de vuestro propósito, nada será capaz de impediros lograr vuestra legítima ambición.

Sin embargo, no todos tienen tan claro entendimiento que les sea fácil decidirse por sí mismos con acierto para escoger su trabajo y ocupación profesional en la vida. La perplejidad en estos casos es más frecuente de lo que parece y la inmensa mayoría de jóvenes no eligen deliberadamente la senda de su actividad social, sino que por ella suelen empujarlos las circunstacias, en apariencia fortuitas, pero que alguna relación han de tener con el individual destino de aquella vida.

Por supuesto que cuando estas circunstancias de amistad, parentesco o favor colocan al joven en una modalidad profesional cuya índole no armoniza con sus naturales aptitudes, le es imposible sentir

legítima ambición, porque le falta el estímulo que la engendra, cual es el placer experimentado en un trabajo que gustosamente se hace por acomodarse a la natural vocación.

Un joven de esos que andan perplejos sin acabar de decidirse, y que por la mañana quisieran ser carpinteros y por la tarde marinos, me escribió tiempo atrás en estos términos:

> Si yo tuviera en vista un definido objeto, podría alcanzarlo; pero estoy seguro de que dado mi temperamento me será más difícil conocer para lo que sirvo que salir airoso en mi trabajo una vez conocido.

Como éste hay muchos que por no haber recibido aquella eficaz educación que equilibra las fuerzas físicas con las intelectuales y morales, son incapaces de ayudarse a sí mismos, y temen decidirse, por no equivocarse, al dar el paso más trascendental de su vida.

Pero esta perplejidad e indecisión es y ha sido y será causa de multitud de fracasos. Más vale empezar cuando joven en algo, con riesgo de equivocación, que dejar correr los años en espera de que ajena mano resuelva la dificultad.

Quien esté en duda sobre la aplicación que puede dar a su actividad, hará bien en leer las biografías de famosos exploradores, científicos estadistas, inventores, músicos, multimillonarios y demás florinata de la humanidad.

¿Qué provecho sacará de esta lectura y cómo le servirá de auxilio para un día lograr su legítima ambición?

Si por mera curiosidad lee las biografías de las celebridades mundiales, que de la obscuridad ascendieron por su propio esfuerzo a las esplendentes cimas del éxito, no pasará de ser la lectura un frívolo entretenimiento por el estilo de los espectáculos escénicos; pero si se detiene a reflexionar en los pasajes culminantes sobre el carácter del personaje biografiado, las circunstancias de su nacimiento y crianza, educación recibida, ambiente en que transcurrió su infancia, las condiciones sociales de la época y demás elementos de juicio necesarios para formar exacto concepto del personaje, echará de ver lo que en su carácter hay de asimilable, por ser de común aprovechamiento para todo hombre, y lo que hay de circunstancial y privativo de la época en que floreció el biografiado.

Desde luego que no todas estas lecturas biográficas convienen por igual a todos los jóvenes, o mejor dicho, no producirán todas el mismo efecto en todos; pero su eficacia está en que al leer las más afines a su temperamento y carácter sentirá su ánimo estremecido como si manos invisibles le sacudieran con violencia y una enérgica voz le gritara al oído: "Levántate y anda."

La lectura de las demás biografías no hizo sino

rozar su alma como roza la gaviota con la punta de sus alas las superficie del mar. Al leer aquella otra biografía sintió que le atravesaba el pecho la mística espada de la inspiración, como picacho de minero que penetrando en las entrañas de la tierra descubre el opulento tesoro de sus minas.

No son esto imaginativas suposiciones ni vacua literatura. Son hechos positivos, tan auténticos como el movimiento de los astros. Más de un pobre muchacho que se figuraba no encontrar jamás ocasión de educarse e instruirse para seguir una carrera, al leer la biografía de un héroe del esfuerzo humano que logró éxito a pesar de enormes dificultades, se preguntó a sí mismo: ¿Por qué no podré hacer yo otro tanto?

Y se resolvió desde aquel punto y hora a intentar la empresa. Y salió de ella vencedor, cuando tal vez si no hubiese sido por el estímulo que recibió al leer la biografía de aquel prócer de la industria, el comercio, el arte o la ciencia, quedara en perpetua duda respecto de su capacidad y nunca se decidiera a hacer algo de valía.

Una vez hayáis trazado en la mente el propósito de poner manos a la obra, empezad desde luego. No deis tiempo a que se entibie el entusiasmo ni se hiele la ambición. El vicioso hábito de dejar las cosas para más adelante es la muerte de toda iniciativa, porque paraliza el impulso de comenzar la

tarea y las barreras entre nosotros y el éxito se van convirtiendo con los años en bardas, paredones, muros y murallas.

El joven no ve los mismos obstáculos o por lo menos no le parecen tan formidables como el hombre ya machucho, y cuanto más temor tengamos a las dificultades, mayores y más graves irán siendo de día en semana y de mes en año.

Los anhelos de la vida se parecen mucho a las rapidísimas inspiraciones que casi siempre al despertar por la mañana reciben los escritores y artistas. De momento la visión, la idea, es clarísima e intensa; pero si no tiene a mano sobre la mesita de noche, papel y pluma con que fijar gráficamente la incorpórea visión, se desvanecerá en los abismos sin fondo del olvido con riesgo de no volverse a repetir jamás.

El anhelo en sí, la ambición por legítima y noble que sea, el más firme y decidido propósito no os fortalecerán en lo más mínimo a menos que desde luego pongáis manos a la obra.

Lo que cuesta es vencer la inercia a que como todas las fuerzas del universo están sujetas las físicas, intelectuales y morales de nuestro ser.

La baratísima filosofía popular, que entremezcla de sorprendente manera los errores con los aciertos, ha condensado en un adagio de forma chabacana, pero sumamente expresiva y gráfica, el

vencimiento de esta inercia al decir que el comer y el rascar todo es empezar, significando con ello que cuando una tarea nos parece ardua y aun de imposible realización, van disminuyendo las dificultades en cuando la emprendemos, y llegamos a terminarla de suerte que nos admiramos de su cumplimiento.

La ambición inejercitada es como el conocimiento inaplicado. Muchos titulares académicos se figuran que la mera posesión de los conocimientos adquiridos en el estudio ha de asegurar su adelanto; pero el conocimiento quedará en estéril información, en hechos almacenados en el arsenal de la memoria hasta que lo transmute en fuerza activa su provechosa aplicación.

Los millares de fusiles y cañones depositados en un parque de artillería son armas inútiles hasta que hacen su oficio en manos del soldado.

Otro de los más insidiosos enemigos de la legítima ambición es la pereza que suele invadirnos con ganas de dormir sobre los laureles después de obtenido un primer éxito.

Un joven anheloso de abrirse paso en el mundo luchará denodadamente aunque no esté muy seguro de su éxito, aunque tenga alguna duda respecto a la potencia y eficacia de su capacidad; pero son raros los que siguen adelante con la misma persistencia y hacen los mismos esfuerzos después

de sentir los gozosos estremecimientos del triunfo, cuando ya han conquistado una posición.

Este es el motivo de que en muchos casos el artista se haya desalentado al ver que no se ponía al nivel de su obra maestra.

Cuando vemos un joven cuya mente no cesa de aspirar a un punto superior al en que se halla, que siempre procura dilatar sus horizontes y beber conocimientos en más puras fuentes, entonces comprendemos que son sus fibras del roble de los vencedores, no del alcornoque de los fracasados.

El optimismo que no está apoyado por el esfuerzo en la recta dirección, es locura. El plan de la vida humana es optimista. Culpa nuestra será si no lo realizamos. Se nos han proporcionado los instrumentos y medios a propósito para labrar nuestra dicha. La ambición legítima y sana es uno de estos medios. Hemos de valernos de él con nuestras propias manos, con nuestro individual esfuerzo, en una palabra, complementando el délfico aforismo: *Conócete a ti mismo* con el no menos valioso de *Ayúdate a ti mismo.*

Porque el supremo Dios con toda su omnipotencia no puede ni quiere ni debe ayudar a quien a sí mismo no se ayuda.

FIN

OBRAS MORALES

DEL INSIGNE TEÓSOFO

RALPH WALDO TRINE

TOMOS PUBLICADOS

En armonía con el infinito (3.ª edición).
Un tomo de 208 págs. en rústica, 3 pesetas.—Encuadernado en tela, 4 pesetas.

La ley de la vida (2.ª edición).
Un tomo de 180 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

Vida nueva (2.ª edición).
Un tomo de 184 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

El credo del caminante (2.ª edición).
Un tomo de 88 págs. en rústica, 1'50 ptas.—Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

El respeto a todo ser viviente (3.ª edición).
Un tomo de 96 págs. en rústica, 1'50 ptas.—Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

La mejor ganancia (2.ª edición).
Un tomo de 112 págs en rústica, 1'50 ptas.—Encuadernado en tela, 2'50 ptas.

Renovación social (1.ª edición).
Un tomo de 160 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

Lo mejor de lo mejor (1.ª edición).
Un tomo de 128 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

EN PRENSA

Mi filosofía y mi religión
Un tomo de 128 págs. en rústica, 2'50 ptas.—Encuadernado en tela, 3'50 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE CIENCIAS VARIAS

OBRAS DE ROBERT M. WATSON

PUBLICADA

I

El Espiritismo y la Astronomía

(LOS LUGARES DE ULTRATUMBA)

EN PREPARACIÓN

II

El Pensamiento y la Salud

(MEDICINA MENTAL)

TRADUCIDAS DEL INGLÉS

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

